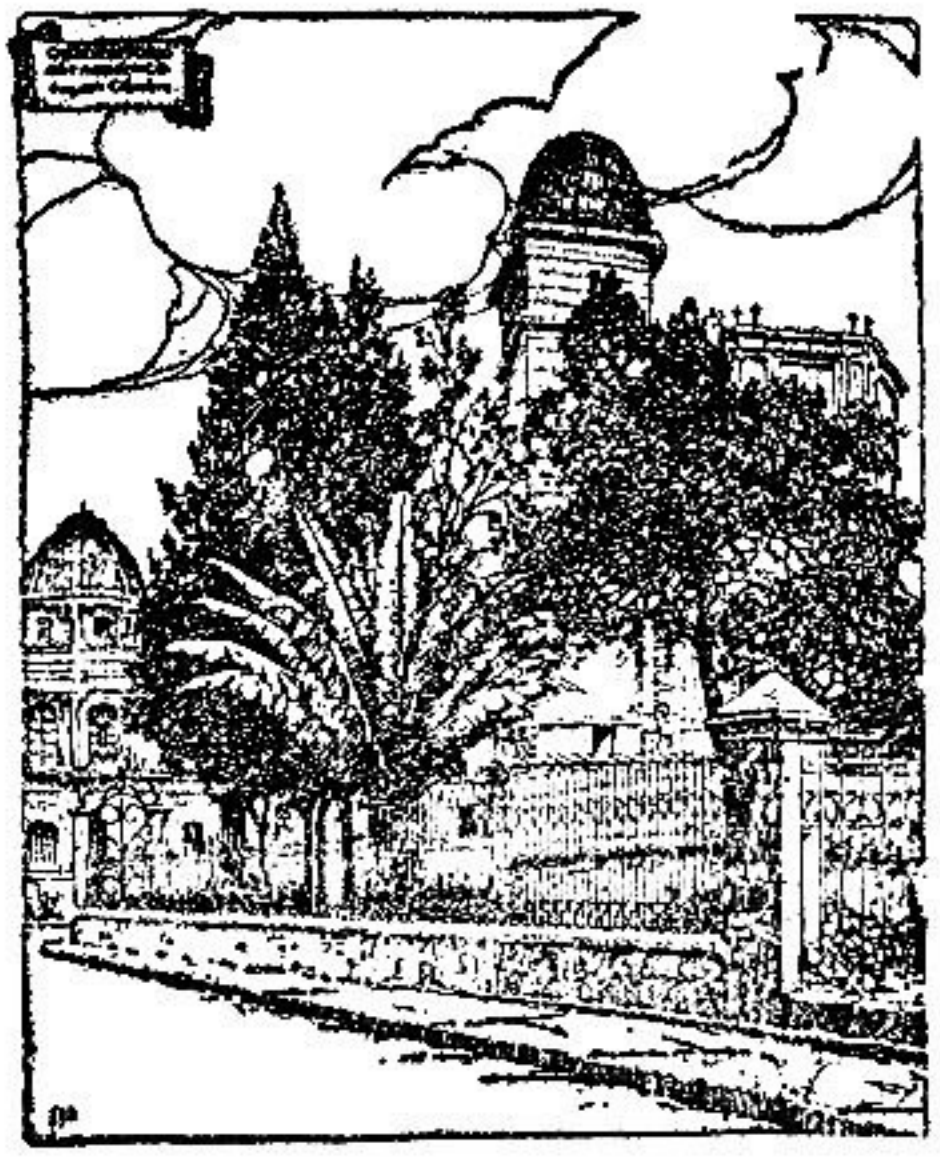
BIBLIOTECA ALDEANA DE COLOMBIA

IDOLA FORI

POR

CARLOS ARTURO TORRES



A.R. 1027

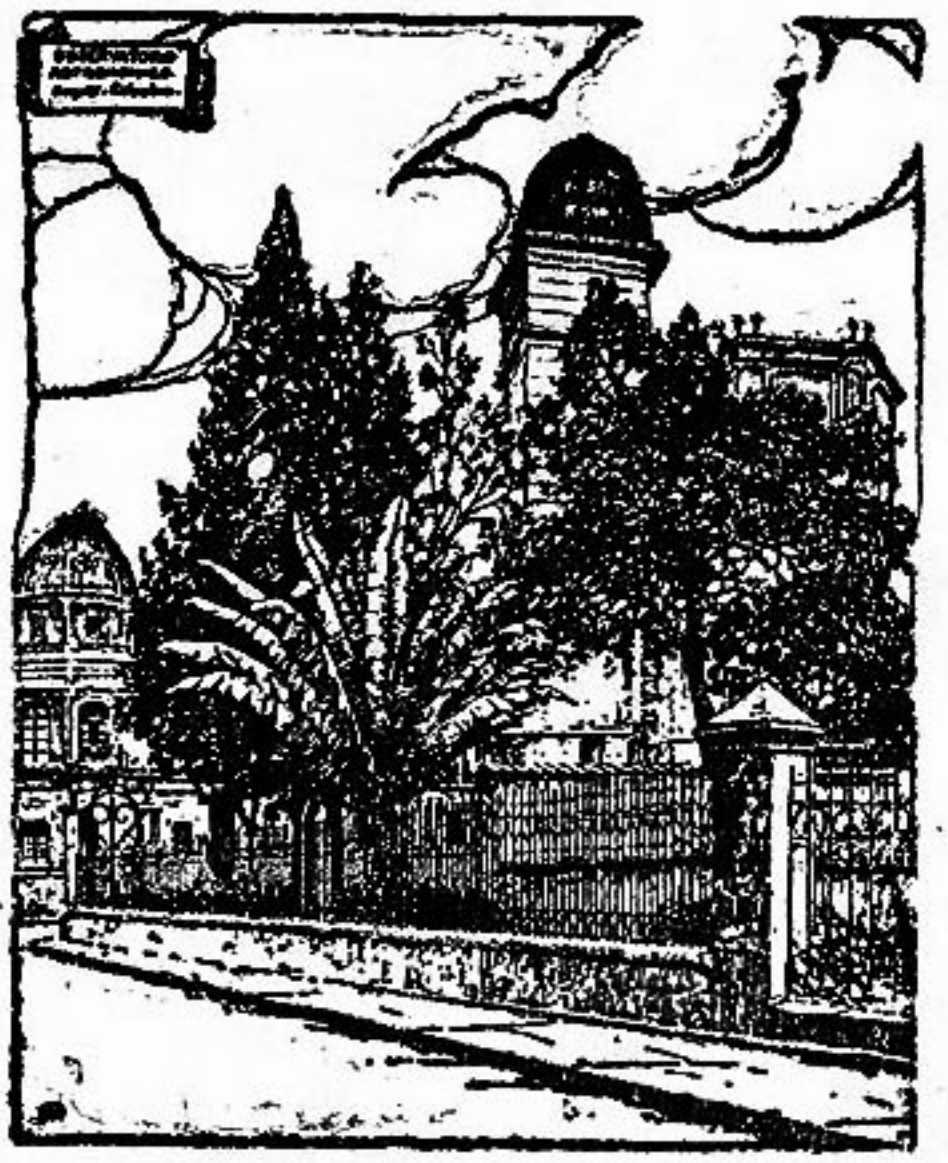
R. 14.695

BIBLIOTECA ALDEANA DE COLOMBIA

IDOLA FORI

POR

CARLOS ARTURO TORRES



Biblioteca "AMERICA" Univ SAN ES

SELECCION SAMPER ORTEGA DE

LITERATURA COLOMBIANA

Editorial Minerva, S. A.
1935

CARLOS ARTURO TORRES

Quiere el señor Daniel Samper Ortega que el suscrito escriba en pocas líneas algo a manera de prólogo para el tomo en que será reproducido el libro IDOLA FORI, de Carlos Arturo Torres, como parte integrante de la Biblioteca de autores nacionales, que en cien volúmenes, ya muy adelantados, dará a la publicidad aquel infatigable y celoso divulgador de nuestras glorias literarias.

Para satisfacer tan honroso cometido, extractaré de un extenso estudio, próximo a publicarse en la revista ARTE, de Ibagué, las notas más salientes sobre la personalidad y la obra del ilustre pensador.

Carlos Arturo Torres nació el 18 de abril de 1867, y estudió primero en el colegio de Boyacá, regentado entonces por el doctor Diego Mendoza Pérez; luégo en el Externado de Nicolás Pinzón, del cual fue vicerrector. En 1895 fundó LA CRONICA. Fue secretario del doctor Nicolás Esguerra, en su misión a Panamá. En la Administración de Marroquín, Ministro de Hacienda y tesoro. En 1903 fundó EL NUEVO TIEMPO, con José Camacho Carrizosa. Cónsul de Colombia en Liverpool, de 1905 a 1910. A su regreso a Bogotá, 1910, fundó LA CIVILIZACION. Siendo Ministro en Caracas (1910-1911), murió desempeñando el cargo, el 13 de julio de 1911. Fueron repatriados sus restos en 1921.

Escribió: ESTUDIOS INGLESES. ESTUDIOS VARIOS: obra de alta crítica, donde ya se revela el pensador y el insigne

escritor que, de cuerpo entero, aparece después en su libro definitivo IDOLA FORI.

OBRA POETICA, donde publicó sus mejores cantos, entre ellos LA ABADIA DE WESTMINSTER, reputada por la crítica como una cumbre del parnaso colombiano.

POEMAS FANTÁSTICOS (París)

IDOLA FORI

LITERATURA DE IDEAS (Caracas)

Fue Carlos Arturo Torres varón excepcional que gozó de gran predicamento dentro y fuera del país, por las más singulares y variadas dotes que le dieron realce a la patria, y a él títulos fehacientes a la gloria y a la inmortalidad.

Como casi todos los escritores que en algún concepto adquieren a la postre renombre literario, ensayó sus fuerzas en el periodismo que es a veces potro de tormento, y otras, escala fácil para alcanzar honores y triunfos, y ensanchó luégo su acción intelectual por medio del ensayo y del libro, con estudios sesudos y obras que han engrosado el acervo de nuestro haber en el capítulo de las letras.

La labor intelectual, con ser la más noble, ha sido y es en Colombia la menos lucrativa, por más egregia que sea la pluma que a cosas literarias se consagre: los autores, si hacen el heroico esfuerzo de publicar sus obras, pueden estar seguros, con raras excepciones, de no obtener, ni con mucho, la retribución de su trabajo por la venta de sus libros; y se da el caso increíble de que, a pesar de tratarse de Cuervo y de Suárez, y de haber sido dispuesta por leyes expresas la publicación de sus obras inéditas, todavía duermen éstas el sueño del olvido. Esta indiferencia del público aleja cada día la posibilidad de adelantar por este lado, pues no sólo de fama y gloria viven los hombres que escriben; y lloverá mucho sobre Atenas, y agua mucha correrá por debajo de los puentes, antes que

llegue el momento de apuntar un éxito de librería que sea preludio de futuros triunfos literarios y estímulo que mueva las voluntades y las plumas a empresas dignas de consideración. ¡Triste destino el de las letras en esta tierra de letrados! Por eso es muy digna de loa la aparición de obras que, de higos a brevas, y como avergonzadas, enseñan sus rótulos en los estantes de las librerías.

Hoy, sin embargo, se advierte un lisonjero despertar del libro entre nosotros. IDOLA FORI fue como un areolito: venía de muy alto, con maciza estructura, y quedó como sembrado—grandioso monumento intelectual—en el suelo de Colombia.

La popularidad de su autor no corre, sin embargo, a las parejas con sus grandes merecimientos, en la debida y justa proporción: pues al paso que aquí y en otras partes son puestos sobre el pavés por la muchedumbre, publicistas y poetas harto inferiores a Torres—el pensador y el artista,—éste, como apunta un novelista antioqueño, no es conocido y celebrado sino por los pocos que de libros entienden y a cosas intelectuales se consagran: que es ley de los pueblos desviar su devoción de los hitos que marcan la exceltitud y el mérito real, a los llanos parajes donde medran y triunfan los éxitos baratos y los frívolos pasatiempos.

Mas la justicia vendrá tarde o temprano, y nuevas generaciones más comprensivas, o más entusiastas, o más agradecidas, rendirán homenaje de pleitesía, sin reserva alguna, al autor de IDOLA FORI. Como Esquilo, en su divisa *«al tiempo»*, que Torres cita a otro propósito, la justicia encomienda al porvenir la noble empresa de aquilatar el mérito indisputable del sembrador desinteresado que echó a todos los vientos semillas espirituales con palabras altas y consoladoras, cargadas de eficacia y de sentido, en la hora oportuna para la germinación.

Por lo demás, sus libros, que fueron forjados a golpe de idea y a cincel de voluntad recia y potente, se abrirán por sí mismos el camino, a fuer de conquistadores del

ideal. IDOLA FORI, entre todos, fue destinado a llevar mensajes de sinceridad, justicia y patriotismo a los presentes y a los futuros habitadores de estos países desorganizados, supersticiosos y abúlicos; y obra tan cuajada de ideas y de nobles propósitos, libro americano, hijo de las entrañas de la democracia, vestido a lo emperador con lenguaje de púrpura y de oro, no podrá menos de hacer viaje triunfante por las rutas intelectuales del mundo de Colón.

* * *

Entre los IDOLA TRIBUS de Bacón, figuran IDOLA FORI (ídolos del Foro) del mismo, que significan toda superstición evidenciada: y en esta idea alrededor de la cual desenvuelve el autor otras, con lógico encadenamiento, se afianza sólidamente la unidad de la obra. Comprende IDOLA FORI no sólo aquellas ideas cuya falsedad ha sido demostrada ya, sino aquéllas cuya evidencia está por demostrar aún o no podrá demostrarse jamás. Los hombres como los pueblos adoran *ídolos*, y su culto es erróneo y mortal, toda vez que el fanatismo humano es una de las formas de extravío de criterio que mayores males han causado en nuestras democracias. La sugestión de una palabra sonora, el prestigio de una fórmula incomprendida, una tradición, una bandera, la imitación, han llevado a hombres y partidos a la guerra y a la disolución nacionales. El pensamiento humano en veinte años ha demostrado hasta dónde pueden complementarse, ampliarse y rectificarse conclusiones al parecer definitivas; y sin embargo, en la obra y en la personalidad de los pensadores de tres generaciones existe la misma intransigencia de bandería, el mismo criterio de lo absoluto, la misma íntima incomprensión del *devenir* humano. Hay una imitación-moda que se sobrepone a la imitación-costumbre, así como hay dos ciudadanos más en la república de las letras: *Monsieur Qui ne comprend pas* y *Monsieur Qui ne veut pas*

comprendre. Los *idola fori* irán desapareciendo: una crítica exclusivamente negativa y demoledora puede acabar por sustituír al fanatismo de los hombres, el escepticismo disolvente y enervador.

Con este criterio desenvuelve el autor los varios capítulos de su obra, distribuídos así: *Evolución y unidad mental, el Concepto científico, el Concepto histórico, el Concepto político, Supersticiones democráiicas, Supersticiones aristocráticas y Hacia el futuro*, que es un epílogo magistral de las ideas contenidas en el libro.

Como algunos de estos problemas del pensamiento emparientan con los que plantea la política, la peregrinación de este libro, con ser triunfal, porque las ideas jamás se quedan en el aire, no dejará de encontrar más de un gesto adusto y manos dispuestas, antes al acometimiento que a juntarse en la actitud amable del aplauso. Si como se ha pensado erróneamente, los pueblos de América no debieron sacudir el yugo político porque no estaban preparados para recibir el bautismo de la libertad; en el mismo sentido, tratándose de esta no menos interesante liberación espiritual, pudiera desconocerse la oportunidad del libro de Torres por espíritus espaventarios y aprensivos que no saben conformarse con que todo un hombre, terciada el hacha cortadora y pujante, se meta selva adentro por los inextricables laberintos de la política, la historia y la filosofía, y la emprenda a dos manos con raigados y copudos gigantes que van cayendo en lastimosos desquiciamientos. La sierpe moverá sus eses hostiles contra el expurgador de selvas, le armarán guerra las fieras, los reptiles se erizarán, y hasta las aves protestarán chillando; pero el bravo luchador no tiene miedo: sembró y cosechó; bajo su tienda contempla cómo el buen sol llueve bendición sobre el sembrado.

MANUEL ANTONIO BONILLA

IDOLA FORI

PROLOGO

El fanático y el escéptico, personificaciones de dos puntos extremos, entre los que oscila con inseguro ritmo la razón humana, son caracteres que presentan notas peculiares de superioridad y de desmerecimiento, de alteza y de ruindad. Caben en el fanático el prestigio avasallador del entusiasmo, la sublime capacidad de crear y aniquilar, de idolatrar y maldecir; la grandeza de la acción heroica; la suprema admiración del martirio. Tiene, en cambio, la estrechez de juicio y de sentimiento; la ceguera para cuanto no sea el punto único a que, con fatal impulso, gravita; la incomprensión, la inflexibilidad, la brutalidad. Caben en el escéptico superior la amplitud alta y generosa; la benevolencia fácil; el sentido de lo relativo y transitorio de toda fórmula de la verdad; la cultura varia y renovable; la gracia y movilidad del pensamiento. Deslúcenle, como reverso de estos dones, la ineptitud para la acción; la fría esterilidad de la duda; la limitación y pobreza de la que exige de la realidad; la influencia enervadora y corrosiva. Entre estos dos tipos opuestos, y en su perfecta realización, extraordinarios, halla su posición y carácter el espíritu de la mayoría de los hombres que, de uno u otro modo, se interesan por las ideas, aproximándose al un extremo o al otro, pero guardando casi siempre la correlación de superioridades y defectos propios de la naturaleza del tipo a que respectivamente se aproxima,

y dejando graduada la intensidad con que adolecen de los defectos de la proporción en que participan de las superioridades. Cuanto más energía de convicción, menos virtud de tolerancia; cuanto mayor disposición de hacer, menos profundidad de pensar; cuanto más sutil inteligencia crítica, menos dinámico y comunicativo poder de sentimiento.

¿Es ésta, sin embargo, ley fatal o inflexible? ¿No pueden conciliarse, en un plano superior, las excelencias de ambos caracteres y determinar uno nuevo y más alto?.. Yo creo que sí. Yo creo que es posible, no sólo construír idealmente, sino también, aunque por raro caso, señalar en la realidad de la vida, una estructura de espíritu en que a la más eficaz capacidad de entusiasmo vaya unido el dón de una tolerancia generosa; en que la perseverante consagración a un ideal afirmativo y constructivo se abrace con la facultad inexhausta de modificarlo por la propia cincera reflexión y por las luces de la enseñanza ajena y de adaptarlo a nuevos tiempos o nuevas circunstancias; en que el enamorado sentimiento del propio ideal y de la propia fe no sea obstáculo para que se reconozca con sinceridad, y aun con simpatía, la virtualidad de belleza y amor de la fe extraña y de los ideales ajenos; en que la clara percepción de los límites de la verdad que se confiesa no reste fuerzas para servirla con abnegación y con brío, y en que el anhelo ferviente por ver encarnada cierta concepción de la justicia y del derecho parta su campo con un seguro y cauteloso sentido de las oportunidades y condiciones de la realidad.

Este es, sin duda, el más alto grado de perfección a que pueda llegarse en la obra de formar y emancipar la propia personalidad, bajo la doble relación de la inteligencia y del carácter. De más está decir que si el fanático y el escéptico puros, en el sentido de la pureza o simplicidad psicológicas, son tipos de excepción, aún lo es más este tipo en que se resuelve la oposición de aquellos otros, no por neutralizado y vulgar término medio, sino

por participación activa y fecunda de las superioridades y capacidades de entrambos. No sólo es extraordinaria esta superior manera de ser, sino que, a diferencia de aquellas de que la deslindamos, escapa casi siempre a la comprensión y aplausos del vulgo La mayoría del vulgo compónese de los *semifanáticos* y los *semiescépticos*; y cada una de estas especies desmedradas y borrosas siente sugestión magnética del tipo que realiza con plenitud eficaz, los caracteres que sólo en parte y sin eficacia tienen ellas. A los semifanáticos les subyuga la bárbara energía del fanatismo personificado en un carácter úno, enterizo y presa de ímpetu ciego; a los escépticos a medias les fascina aquel como prestigio diabólico que nace, en el pleno escepticismo, de la resistencia invariable de la duda y del alarde impávido de la ironía. No queda séquito, o queda muy limitado, para el espíritu de libertad y selección, que afirma y niega, obra y se abstiene, con racional medida de cada una de sus determinaciones. Pero si su acción sobre el mayor número no es inmediata ni violenta, ni asume las formas triunfales del proselitismo, su influencia en esferas superiores a la vulgaridad es la única de que nace positivo progreso en las ideas y la que, en definitiva, fija el ritmo que prevalece sobre los desacordes impulsos de esas distintas ordenaciones del rebaño humano que llamamos escuelas, sectas y partidos.

Creo que se acertaría con una de las notas fundamentales del libro *IDOLA FORI*, del escritor colombiano Carlos Arturo Torres, si se dijera que es un poderoso esfuerzo en el sentido de propagar ese tipo superior de carácter que he procurado definir; y lo es porque la personalidad misma del autor, tal como se estampa, con enérgico sello de verdad, en sus páginas, realiza en sí dicho tipo, por natural disposición, y también, sin duda, por perseverante disciplina propia, y es uno de los más perfectos ejemplares de él que conozco dentro del actual pensamiento hispanoamericano.

Quien siga con atención el movimiento de ideas que

orienta y rige, en el presente, la producción intelectual de la América Española, percibirá en parte de esa producción, por lo menos, ciertos rasgos característicos que parecen converger a una obra de conciliación, de armonía; de síntesis de enseñanzas adquiridas y adelantos realizados, con viejos sentimientos que recobran su imperio e ideas generales que reaparecen, con nueva luz, tras prolongado eclipse. Uno de estos sentimientos e ideas, es la idea y el sentimiento de la raza. Aquel género de amor propio colectivo que, como el amor de patria en la comunidad de la tierra, toma su fundamento en la comunidad del origen, de la casta, del abolengo histórico, y que, como el mismo amor patrio, es natural instinto y eficaz y noble energía, pasó durante largo tiempo, en los pueblos hispanoamericanos, por un profundo abatimiento. Los agravios de la lucha por la emancipación y el dolorido recuerdo de las limitaciones y ruindades de la educación colonial, movieron en la conciencia de las primeras generaciones de la América independiente un impulso de desvío respecto de todo sentimiento de tradición y de raza. Parecía buscarse una absoluta desvinculación con el pasado y pretenderse que, con la independencia, surgiese de improviso una nueva personalidad colectiva, sin el lazo de continuidad que mantienen a través de todo proceso de regeneración o reforma personal, la memoria y el fondo de carácter. En su impaciente y generoso anhelo por asociar el espíritu de estas sociedades al movimiento progresivo del mundo, recuperando el camino que perdieran a la zaga de la retrasada metrópoli, aquellas generaciones creyeron que para emanciparse de los vínculos de la naturaleza y de la historia que estorbaban a la inmediata ejecución de tal anhelo, bastaba con desconocerlos y repudiarlos; ilusión comparable a la del que imaginara evitar al enemigo volviéndole la espalda para no verle. Este fundamental error privó de firmeza a la obra constructiva de aquellas colectividades de héroes, demasiado grandes e inspiradas en la guerra para que sea justo hacerles

cargo de que no fuesen más sabias y cautas en la paz. Convirtieron en escisión violenta que había de parar en forzosa desorientación y zozobra, lo que pudo ser tránsito ordenado, tenaz adaptación, enlace armonioso. Aun después de que los rencores de la guerra se disiparon, y de que el instinto de simpatía por el propio linaje y los hechos de los mayores, recobró en parte sus fueros, esta reconciliación se manifestó mucho más por protestas elocuentes y jaculatorias líricas, que como inspiración de una labor encaminada a restablecer la unidad nterna de la historia. Los partidos liberales sucesores directos del espíritu de la independencia en cuanto obra de fundación social y política, persistieron en el yerro original de tomar de afuera ideas y modelos sin tener más que olvido o condenación para un pasado del que no era posible prescindir, porque estaba vivo, con la radical vitalidad de la naturaleza heredada y la costumbre. Los partidos conservadores se adhirieron a la tradición y la herencia española, tomándolas, no como cimiento ni punto de partida, sino como fin y morada; con lo que, confirmándolas en su estrechez, las sustrajeron al progresivo impulso de la vida y cooperaron a su descrédito. En aquellas partes de Hispano América donde una contínua y populosa inmigración, procedente de distintos pueblos de Europa, acumuló en poco tiempo sobre el fondo nativo, elementos extraños bastantes para sobreponerse a la fuerza asimiladora de una personalidad nacional que no se sostuviese con gran brío, fue este un nuevo factor que conspiró a nublar la conciencia de la raza propia; y ninguna enérgica acción social, ningún plano orgánico de gobierno, acudieron a levantar, por cima del aluvión cosmopolita, el principio de unidad que hubieran dado de sí los sentimientos de la tradición y de la raza celosamente estimulados con los mil medios de educación y propaganda que el Estado es capaz de desenvolver.

Pero no hubo sólo desviación relativa a las tradiciones de raza tomando ésta en su directo y más concreto sen-

tido de la nación colonizadora. Momento llegó en que el desapego tendió a más, si no en la conciencia del pueblo, en la de las clases directivas y cultas. Por influjo de corrientes de filosofía histórica que tuvieron universalmente su auge, y que convirtieron en desalentado pesimismo de raza la impresión de decaimientos y derrotas que coincidían con el encumbramiento intelectual, económico y político de pueblo a quienes parecía transmitirse por tal modo la hegemonía de la civilización, la desconfianza hacia lo castizo y heredado de España se extendió a lagrande unidad técnica e histórica de los pueblos «latinos», cuya capacidad se juzgó herida de irremediable decadencia, y cuyo ejemplo y cuya norma en todo orden de actividad, se tuvo por necesario desechar y sustituír, para salvar de la fatal condena que virtualmente entrañaban. No creo engañarme si afirmo que éste era, aún no hace muchos años, el criterio que prevalecía entre los hombres de pensamiento y de gobierno en las naciones de la América latina; el criterio ortodoxo en universidades, parlamentos y ateneos: la superioridad absoluta del modelo anglosajón, así en materia de enseñanza, como de instituciones, como de aptitud para cualquier género de obra provechosa y útil, y la necesidad de inspirar la propia vida en la contemplación de ese arquetipo, a fin de aproximársele, mediante leyes, planes de educación, viajes y lecturas, y otros instrumentos de imitación social. Los Estados Unidos de Norte América aparecían como viviente encarnación del arquetipo; como la imagen en que tomaba forma sensible la idea soberana, Absurdo sería, desde luégo, negar, ni la grandeza extraordinaria de este modelo real, ni las positivas ventajas y excelencias del modelo ideal; el genio de la raza que en aquel pueblo culmina; ni siquiera lo que de practicable y de fecundo había en el propósito de aprender las lecciones de su bien recompensado saber y seguir los ejemplos de su voluntad victoriosa. Pero el radical desacierto consistía, no tanto en la excesiva y candorosa idealización, ni en el ciego

culto, que se tributa por fe, por rendimiento, de hipnotizado, más que por sereno y reflexivo examen y prolija elección, como en la vanidad de pensar que estas imitaciones absolutas de pueblo a pueblo, de raza a raza, son cosa que cabe en lo natural y posible; que la estructura de espíritu de cada una de esas colectividades humanas no supone ciertos lineamientos y caracteres esenciales, a los que han de ajustarse las formas orgánicas de su cultura y de su vida política, de modo que lo que es eficaz y oportuno en una parte no lo es, acaso en otras; que pueden anularse disposiciones heredadas y costumbres seculares, con planes y leyes; y, finalmente, que aun siendo esto realizable, no había abdicación lícita, mortal renunciamiento, en desprenderse de la personalidad original y autónoma libre siempre de reformarse pero no de descaracterizarse, para embeber y desvanecer el propio espíritu en el espíritu ajeno.

Me he detenido tal vez con demasía, a recordar estas tendencias divergentes del sentido de la tradición y la raza, a fin de que aparezca el carácter de reacción que tienen sentimientos e ideas dominantes ya, y que suben con creciente impulso en la vida intelectual de la América Española. Diríase que del misterioso fondo sin conciencia donde se retraen y aguardan las cosas adormidas que parecen haber pasado para siempre en el alma de los hombres y los pueblos, se levantan, a un conjuro, las voces ancestrales, los reclamos de la tradición, los alardes del orgullo de linaje, y preludian y conciertan un canto de *alborada*. Muchos son los libros hispanoamericanos de estos últimos tiempos en que podrían señalarse las huellas de ese despertar de la conciencia de la raza; no vinculada ya a una escuela de estrecha conservación en lo político y de pensar cautivo y receloso, sino abierta a todos los anhelos de libertad y a todas las capacidades de adelanto; henchida de espíritu moderno, de amplitud humana, de simpatía universal; como gallarda manifestación característica de pueblos que aspiran a estampar su personalidad,

diferenciada y constante, en la extensión continental cuya mitad ocupan, y en el inmenso porvenir donde hallarán la plenitud de sus destinos, que buscan, para ello sentar el pie en el pasado histórico donde están las raíces de su sér y los blasones de su civilización heredada. Ni es sólo en una vaga idealidad como da muestra de sí este sentimiento. Cuestiones sociales y políticas se consideran por su incentivo y a su luz; y así, en reciente y notable libro: *La restauración nacionalista*, Ricardo Rojas, argentino, refiere el problema de la educación a la necesidad de mantener los vínculos tradicionales, y lo estudia en la particularidad de la enseñanza de la historia, medio eficacísimo de simpatía y comunión en el culto de la patria.

Pues bien: *Idola Fori* se relaciona, en mi sentir, por su más íntima tendencia, con ese movimiento de *restauración*, si usamos la palabra del autor argentino; y es como la expresión generosa del sentido político que debe adquirir tal movimiento, manifestándose en el espíritu y la obra de los partidos liberales. Porque el mensaje que sus páginas llevan es mensaje de conciliación, de armonía, de evolución racional y orgánica, tan ajena de yertas inmovilidades como de vanos desasosiegos; de serenidad encumbrada sobre «los fanatismos de la tradición y los fanatismos de la revolución»; y quien quisiera reducir estas fórmulas a una, la hallaría en el mandamiento de enlazar los impulsos de reforma que modelan lo porvenir, con el respeto del pasado, en su persistente unidad característica. Conjuremos los ídolos del Foro y lograremos, según las palabras de Torres, el «equilibrio hermoso y establece que resulta de las mutuas concesiones de los asociados», si cuidamos de adecuar las cosas nuevas que proponemos y adquirimos, a la realidad de nuestra vida y nuestra historia, edificando sobre el propio solar y sembrando en el propio terrón. Y así lo entiende y declara, en no pocos pasajes de su libro, el escritor colombiano. Contra el vulgar sentir de que la relación del pasado al presente es, por esencia, oposición y discordia, levanta, con Kidd, el prin-

cipio de su solidaridad y continuidad indestructibles; y contra el concepto biológico que sólo ve en la evolución las desviaciones del tipo originario, reivindica, con Quintón, la ley de fijeza, constancia y unidad »que rige la intimidad del fenómeno vital, inmutable en su esencia, mudable en su estructura». Realza la sagrada eternidad de la idea de patria, como «vinculación ideal de tradición, sentimientos y aspiraciones»; y en el sintético y hermoso capítulo final *Hacia èl futuro*, encarece el valor del tesoro que aportan al presente «con sus acopios fisiológicos, la herencia; con sus acopios morales, la tradición», representando la armonía perenne que intengran las generaciones humanas por las tres mujeres, que en el bajorrelieve que describe, tripulantes de la misma barca, mira la una con aire melancólico a la playa que dejaron; sondea la otra, con impaciente anhelo, la opuesta lejanía, y rige la tercera en medio de las dos, con firme y sereno pulso, los remos que las llevan adelante.

Otros de los rasgos fisonómicos del pensamiento hispanoamericano, en el momento presente, es la vigorosa manifestación del sentido idealista de la vida; la frecuente presencia. en lo que se piensa y escribe, de fines espirituales; el interés consagrado a la faz no material ni utilitaria de la civilización. Corresponde esta nota de nuestra vida mental al fondo común de sentimientos e ideas porque nuestro tiempo se caracteriza en el mundo. No cabe dudar de que las más interesantes, enérgicas y originales direcciones del espíritu contemporáneo, en su labor de verdad y de belleza, convergen en un carácter de idealismo, que progresivamente se define y propaga. Así lo reconoce, en más de una ocasión, el escritor colombiano, ya refiriéndose, al empezar, a la «sutil esencia del idealismo» que se evapora del conjunto de la actividad filosófica y científica de nuestra época, ya finalizando con la afirmación de la existencia de un «renacimiento idealista», que aspira a producir una «superior conciencia de la humanidad», como resultado de una múltiple corriente de revaluación de valores

intelectuales y morales. Si retrocedemos a señalar el punto de donde esta universal revolución del pensamiento toma su impulso en parte como reacción, en parte como ampliación, lo hallaremos en las postreras manifestaciones de la tendencia netamente positiva que ejerció el imperio de las ideas desde que comenzaba hasta qúe se acercaba a su término la segunda mitad del pasado siglo. Expone Taine que cuando en determinado momento de la historia, surge una «forma de espíritu original», esta forma produce encadenadamente, y por su radical virtud, «una filosofía, una literatura, un arte, una ciencia», y agreguemos nosotros: una concepción de la vida práctica, una moral de hecho, una educación, una política. El positivismo del siglo XIX tuvo esa multiforme y sistemática reencarnación; y así como en el orden de la ciencia condujo a corroborar y a extender el método experimental y en literatura y arte llevó al realismo naturalista, así, en lo que respecta a la realidad política y social, tendió a entronizar el criterio utilitario, la subordinación de todo propósito y actividad al único y supremo objetivo del interés común. La oportunidad histórica con que tal forma original de espíritu se manifestaba, es evidente; ya en el terreno de la pura filosofía, donde vino a abatir idealismos agotados y estériles; ya en el de la imaginación artística a la cual libró, después de la orgía de los románticos, de fantasmas y quimeras; ya, finalmente, en el de la práctica y la acción, a las que trajo un contacto más íntimo con la realidad contribuyendo, por ejemplo, a vencer el espacio que en Francia separa la vana agitación de la segunda República, de la sabia firmeza, confesándose por labios de Gambetta, «libre y desinteresado servidor del positivismo».

Es indudable, además que, si el espíritu positivista se saborea en las fuentes, en las cumbres: un Comte o un Spencer, un Taine o un Renán, la soberana calidad del pensamiento y la alteza constante del punto de mira infunden un sentimiento de estoica idealidad, exaltador, y en ningún caso depresivo, de las más nobles facultades y las

más altas aspiraciones. Pero, sin detenernos a considerar de qué manera y en que grado pudo el positivismo degenerar o estrecharse en la conciencia europea, como teoría y como aplicación, y volviendo la mirada a nuestros pueblos, necesario es reconocer que aquella revolución de las ideas fue por lo general, entre nosotros, tan pobremente interpretada en la doctrina como bastardeada en la práctica. El sentido idealista y generoso que Contianos como Lagarrigue infundieron en su predicación, más noblemente inspirada que comprendida y eficaz, no caracteriza la índole del positivismo que llegó a propagarse, y aún a divulgarse, en nuestra América. Fue éste un empirismo utilitarista de muy bajo vuelo y de muy mezquina capacidad, como hecho de molde para halagar, con su aparente claridad de ideas y con la limitación de sus alcances morales y sociales, las más estrechas propensiones del sentido común. Por lo que se refiere al conocimiento, se cifraba en una concepción supersticiosa de la ciencia empírica, como potestad infalible e inmutable, dominadora del misterio del mundo y de la esfinge de la conciencia, y con virtud para lograr todo bien y dicha a los hombres. En lo tocante a la acción y al gobierno de la vida, llevaba a una exclusiva consideración de los intereses materiales; a un concepto rebajado y mísero del destino humano; al menosprecio, o a la falsa comprensión de toda actividad desinteresada y libre; a la indiferencia por todo cuanto ultrapasara los límites de la finalidad inmediata que se resume en los términos de lo práctico y lo útil.

Estas dos nociones, tan interesantes y necesarias dentro del orden y trabazón de ideas en que se encuadra una voluntad bien regida, son ídolos groseros si se les observa campear, sueltas y emancipadas de todo principio superior, en la conciencia del vulgo. En general, nada debe temerse más que los efectos de la deformación de ciertas ideas arriesgadas y confundibles o ya originariamente viciosas, cuando se apoderan la mediocridad de espíritu y la mediocridad de corazón, para disfrazar de conceptos capaces

de sostenerse y propagarse a plena luz, las condiciones de su personal inferioridad. Esto, de que puede señalarse actualmente un ejemplo en la deplorable boga del egoísmo aristocrático de Nietzsche, convertido en patente de corso para la franca expansión de la desatinada soberbia de los necios y de la miseria del alma de los viles, pasó también con la difusión entusiástica de la idea de utilidad. Las medianías ineptas por su pobreza de vida espiritual, para comprender aspiración más alta que las que circunscribe el interés positivo, acogieron con júbilo un criterio que interpretaban como la confirmación de que, allí donde nada veían ellas, nada existía sino vanidad y creyendo predicar la filosofía que habían aprendido, predicaban la imitación de su propia naturaleza. Imaginaron que descubrían un mundo, y que este mundo era la tierra misma: el suelo firme y seguro de la realidad, de donde las generaciones anteriores habían vivido ausentes, y que era menester rehabilitar como habitación de los hombres. La energía interior, la «facultad dominante», que para ello preconizaban, era un *sentido práctico* abstraído de toda noción ideal que lo refiriese, como instrumento o medio de hacer, a algún supremo término de desinterés, de justicia o de belleza; *sentido práctico* que orientándose, como el buen sentido de Sancho, en exclusiva persecución de lo útil, si alguna vez padecía quiebras y eclipses había de ser, como en el inmortal escudero, para desviarse en dirección de esos quijotismos de la utilidad que fingen ínsulas y tesoros donde el quijotismo de lo ideal finge Dulcineas, castillos y gigantes.

Relativamente a la peculiar situación de nuestros pueblos, estas tendencias encerraban peligros que no era bastante a compensar el efecto de saludable eliminación que, por otra parte, producirán (ya que no falta nunca alguna relación benéfica en lo fundamentalmente pernicioso), sobre sueños impotentes y vagos. Desde luego toda obsesión utilitarista; todo desfallecimiento de las energías que mantienen el timón de la nave social en derechura a un

objeto superior al interés del día que pasa, habían de ejercer tanto más fácil y avasallador influjo en el espíritu de democracias nuevas, donde la marea utilitaria no encontraría la resistencia de esas poderosas fuerzas de idealidad inmanente que tiene fijas, en los pueblos de civilización secular, la alta cultura científica y artística, la selección de clases dirigentes, y la *nobleza* con que *obliga* la tradición A esto hay que agregar circunstancias de épocas. Comenzaba en estas sociedades el impulso de engrandecimiento material y económico, y como sugestión de él, la pasión de bienestar y riqueza, con su cortejo de frivolidad sensual y de cinismo epicúreo; la avidez de oro que, llevando primero a la forzada aceleración del ritmo del trabajo, concluía en el disgusto del trabajo, como harto lento prometedor, y lo sustituía por la audacia de la especulación aventurera. Eran los años en que (1) las líneas relevantes y airosas de la tradicional personalidad colectiva empezaban a esfumarse, veladas por un cosmopolitismo incoloro, y en que, en medio de la confusión de todo orden de prestigios y valores sociales, se apresuraba la formación de una burguesía adinerada y colecticia, sin sentimiento patrio, ni delicadeza moral, ni altivez, ni gusto. El gran Sarmiento, que alcanzó en su titánica vejez el despuntar de esos tiempos, los llamó *la época cartaginesa*. En semejante disposición de las conciencias y las cosas, una corriente de ideas que ya llevaba en sí misma cierta penuria de energías enaltecedoras, no podía menos de empobrecerse y de extremarse en sentido utilitario y *terre a terre*, y no fue otro, en efecto, el carácter de nuestro positivismo.

Entre tanto, generaciones nuevas llegaban. Educadas bajo el dominio de tales direcciones, se asomaban a avizorar fuera de ellas, con ese instinto que mueve a cada generación humana a separar de lo anterior y a aceptar

---

(1) Ignoro si esta observación puede extenderse a todos los pueblos hispano-americanos.—J. E. R.

alguna parte de sus ideas. Ponían el oído a las primeras vagas manifestaciones de una transformación del pensamiento en los pueblos maestros de la civilización; leían nuevos libros y releían aquellos que habían dado fundamento a su criterio, para interpretarlos mejor y ver de ampliar su sentido y alcance. Hay en *Idola Fori* un capítulo donde se indican algunas de las fuentes de la transición que siguió a esto, comentándose el estudio que de la evolución de las ideas en la América Española hizo, no há mucho, Francisco García Calderón, en trabajo digno de su firme y cultivado talento. La *lontananza* idealista y religiosa del positivismo de Renán; la sugestión inefable de desinterés y simpatía, de la palabra de Guyau; el sentimiento heroico de Carlyle: el poderoso aliento de reconstrucción metafísica de Renouvier, Bergson, y Boutroux; los gérmenes flotantes en las opuestas ráfagas de Tolstoy y de Nietzche; y como superior complemento de estas influencias, y por acicate de ellas mismas, el renovado contacto con las viejas e inexhaustas fuentes de idealidad, de la cultura clásica y cristiana. fueron estímulo para que convergiéramos a la orientación que hoy prevalece en el mundo. El positivismo, que es la piedra angular de nuestra formación intelectual, no es ya cúpula que la remata y corona; y así como en la esfera de aquella especulación reivindicamos contra los muros insalvables de la indagación positivista, la permanencia indómita, la sublime terquedad del anhelo que excita a la criatura humana a encarecerse con lo fundamental del misterio que la envuelve, así, en la esfera de la vida y en el criterio de sus actividades tendemos a restituír a las ideas, como norma y objeto de los humanos propósitos, muchos de los *fueros* de la soberanía que les arrebatara el desbordado empuje de la utilidad. Sólo que nuestro idealismo no se parece al idealismo de nuestros abuelos, los espiritualistas y románticos de 1830, los revolucionarios y utopistas de 1848. Se interpone, entre ambos caracteres de idealidad, el positivismo de nuestros padres. Ninguna enérgica di-

rección del pensamiento pasa sin dilatarse de algún modo dentro de aquella que la sustituye. La iniciación positiva dejó en nosotros, para lo especulativo como para lo de la práctica y la acción, su potente sentido de relatividad; la justa consideración de las realidades terrenas; la vigilancia e insistencia del espíritu crítico; la desconfianza de las afirmaciones absolutas; el respeto de las condiciones de tiempo y de lugar; la cuidadosa adecuación de los medios a los fines; el reconocimiento del valor del hecho mínimo y del esfuerzo lento y paciente en cualquier género de obra; el desdén de la intención ilusa, del arrebato estéril, de la vana anticipación. Somos los neo-idealistas, o procuramos ser, como el nauta que, yendo desplegadas las velas, mar adentro, tiene confiado el timón a brazos firmes, y muy a mano la carta de marear, y a su gente muy disciplinada y sobre aviso contra los engaños de la onda.

También por esta parte se enlaza el libro que comento, con la fisonomía general que la literatura de su índole presenta en la actualidad americana. Es el libro de un idealista y es el libro de un hombre que sabe de la realidad por la cultura y por la acción. El consorcio fecundo del sentido de lo ideal y el de lo real, luce la armonía y madurez de esta obra y es de las excelencias de espíritu de su autor. No la abandonan un punto, ni la inspiración de altas ideas, ni el cuidado del modo como cabe arraigarlas en el polvo del mundo. Y asistido de ambas facultades, penetra a señalar en el carácter de la actividad política, principalmente tal como ella suele ser en nuestros pueblos, los *ídolos del Foro*, las supersticiones que persisten contra la sentencia de la razón o que se adelantan a su examen sereno.

¿Quién que alguna vez haya participado de esa actividad, en su habitual manifestación de los partidos políticos, no recuerda, si tiene alma un tanto levantada sobre el vulgo, las torturas de la adaptación: las resistencias de su personalidad a las uniformidades de la disciplina; aque-

lla angustia intelectual que produce la imposibilidad de graduar y depurar las ideas en la expresión grosera de las fórmulas inteligibles para los más; las repugnancias del contacto forzoso con lo bajo, con lo torpe, con lo servil; la sensación vivísima de las profundas diferencias de sentir y pensar que cautelaba la unidad falaz de un programa y un nombre?.... Y sin embargo, estas organizaciones colectivas, a las que no en vano se tiene por nervio de las democracias, son fatales necesidades de la acción. No pudiendo pensar en suprimirlas, aspiremos, en lo posible, a educarlas.

Denuncia Torres la sinrazón de los impulsos fanáticos y la vanidad de las convicciones absolutas; enseña cómo la constancia y la unidad de una vida enderezada a un fin ideal, puede avenirse con las racionales modificaciones de la inteligencia, y cómo los partidos conformándose con esta misma ley de variedad, se readaptan y transforman si no han de disolverse o desvirtuarse; protesta contra repulsivas glorificaciones del egoísmo y de la fuerza; discierne el genuino concepto de la democracia de los sofismas de la falsa igualdad: flagela la ilusión aciaga de la guerra civil como medio de arribar a algùn orden; y con franco optimismo y fundada altivez, que yo aplaudo y comparto, sostiene que, fuera de las superioridades de excepción, «el nivel medio intelectual y moral de la humanidad civilizada en nuestros jóvenes Estados no es, ni con mucho, inferior al de las viejas sociedades europeas». En todo esto muestra el autor de *Idola Fori* admirable acierto, penetración y equilibrio. Sólo me parece a mí que, al impugnar la superstición aristocrática, no reconoce todo su valor de oportunidad a la obra de infundir en el alma de estos pueblos, el sentimiento de autoridad vinculada a las legítimas aristocracias del espíritu para la orientación y gobierno de la conciencia colectiva. Yo entiendo que esto no es tarea de mañana sino de hoy; porque si en unas partes de América el desenvolvimiento material, que es el carácter del presente y del inmediato porvenir, trae

en sí los declives de una igualdad utilitaria contra la que urge reaccionar, en otras partes, y en las mismas quizá, urge desarraigar y sustituír tanto prestigio menguado y tanta vergonzosa autoridad como han recogido de botín en los saqueos del desorden la energía brutal, la medianía insolente o la caprichosa fortuna.

Atinadísima observación apunta el escritor colombiano en el capítulo *Corrientes políticas en la América Española*, cuando al hablar de pasiones que subsisten sólo por el poder de la costumbre, encarece la necesidad de que fijemos el centro de las fuerzas políticas en el terreno de «los nuevos problemas que surgen de las nuevas necesidades que apremian, de los nuevos peligros que amenazan», es decir, de aquellos motivos de atención que, en nuestra tierra o en nuestros tiempos, guardan correspondencia con la realidad. Los más funestos *ídolos del Foro* (si bajo este nombre comprendemos toda superstición política), no son los ídolos cuya falsedad es más patente, porque consiste en grosera ilusión o bastardo interés, sino aquellos otros que se refieren a propagandas y objetivos que alguna vez tuvieron real fundamento y oportunidad imperiosa, y que los conservan hoy mismo en ciertas partes, pero que en otras, donde se les mantiene, han perdido por ya resueltos y logrados o por desviados del sentido que lleva el desenvolvimiento de la vida, toda razón de ser, lo que no es obstáculo para que una maquinal inercia o una galvanización artificiosa los representen con el carácter de lo actual, y motiven proselitismos, y susciten pasiones, y defrauden de esta manera energías que se sustraen a la aplicación eficiente y fecunda de los problemas de la realidad. Muchos podrían ser los ejemplos; yo no citaré sino uno.

En algún pueblo hispanoamericano, la libertad y la tolerancia religiosas han culminado hasta un punto que, seguramente ningún otro pueblo supera, dentro de la civilización contemporánea; no sólo porque, en el terreno de la ley, há tiempo que se han reivindicado ampliamente,

y con arraigo inconmovible, todas las libertades de ese orden pueden ser objeto de limitación por la intolerancia o la parcialidad del Estado, sino porque, en la sociedad, en las costumbres, en la vida doméstica, el sentimiento religioso no incide sino por raro caso en pasión perturbadora y fanática, y tiende a contenerse en su inviolable santuario de la conciencia individual. A pesar de ello, la sugestión de campañas anticlericales que en los pueblos de Europa de donde se les reflejaba, tenían acaso natural impulso en las peculiares condiciones de la realidad, fue bastante (y no escribo historia antigua) para atraer al primer plano de la atención y el apasionamiento políticos un género de propaganda que estaba lejos de ocupar el mismo rango en el orden real de las necesidades sociales retrocediéndose, sin ventaja visible, a la conmistión abominable y anacrónica de las más delicadas cuestiones de conciencia con las pasiones violentas de los bandos. Y apenas me parece necesario advertir que si abomino de esa conmistión allí donde no la haga forzosa el desequilibrio de un régimen de intolerancia, sólo quiero negar la oportunidad del debate religioso en los estrechos límites de la vida política, en las disputas de la plaza pública; de ningún modo en el intercambio espiritual, en la verdadera comunicación del pensamiento, donde la controversia de esa índole responde a un perdurable interés humano, y donde siempre será oportuno y siempre será noble propender por los medios de la razón y de la simpatía, a emancipar las conciencias capaces de libertad del yugo de los dogmas que tenemos por falsos y tiránicos.

Pero sería tarea interminable la de indicar todas las particularidades y todos los problemas de la vida actual de nuestros pueblos a que puede tener aplicación el profundo sentido de esta obra, destinada, sin duda, a realzar la ya justa fama de su autor.

Por la índole de sus facultades y la orientación de sus tendencias, Carlos Arturo Torres, es de los escritores hispanoamericanos que mejor responden a las necesidades ac-

tuales de nuestra sociedad y de nuestra cultura, en lo intelectual como en lo moral; de los que están en condiciones de hacer mayor bien con la pluma; de los que en más alto grado merecen ejercer *cura de almas*. Es, además, de los que, por sus cualidades de forma y de gusto, y por la variedad y elección de sus lecturas, manifiestan una personalidad literaria más emancipada de las sugestiones caprichosas de la novedad El equilibrio superior, la amplitud simpática y benévola, la alta y noble equidad de su pensamiento, encuentran adecuado medio de expresión en la severa elegancia de un estilo inmune de toda vana retórica. Como escritor y como pensador tiene por carácter la selección desdeñosa del vulgar efecto; la elevada sinceridad que, en el pensar, es justicia fundada sobre propia y personal reflexión, y en el escribir, es sencillez escogida. Y este espíritu tan encumbrado sobre la vulgaridad no participa de las limitaciones de caridad ideal que suelen medir juntas con las excelencias y ventajas de los espíritus de selección: el desprecio por la muchedumbre, la severa egoística, la tendencia al atesoramiento de la verdad como patrimonio de pocos. Siente la mayor obligación de amor humano que toda superioridad espiritual determina, y aspira a que la parte de verdad que no alcance a ser comprendida por los más, sirva, a lo menos, para aplicarse al bien de todos.

Hay libros de bien como hay hombres de bien. Este libro es uno de aquéllos. Y cuando a la viva voluntad del bien se une, en el hombre o en el libro, el sentimiento delicado y el superior discernimiento de él y la facultad de expresarlo con las palabrae de la belleza y simpatía que le abren fácil paso en el corazón de los otros, entonces la superioridad moral adquiere sus más nobles complementos. El libro que va a leerse ofrece ejemplo de esa cumplida superioridad. ¿De cuántos libros hipanoamericanos podrá decirse otro tanto?

JOSE ENRIQUE RODO

Montevideo, enero de 1910.

IDOLA FORI

CAPITULO PRIMERO

Los ídolos del Foro

Bien sabido es que Bacón llama «Idolos del Foro» (*Idola Fori*) aquellas fórmulas o ideas—verdaderas supersticiones políticas—que continúan imperando en el espíritu después de que una crítica racional ha demostrado su falsedad. Un concepto que pudo ser verdadero en su época y que por eso se afirmó vigorosamente en la conciencia humana, perdura, con letal fuerza catalíptica, con acción de presencia superior a las demoliciones del tiempo y a la imposición rectificadora de nuevas ideas, cuando ya han variado por modo definitivo las perspectivas que que lo hicieron posible y desaparecido las circunstancias que lo impusieron como necesario y legítimo. La verdad de ayer conviértese por modo tal en la preconcepción perturbadora de hoy; el principio vivificante y fecundo degenera en una suerte de lóbrega y estrecha prisión de la mente, y el fantasma de una verdad que se extinguió, convertido ya en error dañoso por lo inoportuno o excesivo del culto que se le consagra, entenebrece, en los niveles inferiores, el horizonte de la inteligencia y de la razón como las sombras de la noche cubren aún los valles profundos cuando ya la cresta de la montaña arde en luz al beso del amanecer.

El culto de esas divinidades desaparecidas que reclaman aún para su ara todas las víctimas de los sacrificios antiguos, es en sí mismo un elemento de error y un principio de muerte. Tal agitación del espíritu en el vació, tal persistencia de dislocadas orientaciones, semejante a la persistencia de las imágenes en lo retina que nos hace ver una línea en donde hay sólo un punto, y una superficie o una esfera en donde existe sólo una línea, constituye una peligrosa ilusión de óptica moral, y nos engaña con las seducciones del miraje allí dondc reinan la soledad del desierto o el horror al abismo. Cuando se medita en el pertubado desarrollo histórico de nuestros pueblos, adviértese que el fanatismo de los nombres es una de las formas de extravío de criterio que mayores males ha causado en las democracias hispanoamericanas; el poder de las palabras, que tanto inquietaba a Bacón, ha sido en ocasiones más terrible que la potencia de las tinieblas con que nos aterra Tolstoi, el grande. A abstracciones que no corresponden a la concreción de una realidad categórica, a intangibles fantasmas de la plaza pública, se han ofrendado mas lágrimas y sangre que a las divinidades crueles del politeísmo oriental. La sugestión de una palabra sonora, el prestigio de una fórmu a incomprendida, la brillantez de los colores de una bandera, la idolatría de una tradición ciegamente aceptada, todas las formas primitivas de esa gran ley de imitación que estudia admirablemente Tarde, han llevado a hombres y partidos, plenos de entusiasmo generoso, pero desatentado, a la inmolación estéril, al sacrificio colectivo y al aniquilamiento nacional en el sangriento histerismo de nuestras revoluciones.

Alguna vez, en el campo de la matanza, después del vértigo de una hecatombe inmensa, de una de esas interminables batallas de las guerras civiles colombianas, un médico filósofo preguntó a uno de los heridos a quienes retiraban, destrozados los miembros, de en medio de un montón de cadáveres, qué motivo supremo, qué indiscutible santidad de causa le había impuesto, en forma tan

cruel, el abandono de su hogar a la miseria, la matanza de sus conciudadanos y últimamente la ofrenda de su propia vida; por qué iba a morir. «La defensa de los principios de mi partido», dijo el moribundo con noble y fiero gesto de convicción. «¿Y podría usted decirme en qué consisten ellos?», insistió el cirujano. Quedóse el interrogado tal como si por vez primera confrontase su inteligencia semejante cuestión, y luégo dijo embarazada y amargamente. «En verdad, no lo sé, y nunca había pensado en ello». Puede afirmase que una incontable mayoría de los inmolados en nuestras carnicerías periódicas está en ese caso. A las veces, aun conociendo o al menos sospechando el flamante programa, el proselitismo no proviene de íntima e irreductible convicción, sino del hábito gregario, del hipnotismo de una palabra, de la imitación, del espíritu de escuela, de la pasión irrazonada de partido. Ante el conmovedor espectáculo de la víctima que se ofrece a la muerte con corazón ligero, con fe profunda por una causa que no comprende, que no intentó comprender jamás, el espíritu flota, dolorosamente agitado, entre los dos términos de una ecuación inquietante: el entusiasmo, la llamarada de la fe, la sinceridad de los luchadores demandan su respeto y encienden su admiración; el extravío, la ceguedad, la inconsciencia de la lucha reclaman la verificación severa de su análisis y el veredicto condenatorio de su razón. Importa estudiar hasta dónde, en los trémulos rizos de un pendón de guerra, simbolizada está una verdad que justifique, ante los fueros imprescriptibles de la vida y ante la equidad de la historia, los excesos del rito y la aberrante crueldad del holocausto; tiempo es ya de observar hasta qué punto un ideal representa un principio viviente y cuándo empieza a esfumarse en las evanescentes penumbras del *Gôtterdamerung*; hasta qué límite la noción personal, el concepto íntimo, el *nóumeno* de Kant, esto es, la convicción que no es una realidad, pueden levantarse, desde abajo, de emblema de reivindicaciones co-

lectivas a guisa, o imponerse desde arriba, a fuero de ley y salud únicas de los pueblos.

Seguro está que en el propósito de tales estudios se lleguen a delimitar siquiera los contornos del vago imperio de los Idolos del Foro, pero el sólo intentarlo, el señalar la posibilidad de reducir a sus verdaderas proporciones de pensares falibles o caducas opiniones cuantos ya se tuvieron por canon y dogma incontrovertibles de la política y de la fisolofía, es despertar los aletargados estímulos del examen y exaltar el valor y las afirmaciones de la autonomía humana.

Por una fatalidad de nuestra formación mental, existe en nosotros como impulso nativo la tendencia a levantar a la categoría de inconcusa verdad la idea consagrada por la moda o por la fe hermética en la predicación de nuestros directores espirituales. Aun se ha incurrido en la paladina inconsecuencia de que pretendamos hacer del mismo concepto de relatividad un dogma absoluto; un cuarto de siglo hace, cuando los principios de la Filosofía sintética avasallaban las inteligencias con el prestigio de su lógica y la claridad de sus inducciones, llegóse a sostener por los más ardorosos (aunque no los más penetrantes) prosélitos del apóstol de «los Primeros Principios» que sus afirmaciones eran, no solamente la última posible razón, sino que el sólo concebir que pudiesen rectificarse o siquiera ampliarse, era blasfemia merecedora del estigma con que se señalan la claudicación y la apostasía. La marcha del pensamiento humano en veinte años ha demostrado hasta dónde pueden complementarse, ampliarse y rectificarse conclusiones que parecían definitivas y hasta dónde alcanza, según la gráfica expresión del mismo Spencer, a evolucionar el sistema de evolución. Curioso sería, e instructivo además, el reunir, como bajo la cúpula de un Wallalah, la figuración de la obra y de la personalidad de los pensadores que han modelado en cada época la opinión de nuestros compatriotas en el decurso de tres generaciones, reunirlas en serie continua, con su

cortejo de deidades menores; el maestro de hoy se sustituye al de ayer y lo hace olvidar, pero en el aparente cambio adviértese cual carácter específico y nexo evidente entre los afiliados la misma intransigencia de bandería, el mismo criterio de lo absoluto, la misma íntima incomprensión del *devenir* humano, de la plasticidad de toda materia de investigación, de la noción de relatividad, de la generosa tolerancia de la inteligencia que algunos de esos maestros, Spencer por ejemplo, asentaron como sentido supremo y piedra angular del edificio intelectual del siglo XIX. Correlativamente y como proyección necesaria, aunque en apariencia inversa de esa forma idolátrica de adoraciones intelectuales, levantan otros, a manera de oriflama exclusivo, no ya las doctrinas que forman el ambiente de una generación, sino la especulación novísima, la teoría de última hora, así sea la más delirante, absurda y antihumana; es, para emplear la concreción de Tarde, la imitación-moda que se contrapone a la imitación-costumbre. En el desarrollo lógico de tal criterio no sería inconcebible que mañana una escuela de propagandistas o una asamblea de reformadores fijasen, a título de ley moral, «la moral de los amos», o impusiesen, con la sanción coercitiva de un mandamiento institucional, el código monstruosamente reaccionario, el aristocratismo despiadado de Nietzche. La fórmula de Bacón podría complementarse, pues, señalando como incluídas en las idolatrías del Foro, no tan sólo las ideas cuya falsedad ha sido demostrada ya, sino aquellas cuya evidencia está por demostrar aún o no podrá demostrarse jamás.

Opuesto al fanatismo de los principios, yérguese el fanatismo obscuro y milenario de las tradiciones; a la concepción de un absoluto filosófico se enfrenta la de un absoluto teológico, y partiendo el sol, en campo cerrado, tal los gladiadores en las arenas itálicas, combaten esos dos sistemas; tan ajeno el uno a la elación de caridad y amor, a la férvida prosternación ante el misterio inpenetrable, que constituye la esencia íntima del verdadero senti-

miento religioso, siempre elevado y siempre respetable, como el otro a la superior amplitud de criterio, a la genuina y dignificadora libertad del pensamiento y a la valerosa y desinteresada investigación de la verdad, que dan su sello de genial nobleza al verdadero espíritu filosófico; ajenos ambos a toda tolerancia y a toda generosidad, rígidos e implacables como las paralelas negras del odio; opuestos en la posición, pero unos en la esencia, con esa identidad que les ha señalado ya el criterio sereno de la crítica moderna al estudiar las analogías de psicología que acercan hasta identificarlos a Robespierre y a Felipe II, al jacobinismo y al ultramontanismo, al tribunal del Santo Oficio y al tribunal revolucionario. Actualmente en los sangrientos espasmos de la revolución rusa, ¿no hemos visto—corroboración concluyente de esa identidad psicológica—concurrir a un mismo resultado las opuestas intransigencias de los extremistas de uno y otro campo y por modo tal impedir ambos, como en monstruoso connubio y aciago acuerdo tácito, el advenimiento de la libertad en la patria de Tolstoi? Las bandas negras de asesinos que organiza la policía secreta y las bandas rojas de terroristas que organiza el clandestino comité, constituyen, sin sospecharlo, la más pavorosa y tremenda de las alianzas que contra el espíritu liberal se haya formado jamás. Reaccionarios y libertarios, al situar en cada extremo de la balanza la integridad irrevocable de sus afirmaciones, han aplazado, repetimos, quién sabe y por cuánto tiempo, aquel equilibrio armonioso y estable resultante de las racionales y mutuas concesiones de los asociados, y que constituye el verdadero sentido de toda civilización y de toda justicia

La marca con que los prejuicios troquelan el espíritu, el patrón rígido en que se vacia nuestra mentalidad, ardiente metal, para que modelada y fría quede para siempre, presenta, para resumir, en cada caso las formas más aparentemente opuestas; dijéranse monedas que ostentan unas el sello real y otras el gorro frigio, pero que todas

tienen un mismo peso y un mismo valor y confundidas circulan en las transacciones políticas; hay el fanatismo de la religión y el fanatismo de la irreligión; la superstición de la fe y la superstición de la razón; la idolatría de la tradición y la idolatría de la ciencia; la intransigencia de lo antiguo y la intransigencia de lo nuevo; el despotismo teológico y el despotismo racionalista; la incomprensión conservadora y la incomprensión liberal. La libertad tiene sus fanáticos como la opresión, y el que mata un rey y el que muere por un rey, dice Bernard Shaw, son igualmente idólatras. Como todo concepto erigido en dogma es un principio de tiranía que comienza por ser meramente ideológica, para trocarse, cuando la hora llega, en el impulso que enciende la hoguera o levanta la guillotina, es bien que la crítica independiente se atreva al santuario inviolado e intente la más noble de todas las liberaciones: la de la mente, pues no habría error en afirmar que la elevación y la dignidad de la humana razón pueden medirse por la variedad de concepciones que sea apta a armonizar y por la suma de supersticiones de que se haya libertado.

Empero, una crítica exclusivamente negativa y demoledora puede acabar por sustituír al fanatismo de los hombres—que por funesto que sea, también en ocasiones suele ser una gran fuerza impulsora y un resorte supremo de acción y de vida—el escepticismo disolvente y enervador que acaba con toda fe y con toda iniciativa; en verdad que no podría decirse cuál de los dos extremos es más funesto. Para el agregado social—que no es solamente la expansión de la energía individual en el espacio y en el tiempo, sino una entidad *Per se*, según la moderna escuela sociológica de que es verbo el autor de los *Principios de la civilización occidental*—es necesario un ideal cada vez más alto, a fin de que sea siempre verdadero y vivificado esté en cada nueva época por una superior capacidad de creer y de esperar. De las doctrinas más aparentemente contradictorias puede surgir una armónica irradiación

de certidumbres y aun en el mismo limo de los errores humanos se acendra alguna vez un principio eterno, como en las materias impuras el *humus* fecundo, que nos rinde el néctar de las vides y el perfume de las rosas. Puede afirmarse que entre una creencia errada y la falta total de toda creencia, un espíritu comprensivo no vacilará jamás; en las vegas ardientes de nuestros ríos no desbrozadas aún por el hacha del colono, crecen las plantas viciosas y las hierbas malditas envenenan el aire con sus efluvios de muerte; empero, un día será que penetre el arado allí y del suelo exuberante que el esfuerzo del labrador transformó, brote la cosecha de bendición; allí está la reserva del porvenir. Mas ¿quién puede esperar nunca la sonrisa de una flor o la ofrenda de un racimo en la roca del erío, batida por los vientos de la desolación? El culto de las ideas, encaminado por lo alto, cualesquiera que sean sus orientaciones, desarrolla una suerte de radio-actividad de energías mentales que con su floración de anhelos y su virtualidad de inspiraciones y de estímulos sería poderoso por sí solo a preservar a la humanidad de la degeneración que traen el utilitarismo interpretado por lo más bajo, la vulgaridad del arribismo sin escrúpulos, el positivismo sin generosidad y la sensualidad sin ideal.

Benjamín Kidd, fundador de una nueva filosofía de la historia, dice que el concepto fundamental, la idea-fuerza que modeló todas las teorías del desarrollo social durante el siglo XIX fue la de que el progreso humano consiste en la lucha entre el presente y el pasado y que en este primer cuarto de siglo ese principio se ha sustituído por este otro: la vinculación del hoy con el mañana, la actual elaboración del futuro, la ascensión del presente hacia el porvenir. En la intensa y universal revaluación de valores intelectuales que caracteriza la actividad científica y filosófica de nuestros días, se ha rectificado más de una falsa conquista y se ha rehabilitado más de un concepto que la ciencia de ayer graduado había de

cantidad desdeñable en el comercio de las ideas. De todo ese vasto movimiento intelectual, cuya magnitud no podemos apreciar todavía, como quien asciende por las faldas del Monte Blanco, no advierte falto de las perspectivas de la distancia, la totalidad de aquella grandeza, evapórase una sutil esencia de idealismo, y ese es el rasgo relevante en la contribución que el pensamiento actual aporta a la profunda y silenciosa elaboración del porvenir, a la formación de la nueva capa de la geología moral del mundo, para emplear la sugestiva síntesis de William James.

La demolición del pasado que valerosamente intentaron e ingenuamente ereyeron haber realizado las anteriores generaciones, como si el pasado no fuera la base indestructible del porvenir, empeño aciago seria y mortal proclividad si las generaciones nuevas no señalasen, en la conciliación e integración de lo aceptable de los sistemas antiguos con lo viable de los actuales sistemas, la posibilidad de erigir más allá de los escombros que la crítica amontonó, nuevos templos sobre las montañas lejanas. De esta generosa tendencia intelectual pueden exhibirse exponentes en las investigaciones sociológicas de Kidd, en la rica idealidad de William James, en el evolucionismo creador de Bergson, entre otros muchos, precedidos poco há por la delicada y ennoblecedora creación filosófica de Guyau, y por la serenidad del pensamiento solitario de Renouvier, ante los abiertos cauces de la inmortal corriente de las ideas, ante las perspectivas cada vez más vastas de la razón, ante la amplitud y comprensividad del criterio, cada vez mayores, se irá conquistando, así debemos esperarlo, una suma siempre creciente de tolerancia y libertad: los *Idolos del Foro* irán desapareciendo en la medida que ello sea necesario al progreso del espíritu humano; acaso algunos de ellos vuelvan un día a surgir de sus sepulcros con vida y vigor renovados en las incalculables posibilidades del porvenir; otros pasarán para siempre, condenados por su propia esterilidad, otros pasarán también, mas dejando tras sí la memoria de su acción y la

modelación de su huella cuando fueron fuerzas vivas del pensamiento y de la historia, y tal vez alcance a algunos de ellos un jirón del sudario de púrpura en que el mago Renán envuelve piadosamente el cadáver de los dioses.

CAPITULO SEGUNDO

Evolución y unidad mental

Una convicción inquebrantable se considera y exalta de ordinario como virtud superior en los hombres de acción y en los de pensamiento, así en las empresas de la política como en la desinteresada labor de las ideas; los principios firmes, esto es, radicalmente invulnerables a toda modificación, disciernen en el común criterio y en la literatura corriente un no superado linaje de rectitud y un timbre esclarecido de elevación moral a los conductores de los partidos y a los educadores de los pueblos. No podría negarse, en verdad, que una fe intensa es parte a modelar vigorosamente el carácter: el tener siempre ante sí, con la nitidez de una *recta ratio*, un camino trazado y definitivamente esculpido en la inmovilidad de una roca, es un resorte poderoso de acción y allega eficiencia y unidad incomparables a la iniciativa y al esfuerzo: fuente es, además, de grande quietud interior, puesto que implica la eliminación de las torturas del pensar y de las obsesiones del inquirir. El hombre de una sola idea, el creyente inaccesible a toda vacilación, aquel que no conoció las agonías de la «noche de diciembre» de Jouffroy, ha reducido a la sencillez de un dilema elemental los más complicados problemas de la vida y del pensamiento: es una mentalidad simplista, homogénea, como un bloque granítico, sin complicaciones inquietantes y que ha alcanzado ciertamente la bienaventuranza que el sermón de la Montaña reconoce a los predestinados a la posesión del reino de los cielos. Ante la concreción absoluta de dos

fórmulas que contienen la una toda la verdad y todo el error la otra, ante el *sí* irrevocable de Ormuzd, y el *no* igualmente irrevocable de Arimanes, la elección no es dudosa... quien la ha tomado alguna vez, tiene—¿cómo negarlo?— derecho a la admiración actual, a las consagraciones póstumas y a la sempiterna bienandanza más allá de la vida: es un elegido. El adusto gesto de Catón y su actitud hermética, grande y heroica en un tiempo de universal abatimiento de caracteres y ennoblecida luégo por el prestigio de la tradición clásica, se impone aún y se impondrá siempre como arquetipo de la virtud antigua; también esa «loca testarudez de Catón», que dice Guillermo Ferrero, suscitará anacrónicos imitadores «sobre el papel» cuando las circunstancias que la hicieron oportuna y aún plausible han desaparecido y el análisis revaluado la noción de lo absoluto y calificado las posiciones extremas a la luz de un criterio superior de humana y generosa filosofía.

Contra el fiero ideal de la cristalización del pensamiento en formas inmutables aparece el principio revolucionario del impulso inmanente de las ideas. Solicitadas por interiores estímulos y por causas ambientes, las ideas están siempre en movimiento, siempre transformándose, enriqueciendo de continuo con sus adquisiciones el patrimonio mental de la humanidad. He ahí uno de los más fecundos principios de la filosofía moderna: ni Descartes ni el mismo Kant habían advertido claramente que las ideas no son formas estáticas, sino que comportan una poderosa virtualidad dinámica que hace de ellas verdaderos gérmenes vivientes; fue Hegel quien hizo del *devenir* una ley de sistematización filosófica, y hoy, Fouillée, al formular su teoría de «las ideas-fuerzas», ha dado una base psicológica cierta al gran principio hegeliano. Afirmar la legitimidad, más que eso, la necesidad de la evolución mental, es una base precisa, un dato inprescindible al estudio de las supersticiones políticas. Oportuno es, por tanto, incluír aquí la página que se verá en seguida; dicha pági-

na sugirió este trabajo, fue su ocasión y su pretexto: natural es también que sea uno de sus primeros capítulos. Mostrar en un caso concreto, por medio de qué íntimo proceso puede un espíritu pasar de una modalidad de criterio a otra opuesta, sin bastardear por eso de su rectitud ni transgredir el fuero inviolable de su sinceridad, y mostrarlo tratándose precisamente de una evolución inversa a la seguida por las ideas del que esto escribe, es asentar el doble y coexistente principio de la evolución y de la unidad de la mente. Cambátese así, además, uno de los ídolos del Foro que mayor prestigio alcanzan, y es aquel que consagra la rigidez de una actitud a las veneraciones humanas, y veda, por tanto, la rectificación de las ideas con que el preexistente cincel de la tradición y de la enseñanza, de la moda o de la imitación talla hora por hora nuestra individualidad. Encamínase a igual fin el mostrar cómo puede mantenerse el nexo irreductible de un espíritu y la unidad de una formación intelectual al través de las modificaciones y de las rectificaciones de la convicción y del desarrollo progresivo de las ideas: cómo esa unidad implica por necesario modo tal variedad y cómo, en fin, esa aparente contradicción no es sino el cumplimiento de uno de los más reveladores principios científicos de nuestros días.

Las notabilísimas investigaciones de Mr. René Quintón y el gran postulado biológico que de ellas se deduce, de lo cual se hablará más adelante, complementan (no infirman, como parecen creerlo Jules de Gaultier y Lucien Corpechot) el principio universal del transformismo; si no es ilegítimo aplicar por analogía al domicilio moral las leyes del mundo físico, puede afirmarse que la «ley de constancia», que en el reino de las ideas debe llamarse *unidad*, no sólo se concilia, sino que se vincula vigorosamente, en su sentido más comprensivo, con la transformación spenceriana y forma un nexo superior que modela, por lo más alto de la comprensión, de la convicción y de la firmeza, el carácter de la personalidad intelectual. La integridad

definitiva del pensamiento de un laborador de las ideas o de un conductor de los espíritus, no la constituye una fórmula única, sino series colaterales sucesivas de concepciones, muchas de ellas aparentemente contradictorias entre sí, pero que estudiadas con criterio analítico, revelan una vinculación íntima que forma el sello personal de la obra o de la actitud y una evidente unidad de pensamiento allí donde el ánimo limitado o pasional sólo vería claudicaciones y apostasías.

La transformación y la unidad son, pues, dos datos que se complementan y coexisten en las formaciones psicológicas y en las de orden moral, histórico y político, del propio modo como la constancia fisiológica y la diferenciación anatómica coexisten en los organismos, según la ley de fijeza, constancia y unidad con que Mr Quintón ha inmortalizado su nombre; he ahí una concepción que ofrece a las inteligencias una directiva nueva, y ya puede comprenderse las modificaciones que ha de implicar en el estudio y concepción de las leyes sociales, inspiradas para sus inducciones en las teorías de la evolución y el transformismo. Cada etapa de ascensión hace cambiar para el viajero de las altas montañas todas las perspectivas del paisaje circunyacente; si el observador lograra colocarse en la cima insuperable, la noción del mundo que desde allí se formaría más amplia habría de ser y más cercana a la exactitud ideal del conocimiento. Las investigaciones científicas—avance ascencional de las ideas—levantan igualmente el criterio a la contemplación de panoramas cada día más vastos, y toda conquista de latitud en el horizonte, cada extensión de radio visual, modifican el sentido y la posición de los paisajes precedentes. La visión de la altura suprema, si fuera concebible el alcanzarla alguna vez, daría en uno y otro caso la totalidad del panorama con el doble relieve de la amplitud de lo universal y de la precisión de lo definitivo, y patentizaría, en medio de las diferenciaciones de la vida, la serena unidad de la Naturaleza.

He aquí la página en que quien escribe estas líneas ha aspirado a establecer, en la concreción de un caso particular, ilustre y notorio, la persistencia integral de un carácter y la mitad de una obra y de una vida en medio de las variaciones de posición y de perspectivas, y a pesar de los aparentes cambios de opinión y de creencia:

I

Monsieur Paul Bourget—París.

Muy distinguido señor: Debo considerarme doblemente favorecido con la carta que, sobre la publicación de mi libro *Estudios ingleses, estudios varios* y las líneas que en él consagro a la personalidad literaria de usted, se ha servido dirigirme; primero por el honor que me dispensa al exponerme la clave de su obra entera, y segundo, por la ocasión que me brinda de estudiar, siquiera sea brevemente, algunas de las cuestiones capitales que agitan el pensamiento contemporáneo.

Me permito transcribir algunos de los conceptos de esa carta para referirme así más directamente a ellos y para regalo y meditación de las personas a cuyas manos puedan llegar estas líneas. Dice usted:

«Hay en su estudio un concepto sobre el cual particularmente deseo solicitar su reflexión; el de que un cambio se ha verificado en mis ideas; esta tesis disminuiría el valor de mi esfuerzo—si alguno tiene—rompiendo su unidad.

«En el prefacio general de mis *Obras completas* (edición Plon), he fijado mi posición intelectual, que es la siguiente; absolutamente convencido de que la ciencia y sus métodos constituyen la característica misma del espíritu moderno, he comprobado que aplicadas a las cosas de la vida humana, (política, ética, pensamientos, formación de las sociedades, etc., etc.), los métodos de observación llegan a conclusiones exactamente semejantes a las de las enseñanzas tradicionales; la familia como célula social vincu-

lada a la aristocracia, la monarquía hereditaria como gobierno, la moral del Decálogo y del Evangelio. La misma dialéctica que en el orden biólogico lleva el doble principio de la evolución (Darwin) y de la constancia (ley de Quintón), llega en los dominios morales a un acuerdo entre la conciencia reflexiva y la costumbre, entre la razón y la tradición.

Nada más opuesto que este concepto al error anticientífico de los revolucionarios y de los anarquistas, de los *soi-dissants* librepensadores y de los racionalistas. De ahí la inevitable contradicción en que se encuentran con espíritus científicos de la especie de Compte, de Taine, de Balzac, de Le Play, de Spencer (*Individuo contra el Estado*), los cuales llegan a un conservatismo justificado. Mi caso es el de estos maestros; debía, pues, señor Torres, como afirmación de simpatía, dar a usted la clave de mi obra entera. En mi último volumen (*Sociologie et Littérature*) se encuentran de manera neta todas estas ideas en su completo desarrollo, etc., etc., etc »

Antes de pasar adelante debo declarar que el concepto de transformación por mí empleado—condición esencial de todos los fenómenos—no implica repudiación de obra anterior, única que rompe la unidad y destruye la armoniosa vinculación de las diversas etapas de un esfuerzo mental, única que puede ser parte a disminuír el valor conjunto de ese esfuerzo. La transformación es la evolución, es el proceso ascendente, es la ley suprema del progreso y de la vida; la mónera se transforma en organismo superior, el instinto en alta conciencia filosófica, la horda en sociedad civilizada, dentro de la cual son posibles esas manifestaciones de cultura y de intelectualidad de que es usted esclarecida muestra. Eh ahí, en la triple esfera de la biología, de la psicología y de la sociología, fenómenos de indiscutida transformación que es al propio tiempo una hermosa ascensión. ¿Implica por ventura el rompimiento de la maravillosa unidad de la vida, la disminución de su valor inenarrable? Luengos años hace ya Humphry

Davy, Lavoissier y Darcet nos enseñaron, y luégo en sus ensayos y experimentos nos lo han recordado Moissan, Maumené y Gustave Rousseau, entre otros muchos, que las moléculas de algunos carbónidos se acercan entre sí estrechamente, se integran y reintegran en simétrica y regular superposición, se cristalizan, y centuplicando varias veces por modo tal su coeficiente de peso, de cohesión y de valor, forman la piedra hiperfina, invulnerable, tocada de luz que esplende con mágico sortilegio sobre el seno de la hermosura y en la diadema de los reyes. Las moléculas de carbón así transformadas en el laboratorio de la naturaleza, ¿valen acaso menos que las que han mantenido su inmutable unidad, su continuidad negra en los negros antros de la tierra? Toda creencia razonada, todo conocimiento superior implican una transformadora elaboración interna, más o menos penosa, más o menos consciente y que es muchas veces, como la del carburo que llega a diamante, una verdera transfiguración.

II

Pero voy más lejos aún. No ya la evolutiva transformación, sino la misma repudiación de lo anterior, el absoluto cambio de frente, si obra de sinceridad irreductible, lejos de disminuír, constituye a las veces el elemento esencial, la surgente milagrosa de la grandeza y del valor de un esfuerzo. Llega para ciertas almas férvidas un momento de crisis profunda en que lanzan el *Everlasting NO* de Carlyle, deponen para siempre el fardo y pesadumbre de los errores y pretéritas esclavitudes de la mente; es entonces el erguirse del yo integral en su majestad nativa, porque la repudiación del prejuicio consubstancial constituye el acto más valeroso de autonomía humana y la liberación del espíritu es la más augusta de todas las liberaciones. De ahí la diferencia que en prestigio propagador, en virtud de proselitismo y en energía creativa existe entre aquellos que han llegado o una fe nueva al través de

las ordalias del acto moral preliminar de la anulación de una fe antigua y los que, colocados en el camino desde el principio y por circunstancias que ellos no determinaron, no conocieron la trágica zozobra de esas demoliciones y de esas edificaciones interiores.

Considerada la cuestión desde tan elevado punto de vista, puede afirmarse que la unidad de un espíritu,

> esa unidad espléndida y bruñida
> que constituye el mérito más alto
> de un libro, de un diamante y de una vida,

según lo cantó hermosamente un poeta hispanoamericano, y que para usted preserva y aquilata los valores intelectuales, no consiste en la inmóvil hemogeneidad, en la tenaz persistencia en determinada actitud, en la fijeza de una posición intelectual, ni mucho menos en la preestablecida limitación del campo de investigaciones mentales, sino en la perennidad del trabajo, en la jamás infirmada sinceridad y en la aspiración ávida y no desfallecida que demanda el perseguir constante de un mismo ideal, que en el presente caso es el de la posesión de la verdad; de la verdad que hoy podemos buscar en pleno nadir, en tanto que acaso esplende inaccesible y eterna en el punto opuesto del horizonte moral.

Hablando con usted y de usted, los ejemplos deben tomarse muy por lo alto; baste a mi empeño uno solo, el más excelso de todos.

Cuando el naciente credo de Jesús, que aún no había recibido la consagración del nombre con que hizo más tarde la conquista religiosa del mundo, ni desvinculádose todavía del mesianismo primitivo de las tradiciones del *Pentateuco*, amagaba descaecer y bastardear de la prístina grandeza de la concepción del Maestro por la parcial incomprensión de los discípulos; cuando parecía reducirse por tal modo al recinto que cierran las murallas de Jerusalén y al horizonte que circunscriben las colinas de Gene-

zareth, un enemigo dea yer, un retardatario de la hora postrera, pero dotado de la maravillosa mentalidad intuitiva, le infundió el vívido universalismo de su genio. Mísero y desconocido, venció con el calor de su alma el helado recelo de sus hermanos de adopción y la hostilidad instintiva que en todo cenáculo encuentra el recién venido, y que suele apagar las más generosas llamas; hizo de la fastuosa ciudad de los Seléucides la segunda capital del cristianismo; conmovió a Paphos con el hálito de su casta fe y al Areópago con el rumor de su verbo inculto; en el Acrocorinto y ante el templo de Afrodita Pandemos fulminó la austera condenación del paganismo; en Tesalónica, apóstol de un Dios desconocido, abrió a las almas un horizonte infinito, orillas del golfo azul que vio a Cicerón languidecer en melancólico exilio y que refleja el dombo de un olimpo ya despoblado; en Efeso, bajo los pórticos soberbios y cabe las grutas Ortigias, sustituyó el culto de la grande Artemis por un ideal más alto de piedad y de abnegación, y consolidó para siempre la obra de Juan, el apóstol del amor; abatió por donde quiera los muros de granito de una intolerancia seis veces secular, e hizo concurrir a una misma misión y fundió en una misma síntesis los elementos y las mentalidades aria y semítica para la propagación de una creencia que antes ambas detestaran y despreciaran igualmente. Por todas partes en el Oriente y en el Occidente, en Jerusalén y en Roma, peregrino del ideal, perseguido, vilipendiado, mártir, en harapos y sin pan, no abandonó un día su labor suprema, viajó, predicó, fundó iglesias y escribió con la sangre de su corazón esas cartas que diez y ocho siglos después inspiran tributos de admiración, que van desde las exégesis de Renán hasta las páginas hagiográficas de Dean Farrar. Ese vidente extraordinario, de quien se puede decir con las cláusulas vibrantes de D' Annunzio que coronó su obra en medio de la tempestad, amando, sufriendo, combatiendo, sólo con su fe, con su pasión y con su genio, fue un convertido—y para la ma-

yoría de sus contemporáneos un apóstata y un renegado—fue la figura más grande del cristianismo después de la extrahumana de su fundador, fue Pablo de Tarso. El camino de Damasco ha quedado para siempre según se ha repetido tantas veces, como el símbolo de la más trascendental de las crisis morales y uno de los acontecimientos capitales de los orígenes del credo religioso y del mundo occidental. Así, pues, algún cambio se puede citar que no ha disminuído el valor de un esfuerzo; cuando Saulo el fariseo se transfigurara en San Pablo, el cambio se llama conversión, se llama iluminación, se llama revelación y regenera al mundo.

III

Ahora, permítame, señor, que hable de las ideas de usted.

Es evidente que entre las diversas etapas y variados elementos de la labor literaria de usted, tan importante y ya tan vasta y tan rica, existe una vinculación sutil muchas veces, pero esencial como aquel *hilo rojo* de que habla Goethe, que forma el alma y núcleo tenuísimo alrededor del cual se integra y retuerce la recia contextura de los cables de la marina inglesa, y cuya presencia es el *brand* auténtico de solidez y de resistencia. Tal vinculación constituye a mi entender la verdadera unidad de su obra, pero no es una estagnación, ni ha excluído la transformación, o si se quiere el desarrollo que muchos han advertido en su alto y noble espíritu.

Cuando en *Mensonges*, por ejemplo, pone usted en labios de un sacerdote católico opiniones como la de que la Francia necesita talentos cristianos, o cuando en sus admirables *Essais de psychologie contemporaine* discierne en el espíritu de Renán el *odi profanum vulgus*, no emite, me parece, opiniones católicas y antidemocráticas concretas y personales, sino que estudia ajenos estados de alma y consigna ajenas convicciones: las de un ministro del altar

en el primer caso, las de un aristócrata de la inteligencia en el segundo. Ese procedimiento, perfectamente legítimo y usual en la producción literaria, no compromete ni puede comprometer al escritor con la responsabilidad de modalidades de pensamiento que no son suyas sino de sus personajes; que él anota, no prohija. Para un pensador de la intensidad y honradez de usted, el hecho de no compartir una opinión o combatir una teoría, no es razón para negar la existencia de ellas, ni para desdeñar el estudiarlas ni a fin de comprenderlas mejor, dejar de hacerlas comparecer a «su laboratorio de estudios sociales».

Para aclarar mi pensamiento debo rememorar la siempre interesante escena de *Mensonges*. Hablan el abate Taconet (sacerdote católico) y Claudio Larcher (novelista y escritor psicólogo como usted mismo) de la terrible crisis que puso el arma suicida en manos de Renato Vinci: «Es bien sencilla la vida humana—dice el religioso—; está comprendida toda entera en los diez mandamientos; mostradme un caso, uno solo a que no haya respondido anticipadamente....» «Claudio Larcher—continúa el autor—no podía soportar las ideas que acababa de enunciar el sacerdote, auncuando fuesen las suyas en sus crisis de remordimiento. Como muchos escépticos de nuestros días, suspiraba sin cesar por la sencillez de la fe, único principio de continuidad, orden y firmeza en el querer, y sin cesar el gusto de las complejidades intelectuales o sentimentales le hacía ver en una fe, cualquiera que fuese, una mutilación, y no se atrevía a agregar: *une bétise*».

En ese diálogo ya famoso, el sacerdote afirma, el intelectual no concede; el primero exhibe una concreción de pensamientos senciila y neta como la fe irrevocable: es un creyente; el otro vaga por los limbos de lo indeterminado o se extravía en el laberinto de sus complicaciones psicológicas: no lo es. El público se acostumbró a pensar que si, en aquella confrontación de mentalidades, verdadera síntesis de inquietante conflicto moral de nuestros días, el ilustre novelista pretendía traslucir la intimidad

de su pensamiento, era natural que en Claudio Larcher, escritor psicológico, espíritu de refinada y compleja cultura, encarnase por modo más genuino su propio estado de alma, que no en el sencillo sacerdote que a todas las complicaciones, reconditeces y autoanálisis del escritor modernista opone esta sola palabra: *beati pauperes spiritu*. Mas si el público no tuvo razón, si las personales ideas de M. Bourget comportaban las del abate Taconet, debe convenirse a lo menos en que por entonces no se formuló netamente una opinión, o no se afirmó de una manera positiva, y era el momento de hacerlo; cuando más hubo una insinuación, y por cierto atenuada e imprecisa, un germen de lo que más tarde había de ser completa y formal profesión de fe.

También se advierte fácilmente en las obras de lo que me permito llamar *la primera manera de M. Bourget*, que la exquisita distinción de su espíritu y el refinamiento de su cultura le llevan a indiscutidas preferencias aristocráticas, pero en el sentido social, y por decirlo así, artístico del concepto, no en el propiamente político o de derecho público. Empero, en parte alguna de los libros de esa primera manera aparece el antidemócrata convencido y militante de *L'Etape* y de *L'Ascensión Sociale*; por el contrario—y usted lo reconoce así—algunas páginas de sus libros (el principio de *Outre Mer*, por ejemplo) revelan que creía entonces en la universalidad y necesidad de la democracia como fórmula aplicable a la constitución de las sociedades y al gobierno de los Estados, o a lo menos—son sus propias palabras—«sufría la sugestión de ese concepto»; hoy lo juzga un prejuicio, uno de esos *idola fori* de que habla Bacón, contrario así a las inducciones de la ciencia moderna, como a los intereses y grandeza de la Francia. Tal cambio de puntos de vista no quita a su presente posición intelectual el prestigio condicionado que pueda tener para el público y absoluta para sus hermanos de pensamiento, y demuestra, por el contrario, primero, que en ella no hay un *parti pris*, y segundo, que en sus in-

Biblioteca "AMERICA" Universidad DE SANTIAGO ESPAÑA

vestigaciones filosóficas y políticas nunca ha estado esclavizada su mente a la superstición de los nombres. Mas si esto es cierto, no lo es menos que ese cambio de puntos de vista implica toda una transformación, cuyo primer término lo constituyen sus prístinas preferencias sociales y mentales y que culmina, por último, en su decidida actitud del momento presente. El delicado analizador de almas, el sutil y sugestivo artista capaz de fijar la disociación progresiva de un sentimiento llega hoy, con ánimo combativo y siguiendo la atrevida concreción de Charles Maurras, a formular, como aspiración suprema y meta de su esfuerzo, el deseo y el voto de que sus obras contribuyan a la formación, educación y advenimiento del Monck o del Pavia del porvenir, que ha de restaurar inminentemente, según usted lo espera, la monarquía en el país que hizo la revolución y ha de borrar de las leyes y de la mentalidad de un gran pueblo el triple lema que la República ha inscrito, como empresa de sus armas, más que en el frontón de los monumentos nacionales, en lo perdurable de su iniciativa y de su enseñanza.

Repito, pues, que entre sus primeras y sus últimas obras se extiende toda la amplitud de un proceso evolutivo intenso, todas las fases de un desarrollo cada vez mas acentuado y enérgico, como el que existe entre el acto reflejo y la consciente volición, entre la percepción intuitiva y la rigurosa deducción, entre la tendencia instintiva y la razón perfecta. Lo que fue ayer germen o simiente, es hoy exuberante floración, pero una semilla no es una planta, por más que pueda decirse que una planta es una semilla transformada. La unidad de su producción literaria, que ese cambio no ha destruído ni desvalorizado, el persistente *hilo rojo* de esa creación tan hermosa y admirada aun por los que no compartimos sus principios fundamentales, consiste a mi entender, en la orientación constante de su espíritu y en la uniformidad de sus métodos literarios; en la homogeneidad de su arte, siempre noble, serio y trascendental, y en la disciplina

científica de su criterio; en las formas generales y metodización de su pensamiento y en la finalidad definiva de sus concepciones. Exhibe en todas ellas el raro, hábil y plausible consorcio de la ciencia y de la poesía, de la ética y de la estética, de las investigaciones positivas y de las elaciones del culto de lo eterno, hasta llegar a esa región superior donde Herbert Spencer situó la conciliación de las últimas ideas de la religión con las últimas ideas de la ciencia. Vibra en sus páginas el acento de la sinceridad conmovida que muestra al hombre allí donde pudiera aparecer demasiado el escritor y circula por todas ellas esa inquietud de nuestra moral de que habla Mæterlinck, signo de elección de los altos espíritus contemporáneos a quienes lleva la fascinación del problema de nuestros destinos, ora al concepto de Guyau, que ve en la moralidad una plenitud, ora al de Nietzsche, que la rechaza como una limitación y esculpe cual signo de dignidad humana su fórmula implacable: *la autosupresión de la moral*.

La unidad de su espíritu puede compararse a la que caracteriza el de M. Renán, aun cuando la evolución de la mentalidad del uno haya sido simétricamente inversa a la del otro. Renán pasó de las disciplinas teológicas a la libertad de investigación; usted ha pasado de los métodos racionalistas a la tradición y a la fe. Del propio modo como hasta en las más atrevidas demoliciones del autor de *Los orígenes del Cristianismo* se advierte lo íntimo y viviente del sentimiento religioso, y si se quiere la unción arrobadora del estudiante de Saint-Nicholas de Chardonnet—unción que es tal vez uno de los secretos de la poesía y de la magia fascinadora de su estilo—de la actual labor de usted—todo lo católica y todo lo monarquista que se quiera—trascienden a cada paso las modalidades del escritor filosófico y del libre espíritu que ha llegado a la fe tradicionalista, no por el sentimiento o la revelación, sino «porque ha comprobado que sus conclusiones coinciden con las de la ciencia y sus métodos». De las presti-

giosas investigaciones históricas y de crítica religiosa de Renán se evapora como un aroma de místico incienso; en la onda rumorosa de la literatura tradicionalista de usted se cristaliza la fría esencia del experimentalismo positivo. La intuición exegética, la superior comprensión de los fenómenos morales e históricos, he aquí lo que constituye, al través del cambio en sus ideas, la unidad del espíritu de M. Renán; la virtualidad de su criterio positivista y su fe en la eficiencia de la razón, en la seriedad del pensamiento, en la seriedad del arte, en la seriedad de la vida, he ahí la característica uniforme del espíritu de M. Bourget, persistente en medio de la ya comprobada evolución de su psicología.

IV

Cumple ahora inquirir si esta transformación acendrada por esa unidad ha sido un progreso o una regresión, si el desarrollo de las formas de sus pensamientos ha sido una evolución ascendente o recurrente; si en el ritmo del movimiento de sus ideas-fuerzas ha llegado a la culminación definitiva, o si por el contrario, lo lleva la onda de descenso a las regiones nocturnas del error. Cumple estudiar si las inducciones de la ciencia conducen en realidad a las conclusiones a que usted llega, o si, por el contrario, como lo afirman Laing (1) y los positivistas ingleses de hoy, tienden a establecer la universalización del concepto democrático: si la ciencia y la tradición pueden identificarse en sus finalidades, como usted lo cree y lo insinúan entre otros, los trabajos del sabio jesuíta Wasman, o si, como lo asienta ásperamente Hæckel, sus posiciones son irreconciliables; si la verdadera célula so-

---

(1) *Modern Science and Modern Thought*. Véanse, en general, las obras de propaganda y vulgarización de la *Rationalist Press Association*.

cial es la familia o es el individuo, y si la ascensión social, plausible en el núcleo colectivo y cuando cuenta con la sanción legitimadora del tiempo, es contraria a la física política cuando es el individuo quien emerge del oscuro mar de las multitudes ignaras a las regiones superiores en donde afirman la intensidad y la totalidad de su vida los que brillan en el mundo y dirigen las sociedades.

Es preciso convenir de una vez en que el principio que establece la superioridad específica de la institución real, hereditaria e inmutable sobre la popular, contractual y alternativa, está muy lejos de ser axioma incontrovertible, ni tampoco se comprende bien cómo puedan armonizarse en la identidad de una propaganda y confundirse envueltas en los pliegues de una misma bandera la moral aristocrática de los amos (pues allá va, en último análisis y por la ineluctable encadenación de la lógica, la doctrina que asigna a clases exclusivas el derecho de dirigir y gobernar) con la del Evangelio, tesoro de los desheredados de la tierra, rehabilitación suprema de los humildes y de los abatidos. También, por dicha, es verdad que si la ciencia acaba con la ilusión jacobina y con el falso miraje del igualitarismo al rasero de lo más bajo, aquilata y sanciona al propio tiempo la fe democrática cuando con los postulados de la biología enseña que el individuo no existe sino como elemento componente de la masa, que el sér vegetal o animal, según nos lo ha recordado hace poco Paul Adam, no fue sino un medio de conservar el calor primitivo en el tiempo en que la temperatura comenzó a enfriarse en el ambiente marino; cuando fija en su verdadero e inconmovible realce el valor de los factores primeros en el ascendente desarrollo de los organismos y de los superorganismos; cuando, en las concepciones de la sociología, atribuye a la concurrencia de contingencias atávicas, físicas y de medio ambiente que actúan sobre la masa la causa que determina en éstas la aptitud de donde surge en el mundo moral y por acrisoladora selección la virtud procera del héroe y la maravillosa mentalidad

del genio; cuando, en las abstracciones de la filosofía de la historia y a pesar del elocuente apostolado de un Carlyle y de un Emerson, patentiza la acción colectiva en los grandes movimientos históricos; cuando reivindica, en fin, contra toda suerte de aristocratismos—ora el delicado de Renán, ora el inmisericorde de Nietzsche—para los obreros olvidados, para los colaboradores anónimos, el briozoo en las construcciones geológicas, la célula en las energías orgánicas, el *deemos* en el agregado social, considerados ayer como cantidad desdeñable, la importancia decisiva que tienen en la ciencia, en la historia y en la vida.

He ahí los elementos de un estudio complejo y tentador, que reclama en quien lo afronte la más alta serenidad y una independencia de criterio poderosa a desvincularle así del prejuicio revolucionario como del tradicionalista; estudio, en fin, que es bien emprender desde un punto de vista abstracto y general para quitar toda apariencia de debate a lo que debe ser solamente desinteresada investigación filosófica.

CAPITULO TERCERO

Rotación de las ideas.—El concepto científico

Armonizar la democracia con la ciencia o declarar su incompatibilidad y condenar la una a nombre de la otra, ha sido empeño muy visible en el movimiento de ideas del presente cuarto de siglo. En su anhelar de certidumbres absolutas busca el espíritu una sanción definitiva a sus concepciones y porfía por descubrir la roca inconmovible sobre la cual ha de asentar la fábrica de sus ideas; cuando lo sagrado del mandamiento religioso no basta ya como razón última, apélase a lo consagrado del mandamiento científico y se aspira a la indeficiente irradiación de la estrella fija para la incierta luz de la razón encen-

dida en medio de lo desconocido, como hoguera que arde ante la doble hostilidad de la noche y del mar.

Juzgar, empero, que las afirmaciones de anticientífica lanzadas contra una institución cualquiera constituyen un fallo condenatorio inapelable, o por el contrario, que la aprobación de su acuerdo con la ciencia ha de ser para esa institución una garantía segura de verdad, es suponer que la ciencia está definitivamente constituída. Sin hablar de ese linaje de infatuación mental, a un mismo tiempo cientista y sectaria que la ironía de Flaubert esculpió para siempre en la típica personalidad de M. Homias, puede decirse que la ilusión de la infalibilidad del conocimiento tiende a cortar el vuelo a toda investigación, cierra el paso al ulterior estudio de fenómenos cuyas leyes da como irrevocablemente establecidas y suscita ese dogmatismo estrecho, eterno enemigo de toda originalidad, que la sanción de la historia personifica en el consejo de sabios y de teólogos que desconoció y condenó en Salamanca la intuición maravillosa del navegante genovés cuando éste, sonámbulo del más grandioso de los ensueños, preparaba a la civilización occidental la ofrenda de un mundo.

Para comprender la esencia de las cosas y conquistar átomos de conocimiento sobre el misterio universal, no tiene el hombre más luz que la de su propia inteligencia, y esa inteligencia—digan lo que quieran el audaz idealismo de Eucken y la novísima filosofía alemana—no puede alcanzar lo absoluto. Del mundo exterior no nos llega otra representación distinta de la que el trémulo espejo de nuestra mente refleja a cada instante, y si por ventura esa mente fuese un espejo deformado de la vida, las percepciones del universo físico y del intelectual que por él obtuviésemos no podrían ser otra cosa que una ilusión; por eso la razón humana no puede, no podrá jamás afirmar nada de cuanto se encuentre allende los límites de lo relativo. En sus maravillosos libros demuestra H. Poincaré que aun las matemáticas reposan sobre postulados muy

discutibles. De esto puede deducirse rigurosamente que la filosofía crítica no puede condenar *a priori* una noción cualquiera y que la crítica histórica lo más que puede afirmar es la virtud eficiente de esa noción o su esterilidad en una época y en función de circunstancias determinadas. Cuanto a las ciencias de la naturaleza, cuyos métodos excluyen toda base diferente de la observación, la experiencia y la razón, si es verdad que poseen mayores quilates de fijeza en sus aplicaciones, también lo es que, en cambio, esas aplicaciones están restringidas por estricto modo a bien deslindados dominios y fuera de ellos son impotentes, son ciegas y son mudas. Y aun dentro de los lindes de su propio reino interior las certidumbres de esas ciencias son también puramente relativas: todo el mundo recuerda cómo en sus maravillosas investigaciones sobre las últimas ideas y los primeros principios el autor de la filosofía sintética nos muestra el impenetrable océano de misterio que hay más allá de las nociones comprobables, misterio que, por una rotación curiosa de las ideas, abre en la misma extremidad del campo que el positivismo enseñorea con la rigidez de sus deducciones, un horizonte nuevo y sin límites a las revelaciones de la fe y a los vuelos de la esperanza «Nadie—dice un pensador contemporáneo—ha logrado descubrir las bases primeras de cada ciencia, ni definir sus definiciones, ni demostrar sus axiomas, ni justificar sus postulados»; como una pirámide diamantina que yergue sus prismas de luz, límpidamente delineada en su parte central y que por degradaciones sucesivas, de penumbra en penumbra, se esfuma y desvanece basta apagar su arista entre lo insondable del cielo y hundir sus bases en lo insondable del abismo, la ciencia no muestra a la razón sino sus más próximos lineamientos y recata a la investigación en la noche de los orígenes su cimiento y su cima en las lejanías del porvenir.

Nunca habían sido más intensas y esenciales las rectificaciones de datos científicos como en los últimos veinte

años; nunca, por tanto, se ha podido afirmar con mayor vigor la relatividad del conocimiento científico. Un solo descubrimiento, el del *radium*, por ejemplo, ha bastado para efectuar una revolución profunda en los principios más universalmente aceptados como nociones definitivas; cuando ya las leyes fundamentales del mundo físico parecían establecidas de un modo que excluía toda idea de posible derogación; cuando, como lo observa Georges Bohn, algún sabio eminente no vacilaba en declarar «no hay ya misterios en la naturaleza», extráense de un mineral de Bohemia algunas partículas de un cuerpo nuevo, y esto basta para poner en tela de juicio los fundamentos mismos del edificio científico; la física, la quírnica y la mecánica ven súbitamente modificadas sus leyes esenciales. Esta substancia enigmática y maravillosa, inagotable manantial de vida y de fuerza, de luz, de calor, de electricidad, de movimiento, en fin, los emite espontáneamente, incesantemente, sin pérdida de peso, sin transformación molecular, sin recibir del medio externo ningún elemento que venga a alimentar y reemplazar el milagro de aquella energía indeficiente, que irradia y vibra sin cansarse jamás; es el ensueño candoroso de la Edad Media, el movimiento perpetuo hallado por la química moderna; es la íntima modificación del principio fundamental del mundo físico: la ley de la conservación de la energía; es la revolución de ideas más completa en el campo del humano saber y el súbito descorrer de uno de esos velos que, según la hermosa ficción de Schiller, velan a los ojos de los mortales el santuario de la vida; es un rayo de luz pleno de revelaciones, que se filtra al través de los muros de la prisión de tinieblas que nos encierra.

El principio de la indestructibilidad de la materia era ayer no más un dogma científico intocable: las investigaciones de un solo sabio, allá por el año de 1896 y siguientes, han bastado para demostrar que, lejos de ser eterna la materia, obedece también a la ley fatal que condena las cosas y los seres a morir. *Nada se crea, nada se*

pierde, decía la química clásica; hoy, un instrumento solo, el spintriscopio, muestra a quienes quieran presenciarla la disociación permanente de la materia. «Si la ciencia de ayer—dice Le Bon—estaba fundada sobre la eternidad de la materia, la de mañana estará fundada sobre su desintegración»; hasta ayer se creía con Lucrecio que «la materia está compuesta de elementos indivisibles, inalterables y eternos, llamados átomos, que ninguna acción exterior puede alterar»; hoy se afirma que el átomo, lejos de ser el último término de la división, el elemento primo indivisible, es, por el contrario, un verdadero sisma de cuerpos o masas comparable al sistema planetario, y en el cual torbellinos de éter giran con una rapidez igual a la de la luz en torno a una o varias masas centrales (1). Abandónase, pues, la ayer irreductible dualidad entre lo ponderable y lo imponderable, entre la energía y la materia, y se demuestra que ésta, tenida por indestructible, se desvanece lentamente por la continua disociación de los átomos que la componen; que la masa, ayer considerada como inerte, es, por el contrario, un colosal receptáculo de energía intraatómica, que se emite en efluvio indeficiente sin recibir nada de fuera; que su disociación da libertad a aquella energía intraatómica, fuente viva de la mayor parte de las fuerzas de la naturaleza, hasta el punto de poder decirse que la luz, el calor, la electricidad, no son otra cosa que la transformación, la estela del prodigio de la desmaterialización de la materia.

Sobre el origen de la vida—dato primero, aún no fijado por la biología—preséntase en los momentos actuales un interesante movimiento de regresión hacia las teorías antiguas que la experiencia de ayer había, al parecer para siempre sepultado. La vida esparcida como simiente de infinita fertilidad por toda la superficie del globo, palpi-

---

(1) Le Bon *L'Evolution de la Matiére; la naissance et la dissolution de la Matiére.*

tante y múltiple así en lo insondable de los últimos fondos submarinos como en las perennes nieves que argentan la cimera inviolada de los Andes y del Himalaya, ha aparecido, al decir de los geólogos, en una edad indefinidamente lejana de los tiempos, por allá en la época en que se iban depositando las primeras capas estratificadas sobre el núcleo, aún ardiente de los terrenos ígneos. A la vasta noche plutónica, a la edad azoica del globo, cuando la hermosa tierra engalanada hoy de mares azules, de verdes montañas, de bosques y de ciudades espléndidas, no era sino una masa incandescente, un fosco y abrasado erial, sucedió la edad euzoica, en la cual debió la vida de hacer por vez primera su aparición sobre el planeta. Pero ¿de qué ignotas riberas, en alas de qué impalpables vientos, del seno de qué madres maravillosas surgieron aquellos gérmenes que iban a fecundar la siniestra masa de rocas calcinadas errante en los espacios, desierta y desolada como una visión de la noche del Erebo? He aqui el problema; la hipótesis de los cosmozoarios de Richter, que tuvo la venia nada menos que de lord Kelvin y de Helmhitz, y según la cual la vida oriunda de otros planetas vino al nuéstro transportada por los meteoritos, bajeles de esa importación interplanetaria, no hacía sino alejar, aplazar el problema, no resolverlo. La teoría aristotélica de la generación espontánea, tan en boga en la Edad Media, encontró en el siglo XVIII un adversario vigoroso y triunfante en el italiano Redi; más tarde el microscopio y Pasteur relegaron aquella tesis a la categoría de una de tantas candorosas fábulas de la antigüedad, desvanecidas por el estudio y corroídas por la crítica. Mas he aquí que en 1905 Mr. G. B. Burke, físico inglés del Cavendish Laboratory de Cambridge, en sus estudios y experimentos sobre la formación de los agregados moleculares instables, ha llegado, según parece, a provocar la generación espontánea, a crear la vida por medio del radium y sin el concurso de ningún germen viviente La vida se crea, la materia muere.... ¿cómo hubiera sido

calificado veintes años há el Colón de las ideas que hubiera tenido la audacia de tales afirmaciones ante la eterna Salamanca de la rutina y de la preocupación?

El transformismo y la evolución fueron con todas sus deducciones y sus datos colaterales los principios modeladores del pensamiento, la fuente suprema de inspiraciones en la literatura de ideas de la segunda mitad del siglo XIX; la doble concepción de Darwin y de Spencer domina casi exclusivamente, no tan sólo el campo de las ciencias naturales y de la filosofía, sino la integridad del movimiento intelectual de media centuria. Esos principios, exagerados por los espíritus de segundo orden y por los de todo orden aplicados a las más remotas regiones de la actividad mental, llegaron a convertise en dogma ennoblecido por sus apóstoles, desvirtuado y empequeñecido por sus fanáticos, ásperamente combatido por sus adversarios, pero de un prestigio innegable y de una importancia capital como fuerza directiva de las ideas. La moral, la política y la sociología buscaban allí sus orientaciones definitivas; la historia, la literatura y la estética se modelaban sobre aquellas nociones que, verificadas en un orden exclusivo de hechos científicos. el de la anatomía, aparecían como el fin de todos los fenómenos vitales en todos los dominios del conocimiento. Hoy se advierte una intensa modificación en las corrientes intelectuales; en la esfera de las ciencias naturales Mr. Quintón, y en el de la filosofía M. Bergson, presentan puntos de vista enteramente nuevos que complementan, limitan y fijan en su verdadero valor, éste la concepción de Spencer, aquél la de Darwin. La vida, expone Mr. Quintón, no está dominada exclusivamente por el principio de la adaptación y del transformismo, sino que también obedece a una ley de constancia, a un principio de fijeza: la adaptación existe, si, pero sólo como una acción superficial, en tanto que la fijeza rige y explica la intimidad del fenómeno vital, inmutable en su esencia, transformable en su estructura. Los seres y las especies no se transforman para

adaptarse a nuevos medios, sino para conservar con la obstinación invencible el medio ambiente original de la materia viva; «lejos de ser la evolución el fin u objeto de la vida, no es sino el procedimiento empleado por la vida para mantener su fijeza». Aparecida en los orígenes del mundo en condiciones cósmicas determinadas, la vida—dice Quintón—tiende a mantener al través de las edades y en el interior de cada organismo su condición original; como fue en los mares y en forma de célula como hizo su aparición, preserva en todos los organismos el medio marino primitivo, de tal suerte que puede decirse que un hombre, por ejemplo, no es sino una colonia de células marinas (1). Las observaciones, análisis y experiencias sobre las cuales se apoya la ley de constancia, escrupulosamente verificadas en los laboratorios, confirmaron la desconcertante conclusión, y la ciencia actual opone, según las propias palabras de M. Dastre en la Academia de Ciencias, «al transformismo ilimitado, desenfrenado, desatentado de las formas zoológicas, la *fijeza del fondo vital*». La obra de la naturaleza es comparable, según el mismo Dastre, a la de un fundidor que vertiera en moldes específicos a cada instante modificados un metal siempre idéntico.

Las perspectivas que el darwinismo abrió al espíritu moderno están de esta suerte modificadas por el hoy predominante concepto de la fijeza. Si la transformación no es un principio único, sino que está complementado por el de la constancia, todas las construcciones que en el campo de las ciencias morales y políticas se apoyaban en lo exclusivo y absoluto de la ley darwiniana quedan intensamente comprometidas. El impulso que llevó a ciertos espíritus a la restauración en los dominios del pensamiento, de los sistemas de política aristocrática por la evidente analogía de sus principios constitutivos con la

---

(1) René Quintón. *L'Eau de Mer, milieu organique*.

hipótesis extremada de la selección natural y del derecho a la supervivencia acordada tan sólo a los privilegiados de la fuerza y de la aptitud, queda dislocado y destituído de la apariencia de rigor científico que constituía su lógica y lo agresivo e incontrastable de su vigor.

Bergson en Francia y Eucken en Alemania, entre otros, rectifican cada uno desde su punto de vista propio la concepción mecanicista de los fenómenos que ha seducido tan poderosamente los espíritus en la vasta y general concepción de Spencer; la teoría de este pensador, a la vez tan grandiosa y tan clara, que erige todo un sistema de ciencias y toda una filosofía sobre el enunciado de que la misma ley de evolución regidora del mundo biológico no puede menos de modelar el mundo humano, recibe también el contragolpe de las concluciones de Quintón. Eucken señala, además, en las por él estudiadas «corrientes espirituales del presente», el anhelo y la posibilidad de algo estable y eterno, la fijeza de un ideal más allá de lo cambiante y lo relativo, como el cielo preserva e impone la serenidad de su inmutable azul encima de las brumas y mas allá de las tempestades. Bergson reacciona abiertamente contra Spencer, restablece la vinculación entre el mundo de lo físico y el de lo metafísico, puente sutil como un hilo de luz, tendido sobre las negruras de lo incognoscible y que el positivismo creyó haber cortado para siempre; combate el evolucionismo mecánico, para sustituirse por un evolucionismo superior, creador de impulsiones vitales; aspira a colmar las deficiencias de la concepción cosmogónica spenceriana, demasiado general, demasiado sencilla, y a sorprender las causas profundas y la finalidad de los fenómenos. La tesis bergsoniana reivindica contra el ajustamiento fatal un plan preconstituído, que es la esencia del determinismo, cierta espontaneidad de la vida, y representa una modalidad del espíritu moderno anhelante de idealismo contra el materialismo según llegó a entendérselo en la segunda mitad del pasado siglo; esta nueva concepción filosófica es la que tiende a

predominar en la actualidad. Con Bergson se vuelve, según observa Navarro, en las revueltas de espiral de la historia del pensamiento, a la posición que representa Hegel en el siglo XIX; uno y otro, con la diferencia que comportan los tiempos y la formación intelectual de dos generaciones separadas por un siglo, «apelan al *devenir*, como símbolo supremo para formar una representación exacta del mundo.»

Del gran movimiento de ideas contemporáneo vívidas y aladas en totalidad de obras plenas de ideas y de originalidad, reveladoras de una cultura pasmosa y que forman la contribución definitiva de nuestra edad al patrimonio intelectual de todos los tiempos, surge, como ya se ha dicho, una intensa y unánime orientación de rectificaciones al criterio que privaba veinte años há: estas rectificaciones están encaminadas en sus rasgos más generales en el sentido de abrir horizontes y dar vuelo a los anhelos idealistas desdeñados ayer no más como energías perdidas del pensamiento. Es Guyau el noble precursor de este ciclo filosófico en el cual—para aplicar a toda una corriente intelectual la poderosa síntesis de André Beaumier sobre la filosofía de Mæterlink—el positivismo se muestra tan respetuoso de lo incognoscible, que es al propio tiempo un misticismo. Nótese que esos caracteres aparecen en la esencia íntima aun de las doctrinas más aparentemente inconciliables; si ellos inspiran la moral democrática y la moral cristiana en sus más elevadas formas, también aparecen en las concepciones anticristianas y antidemocráticas en sus más rigurosos desarrollos: aquéllas buscan en el *más allá* de la vida o en un *más allá* del presente la ciudad de la justicia y de la reparación; éstas creen con Nietzsche en la infinita perfectibilidad humana y entreven en el porvenir un ideal de vida intensa y de superabundancia de fuerzas, y para esa suprema ascensión quieren educar a su teoría de escogidos; ambas buscan la ciudad futura, ambas tienen como resorte íntimo la afirmación del *devenir* y la aspiración

al ideal. Tal parece que sobre la montaña varias veces secular, sobre el hacinamiento titánico de la ciencia positiva brotaran floraciones desconocidas; la planta prodigiosa ha nacido de la mole ingente, de ella extrae los elementos de vida que evapora luégo en aroma sutil, dilatado y místico, en la pureza del ambiente sereno; del acervo de las ciencias humanas, de la polvorosa retorta de Fausto surge así el elixir supremo del anhelo idealista.

Las concluciones a que llega hoy la investigación científica cuyo relevante carácter se acaba de señalar, no serán seguramente inmodificables; acaso venga una reacción imprevista; acaso nuevas investigaciones y descubrimientos superiores a la más atrevida intuición modifiquen mañana de un modo radical las corrientes espirituales que hoy avanzan en tan abundoso y límpido raudal. Eslabón de una cadena infinita en su extensión y en su complejidad, el pensamiento actual de la humanidad con todas sus contradicciones, sus rectificaciones, sus contrapuestos puntos de vista, sus regresiones y sus avances, establece, en denifitiva, un postulado superior, el concepto de la relatividad y un corolario indispensable, la tolerancia de la inteligencia. Desvanecido el prestigio de lo inapelable de la autoridad científica, surge del polvo de la deidad destronada, pleno de vigorosa juventud, el principio de la independencia del criterio. La libertad y la verdad ganan igualmente con la exposición atrevida de todos los sistemas en sus últimas consecuencias, con su confrontación inexorable y con la mutua e ilimitada crítica de los unos por los otros. La inteligencia se despojará sin dolor de las ideas envejecidas y muertas como de una vestidura de otra edad, y en la severa disciplina de la crítica independiente aprenderá a amar más la verdad o la aspiración a ella que los precarios sistemas de buscarla.

En uno de los libros más atrevidos del solitario de Silvaplana, *Más allá del Bien y del Mal*, hay una página que no puede leerse sin emoción intensa: podría llamarse el evangelio del desprendimiento y de la desvinculación so-

brehumana e inhumana; el creador de Zaratustra encarece como bien supremo y suprema fuerza la independencia individual, ascética, heroica, feroz; independencia social, independencia moral, independencia política, independencia intelectual,independencia de todo y de todos; «Es preciso hacer sus pruebas delante de sí mismo para demostrar que se ha nacido para la independencia y para la dominación; no adherirse a ninguna persona aun cuando sea la mas cara; toda persona es una prisión; no permanecer ligado a ninguna patria, ni a ningún sentimiento de piedad, ni a ninguna ciencia, ni a su propio desprendimiento, ni a sus propias virtudes; es preciso *saber conservarse*; es la mejor prueba de independencia»

Debe hacerse un esfuerzo para desentrañar el sentido último del mandamiento nietzschano, descartando cuanto de excesivo, de antihumano y monstruoso contiene su exposición y apreciar la abstracta finalidad de esa doctrina de la autoliberación, de la exaltación de la autonomía personal y afirmación de la voluntad de potencia allí preconizadas como necesarias al advenimiento de la vida superior, fuerte y libre del super hombre. Toda convicción es una esclavitud, sólo que hay esclavitudes sacrosantas, como la de la verdad; toda disciplina y toda regla son una limitación, sólo que hay limitaciones indeclinables, como la del deber; plausible empeño es, empero, el de reducir lo que limita y esclaviza a su *mínimum* racional; el de combatir el espítitu de sumisión, de secta y de grey y estimular en las mentes la aspiración a buscar por sí mismas las ideas, a vigorizar la persona humana y exaltar su potencialidad. El mostrar lo caduco de lo que se tiene generalmente por definitivo y la falibilidad de lo que se tiene generalmente por dogmático, es llegar, no a la liberación del pensamiento y a la plenitud de la vida, porque ésta es una meta inaccesible, pero a lo menos a las sendas de ascención que a ella conducen.

CAPITULO CUARTO

La rotación de las ideas—El concepto histórico

La crítica historica es ciertamente una gran labor de domolición, pero en el polvo mismo de las ruinas que acumula hay algo que renace incesantemente; los destructores de leyendas, así los más grandes como los menores, desde Wolfe y Niebuhr hasta Biré, no han imaginado acaso este brotar tenaz de renuevos en el tronco vencido al golpe de su hacha, ni sospechan, en su fervor iconoclasta, las reparaciones que guarda el porvenir. Cuando Taine, pesaroso ante una gloria desaparecida, exclamó un día melancólicamente en la ciudad eterna: *La historia es un cementerio*, olvidó que preservado dentro de las cenizas de ese campo de muerte, arde el fuego de una perpetua resurrección.

Un mismo acontecimiento y una misma institución reaccionan de diverso y a las veces opuesto modo en cada mente y en cada edad del tiempo; olvidados o abandonados hoy como entidades desdeñables de la vida, vuelven a florecer mañana en el doble prestigio de la rehabilitación y de la juventud; van muriendo y renaciendo alter nativamente en un ritmo varias veces secular, sin que pueda predecirse el punto en que la incierta trayectoria cierre la órbita de su evolución; pudiera comparárse as a esas barcas del Mersey que la baja de las aguas vuelca en la fangosa orilla o hace encallar en los bancos del estuario; quien las ve entonces por vez primera, las toma, sin duda, por despojos inútiles de algún naufragio y no acierta a imaginar que unas horas más tarde han de desplegar velas a los vientos, hendiendo las aguas, graciosas y ligeras, en el orgullo triunfal de la pleamar.

La sujeción de una casta a otra, la existencia del ilota y del esclavo, sin las cuales no hubiera sido tal vez posible ese florecimiento admirable de la planta humana, esa armoniosa plenitud de vida y de fuerza, de culto de la

inteligencia y de la belleza con que Grecia corona noblemente una de las cumbres de la historia como el Partenón la cima de la Acrópolis, aparece como una institución monstruosa y bárbara ante la moral del Evangelio y ante el criterio de la democracia; pasa el tiempo y dentro del seno mismo de esa civilización que recibió la herencia helénica complementada, modelada y rectificada por el concepto del derecho público moderno, aparece toda una filosofía que proclama la legitimidad de la inmolación de la inmensa grey anónima para el advenimiento de una humanidad superior.

La Edad Media creyó haber destruído para siempre la concepción helénica de la vida inmanente en las civilizaciones clásicas, en las cuales el ideal pagano creó un sentido de belleza, de fuerza y de amable cultivo de las gracias de la forma y del espíritu, pero destituído de esa excelsa capacidad de amor, de caridad y de justicia que se evaporan, como esencia definitiva y aroma inperecedero, del apostolado de Jesús; a los templos de mármol del Atica y a la serena belleza de las estatuas conque el genio antiguo pobló las riberas del Mediterráneo «en la gloria, que fue Grecia, y en la fuerza, que fue Roma», sucedieron las rígidas líneas de las catedrales góticas, donde monjes adustos esculpían en la severidad del granito la tristeza de su alma, la austeridad de su ensueño y la infinita elación de su fe; la lucha entre esas dos formas del espíritu, que si se me permite usar de una síntesis comprensiva llamaré la *estética* y la *ascética*, parecía definitivamente concluída con el vencimiento y muerte de los dioses griegos; la queja de Juliano agonizante, sordamente repercutida en cuatro siglos por todos los ámbitos de la antigüedad, anuncia que el Olimpo esta despoblado para siempre; el camino de Paros se ha perdido, y presa el mundo de las pavuras del milenario, se convierte en el áspero sendero—jornada de un día— que hay que recorrer para alcanzar la patria eternal. Eh aquí, empero, cómo después de las desolaciones de la Tebaida viene un

día el renacer del espíritu clásico en sus formas más livianas; se arroja el burdo sayal del penitente y vuelven a triunfar en la admiración y en el deseo las desnudeces esculturales que el ascetismo había velado castamente o maldecido con la sorda cólera del Pafnuncio de Thais. En las cortes elegantes y corrompidas de Italia que el Pinturicchio nos ha revelado con riqueza de colorido y detalles que en vano se buscarían en ningún cronista ni historiador, hace su reaparición el alma pagana, vinculando una vez, durante esta hora de su avatar, todo el refinamiento ateniense con las artes más siniestras de los asesinos coronados de la Roma imperial, en la figura de César Borgía, potente y satánica. El renacimiento enderezó decididamente la proa de la nave occidental hacia las costas rientes del mar Egeo, pero con el decurso de los siglos el ascetismo resurge bajo los cielos del norte, propicios a las brumas de la tristeza y a las austeridades de la renunciación.

En la parte septentrional del archipiélago británico hay una ciudad ilustre que no puede visitarse sin que el ánimo del extranjero sea sorprendido por los caracteres de exteriorización de objetivación relevante y expresiva que allí han tomado los dos principios antágonicos de que se viene hablando; contrapuestos y coexistentes en el mismo aspecto material del panorama, impónense en un paralelismo evidente y sugestivo que es toda una revelación histórica; aquella ciudad es Edimburgo, «la Atenas del Norte», Cuando se sale por primera vez de la estación terminal del *Caledonian railway*, bautizada con uno de esos nombres que Walter Scott consagró para siempre con el prestigio de la leyenda romántica, aparece súbitamente ante el viajero un espectáculo admirable y único; es, esculpida en el granito y en el mármol, en la obra de los hombres y en la obra de la naturaleza, una síntesis de aquel doble y paralelo desarrollo intelectual que tan intensamente estudió Buckle; allí están presentadas y preservadas con sabio esmero las huellas del secular conflicto

de dos mentalidades, de las varias faces y vicisitudes del desarrollo progresivo de un pueblo. Desdobla a la derecha Princes Street la suntuosidad arquitectónica de sus *hoteles* modernos, el lujo de sus *vitrinas*, la elegancia de sus residencias, todo ello ennoblecido por la presencia del monumento del poeta nacional, que es como el númen de la tierra y de la raza; a la izquierda, y separada de la ciudad moderna por una honda quiebra que desciende en rampas cubiertas de jardines y en cuyo fondo corren las líneas del ferrocarril caledónico, una fila de sombríos y altísimos edificios trepa audazmente hasta la roca granítica cortada a pico y coronada por el famoso castillo que domina y protege la ciudad de hoy, lo mismo que hace trece siglos, erecto en medio de ella como un ingente centinela de rocas, inexpugnable y amenazador. Aquella quiebra separa, más que dos barrios de una ciudad, dos etapas de la historia y dos formas opuestas del pensamiento. Sobre el terraplén que enlaza como un puente la ciudad antigua con la ciudad nueva, dos templos griegos ofrendan las sonrisas de sus líneas armónicas y puras, contrastando igualmente a un lado con las magnificencias modernas de Princes Street y al otro con las reliquias venerables de los tiempos del *Covenant;* más allá de estos templos, en la altura, y como mirando fijamente al castillo, Calton Hill. Acrópolis de la moderna Atenas, erige las ruinosas columnas de su Partenón como una hoja de acanto del Atica que hubiera brotado bajo el cielo lívido de una ciudad puritana. Aquello es pintoresco, inesperado y soberbio, pero es sobre todo un símbolo de avasalladora elocuencia; no ha sido ni la casualidad ni el vano capricho los que han levantado una ciudad griega en frente de una ciudad de la Edad Media como dos ideas adversarias que se aperciben a una lucha eterna. Realmente no se comprende cómo Taine pasó por allí sin admirar, sin comprender y sin ver nada.

En dos personalidades eminentemente representativas se encarnan las dos formas del pensamiento y los dos

conceptos antagónicos de la vida; aquellas personalidades que llenan la capital de Escocia con la omnipresencia de su carácter y de su espíritu con María Stuardo y John Knox, la joven reina y el viejo puritano. María, adornada con todas las seducciones de la belleza y del espíritu increíblemente ligera, amada y amante, simboliza un principio; el reformador sombrío y formidable, el asceta fanático y fiero que mereció que sobre su tumba se dijeran por sus enemigos estas palabras: «Aquí yace uno que nunca tuvo miedo a la faz de ningún hombre», representa el otro; la lucha entre los dos no es una lucha religiosa; ésta sólo es una forma actual de un conflicto de siglos; es la lucha de dos mentalidades incompatibles, lucha que por esta vez no puede menos de terminar sino con el triunfo de las fuerzas más eficientes y arrolladoras, y éstas son siempre las que se ponen al servicio de una convicción que desconoce las vacilaciones y de un fanatismo que extirpa toda fibra humana, principiando por la de la piedad. Con Knox y con Cromwell el puritanismo hosco y triste impone incontrastablemente la helada y estrecha rigidez de sus fórmulas: la vida se ensombrece, el arte se apaga y se sustituye a las amables gracias del espíritu un ideal austero de religión y otro más austero todavía de libertad.

La Corte del Augusto francés en el continente y la de la Restauración en el Archipiélago británico vieron el renacer del espíritu que el puritanismo persiguió y condenó, pero la Revolución preparada por Rousseau reacciona en algunos de sus más visibles caracteres contra un concepto de la elegancia en el cual los ascetas de la guillotina creían ver un cómplice del despotismo y de la corrupción cortesanos; para Robespierre como para John Knox, la virtud trágica es el arma más poderosa de la libertad y el discípulo amado de este inexorable profesor de estoica energía, Saint-Just, formula una vez más su profesión de fe ascética: «Una choza de bálago, un arado y frugalidad, esto basta... vamos a mecer nuestros hijos a orillas de

los ríos». Por una reversión del más vivo interés en la marcha rotativa de las ideas y que pregonando está lo cambiante de las perspectivas políticas y lo relativo de las doctrinas, la Revolución asume, en una de sus manifestaciones más notorias, a nombre de la República, la misma posición que tuvo el espíritu que reaccionó a nombre del cristianismo contra las civilizaciones clásicas. Así se extreman, se falsean y acaban por invertirse las doctrinas, cuando a una realidad, a un principio humano, viviente y fecundo, se sustituyen las rígidas abstracciones y despotismos de los sistemas absolutos.

Las deducciones de la historia y la política están aún muy lejos de haber alcanzado la precisión casi matemática que para ellas augura Dubois Raimond, ni aun siquiera el carácter estrictamente científico que les atribuye Draper, pero si existe en ellas una ley general comprobada una y otra vez, esa ley es la de que después de un período de anarquía revolucionaria surge el gobierno absoluto del dominador de brazos y voluntad de hierro; es un ritmo necesario de la historia que no ha dejado hasta hoy un solo día de cumplir su oscilación fatal. Durante las guerras civiles se confunden a la larga los medios con los fines en la más lastimosa de las rotaciones de ideas, de tal suerte que quienes empuñaron las armas con el propósito de acabar con una dictadura, no vacilan, llegado el caso, en investir con ella a su propio caudillo, y de esta suerte los propósitos iniciales de la guerra se desvanecen en las revueltas del camino sangriento, como las brujas de Macbeth. Por otra parte, los pueblos cansados de la discordia o amenazados por la disolución, aclaman la dictadura de un hombre o de una asamblea, de un partido o de un club, y en sus manos resignan la libertad de que han abusado y el derecho que no han sabido guardar. Para subvertir la democracia de Atenas y establecer la tiranía de los treinta, Theramenes, Critias y sus compañeros, principiaron por promover las turbulencias que habían de aniquilar las instituciones, a nombre

mismo del pueblo que intentaban tiranizar; los demagogos, los Cleón, los Hipérbolo, los Androcles, aparecían como los órganos vivientes de las instituciones democráticas, como los centinelas vigilantes de los derechos populares, pero en realidad preparaban con la corrupción y el debilitamiento de estos derechos y de aquellas instituciones el advenimiento fatal de la tiranía. La guerra civil hizo posible la dictadura de Sila, y el funesto precedente de decidir las controversias políticas con la apelación a las armas fue un legado de muerte que, con el relajamiento general de los espíritus, preparó la final abdicación del pueblo-rey a la ambición de un César hoy. y mañana a la ignominia de un Nerón. Las complacencias de César por Clodio tienen su lógica, puesto que las obscuras convulsiones anárquicas de la República romana fueron el antecedente necesario e imperioso de la dictadura; la licencia es el aliado más formidable de la ambición contra la libertad. La historia de las brillantes repúblicas italianas decae en los siglos XIV y XV a una crónica sangrienta de guerras intestinas preparadas primero y luégo despiadadamente refrendadas por los Médicis y los Visconti, los Dorias y los Fieschi, los Borgia y los Malatesta, los Sforzas y los Bentivoglio, hasta que al cabo esa brillante Italia del Renacimiento que había reencendido en Europa el ardor de las nobles empresas del espíritu, reconciliado el orden civil con la libertad, restaurado el estudio del derecho y de la filosofía, creado y enaltecido el gusto por el arte y por la poesía y resucitado la ciencia y la literatura de la antigüedad, vino a ser una vez más la presa de los mismos bárbaros a quienes reabría las sendas de la civilización. Cuando el pueblo inglés, impulsado por las fatalidades históricas olvidó el canon de sus doctrinarios de todos los tiempos, *Force is no remedy*, y confió al azar de batallas la reinvindicación de sus derechos vulnerados, esculpió los duros y enérgicos rasgos de Cromwell, el más vigoroso de los domadores de hombres; Polonia, presa de una anarquía irremediable, atrae

sobre sí la disolución y el despotismo, el más insoportable e irritante de ellos el que ejerce el conquistador extranjero, y la Revolución es el inquieto y formidable génesis del águila imperial que con la inmolación de dos millones de vidas humanas, oprimió a Francia y subyugó a Europa.

Séanos permitida una digresión. Quienes escépticos de la virtualidad del esfuerzo paciente, de la propaganda de las ideas y de la educación de las masas para la libertad, lanzan a las naciones al vórtice de la contienda civil, van levantando sin quererlo y sin sospecharlo, mas no por eso de manera menos evidente, el pedestal que ha de sustentar mañana la figura fatal del domador de fieras humanas; cuanto más larga y más intensa es la precedente convulsión anárquica, más inexorable es la personalidad del César democrático que la sucede y que la enfrena; puede decirse que cada hora que prolonga la contienda, cada acto que la encruelece, cada pasión que aviva su llama devorante, hacen más ineludible el advenimiento del amo y desarrollan una fibra en su brazo de pacificador (1).

---

(1) En la tortura obsesionante de esta persuasión y en medio de los horrores de una lucha armada que amenazaba prolongarse indefinidamente, el que estas líneas escribe condensó así una vez la inquietud de su pensamiento:

¡Oh pueblos que encendéis la tea infanda,
castigo y prueba del linaje humano,
si de duelo y pavor noche nefanda
la patria cubre, si entre el odio insano
y el salvaje furor que se desmanda
sin freno, la figura del tirano,
aparece fatídica y siniestra,
quejaros no podréis: es obra vuestra!

Esto se escribía en 1900. Quienes hayan seguido con alguna atención la labor del periodismo de ideas en Colombia, sabrán si quien así hablaba se limitó al amable esparcimiento de la poesía en su empeño de hacer cesar la más funesta de nuestras guerras civiles. La terminación de la guerra, debida a la actitud patriótica de los jefes del ejército liberal que obraba en Panamá, quienes dieron oídos a la gran corriente de opinión que se había formado al fin en favor de la paz, salvó a Colombia felizmente del mal de que se habla en esta página.

En los períodos de represión que forzosamente suceden a los períodos de histerismo revolucionario, los pueblos que no quieran compartir la suerte de Polonia deben vedarse toda recriminación estéril, todo convulso conato de alterar por medios violentos el cumplimiento de una ley de causalidad irremediable. Quedan para reparar los males de la discordia y de las consecuencias de las represiones, el camino de la reparación lenta y segura y de una fuerteeducación nacional. Rehacer paulatinamente la conciencia pública dislocada por el criterio de la violencia y allegar para ese alto propósito, no solamente todo el aluvión de la experiencia, sino todo lo que pueda haber—y es mucho—de elemento de bien en las fuerzas a quienes ha tocado en suerte el cumplir en uno u otro caso las leyes fatales de la historia, es labor suficiente para una generación y amplio campo para que surja quien realice la fórmula de Lord Beaconsfield: «El deber del hombre de Estado es efectuar por medios pacíficos y constitucionales todo lo que haría una revolución por medios violentos».

Continuemos: el fenómeno histórico del ritmo sucesivo de anarquía y de opresión, implica como predominante en cada caso su respectiva psicología política y un concepto de las necesidades institucionales correlativo a cada situación. Los partidos, aun aquellos que creen suyo el más preciso y definido de los programas, lo adaptan sin propósito predeterminado al nuevo estado del alma del agregado social; de ello nos dan ejemplos ilustrativos los estudios de Mommsen y de Ferrero. La rotación de las ideas pueden señalarse entonces con rara y unánime indefectibilidad. Cuando la sociología haya alcanzado la visión profética de que habla el sabio alemán, cuando pueda fijar en sus ecuaciones, como él lo espera, el día cierto en que la cruz griega vuelva a coronar la cúpula de Santa Sofía o en que Inglaterra queme su último pedazo de carbón; cuando, para repetir una expresión ya usada, se puedan predecir las revoluciones como hoy se predicen los eclipses y la formación de una nacionalidad, como la exis-

tencia del planeta de Leverrier, podría declararse proféticamente también, por la observación de un síntoma el más insignificante, pongamos por caso, la tendencia de un periódico, el abuso de una autoridad municipal, la dislocación del criterio público en un caso ordinario, la sanción aberrante para un hecho y la lenidad de esa sanción para otro, etc., etc , podría afirmarse—decimos—qué pueblos están elaborando en su seno el germen mórbido que ha de llevarles a la anarquía y de ahí a la servidumbre y a la disolución.

Los cambios de perspectiva que el tiempo impone al criterio, como se ha visto, en la apreciación de un mismo hecho o de un mismo principio, patentizan extrañas contradicciones y rectificaciones desconcertantes; quien pretenda descubrir al través de los anales humanos y a la luz de un juicio predeterminado el hilo invariablemente continuo de un principio dado en sus desarrollos históricos, o mejor dicho, la actitud de los hombres y los sucesos ante una doctrina general, se vería extraviado en un dédalo de imposible orientación. No hay una matemática inflexible para la historia ni para la política para poder determinar la bondad absdente o la absolente condenación de un hecho o de un principio; las ciencias sociales no son ciencias todavia exactas, y la netitud de una recta ideal en las cosas de los hombres es un vano ensueño y una aspiración quimérica: sólo las pasiones y los prejuicios han pretendido modelar a un sistema particular y reducir a un cauce único la infinita complejidad de corrientes adventicias que determinan un hecho o hecen posible una institución.

«La historia—dice Freman—es la política del pasado, como la política es la historia del presente»; por tanto, así como la política refleja el color del lente de opinión al través del cual se la considera, la historia suele ser tan cambiante como las ideas de quienes la escriben. Gregorovius hace de Lucrecia Borgia una mujer virtuosa, y para Froude, Enrique VIII es un gran rey e Isabel le es

bien inferior; el Bolívar de Larrazábal en nada se parece al de Mitre; para Napier, los españoles fueron incapaces de cooperar con los ingleses en la guerra de la Independencia de la Península contra la invasión francesa, en tanto que Foord dice textualmente: «Wellington no ganó en España victoria alguna comparable a Bailén, y Zaragoza y Gerona eclipsan a Badajoz y a ciudad Rodrigo» (1). Ciertamente no se puede pedir a la historia el que formule juicios definitivos, pero el mismo conflicto entre los puntos de vista es en sí mismo una alta enseñanza de tolerancia; al ver la dificultad que se tiene para juzgar con exactitud, no solamente un acontecimiento, sino un hombre, se impone la indulgencia para las divergencias de opinión y se llega a no comprender el odio o el desprecio que las diferencias en política o en religión suscitan. La historia es, pues, el estudio emancipador por excelencia y en él se llega por sobre todas las controversias a patentizar el encadenamiento lógico de los estados de civilización, de las ideas y de las instituciones y su desarrollo progresivo; entonces, el espíritu se libera y úno se convierte en hombre de progreso; enriquécese la inteligencia con puntos de comparación que aclaran todos los juicios y llega a la persuación de que el presente está indisolublemente ligado al pasado, pero que la humanidad no puede permanecer inmóvil; une al respeto de lo que fue el anhelo de lo que será y se aleja igualmente del espíritu de reacción y del espíritu de revolución.

Los escritores que exaltan en la historia inglesa la más guenuina tradición de las libertades públicas justifican sin restricciones la revolución parlamentaria y la muerte del rey Carlos. Se trataba de saber, en un momento decisivo de la vida de una nación, si un hombre puede ser superior a las instituciones esenciales que representa el supremo fuero y la mejor conquista del pueblo; *Cromwell*, cuyo genio de caudillo sería imposible desconocer, personi-

---

(1) *The Contemporary Review*, número 504, December 1907.

fica la actitud del espíritu liberal en aquel tremendo drama y lo hace triunfar. Mas la marcha de los acontecimientos se disloca; los que destronaron al rey se convierten en oligarquía tan odiosa y tiránica, que el intrépido Lillburn, jefe de aquellos generosos *leveller* (*niveladores*) que combatieron al monarca en persecución de una verdadera república, únicos que, con Milton, parecen haber tenido en aquellos conflictos de fanatismo religioso un verdadero concepto político y una noción moderna de libertad, no vacila en exclamar: «Quisiera vivir más bien cien años bajo el gobierno del rey Carlos, a quien cortaron la cabeza por tirano, que un solo día bajo la presente tiranía de los regicidas». El extravio del infortunado Carlos puede explicarse, ya no justificarse; su origen, su educación, sus ideas, el medio que le rodeaba, perturbaron su criterio hasta hacerle creer su autoridad superior al derecho de un pueblo.... Más ¿qué decir del formidable guardían de la libertad, del rígido jefe de los *Iron sides*, cuando establece violentamente como un principio de gobierno la inferioridad de los representantes del pueblo ante los representantes del ejército? Carlos era un vástago real, Cromwell un campeón de la libertad y un soldado del parlamento; todo atentado contra esta institución, si es una tiranía en el primero, en el segundo es la más irritante de ellas y además una monstruosa prevaricación. Justifícase la actitud del protector diciendo que el parlamento que él disolvía con sus bayonetas era un cuerpo huero y que al asumir en sus manos todos los poderes procedía en realiadad en defensa de las verdaderas libertades inglesas; puede ser, pero si es el criterio particular de un hombre o de un partido y no el acatamiento a un principio de regla plausible para el gobierno de los Estados, no se comprende bien la excesiva severidad para juzgar a un rey que creía—él también—su actitud la mejor para su patria y para su causa, identificadas en el mismo amor y en el mismo interés; la pasión de bandería, empero, asumiendo el magisterio augusto de la historia, lla-

ma tiránico abuso de autoridad el proceder de Carlos Estuardo y salvadora energía el de su matador.· Mas si del concepto abstracto pasamos a la íntima realidad del fenómeno, observamos que el parlamentarismo, institución viviente, nacional y salvadora con los Hampden, los Pym, los Vane, los Sidney, en 1640, y representante auténtico entonces del espíritu inglés, vino a ser en 1654 con los Bradshaw y Haslering un elemento de disociación, una institución extraña y sin verdadera vinculación en el país, un rodaje impotente y estéril; esa es en el fondo la explicación de por qué el veredicto que condena al rey absuelve al protector; mas el sectarismo enamorado de un sistema como una verdad incondicionada, prefiere antes que aceptar la relatividad de su credo incurrir en la más clamorosa de las injusticias y en la más evidente de las contradicciones

La apreciación de ese colosal movimiento histórico, fascinador y formidable, que fue la Revolución francesa, extremada como el mismo fenómeno que califica, ha oscilado en el vértigo de las tormentas; iniciativa y obra del espíritu liberal, realización y herencia del pensamiento de los filósofos del siglo XVIII, fue para sus autores y para los posteriores apologistas que proclamaron sus doctrinas cual evangelio del hombre moderno y crisis decisiva de la historia, «el advenimiento de la ley, la resurrección del derecho, la reacción de la justicia». Para juzgarla partían el sol, en campo abierto, dos principios irreconciliables; bastaba conocer su actitud simpática o adversaria ante aquellos hombres y aquella bandera, para fijar sin otros datos la filiación de un espíritu; sólo Mallet du Pan, acaso, tuvo en las trágicas zozobras de aquel vértigo, serenidad y ecuanimidad suficientes para calificar los sucesos, los hombres y las ideas, desde el punto de vista liberal, pero sin la pasión del sectario. Los escritores de las generaciones subsiguientes, Michelet, Louis Blanc, Quinet, Lamartine, bebían soberbias inspiraciones en aquel raudal embriagador, surgente única para ellos del derecho y de

la confraternidad humana. Vino un día, y los espíritus más cultivados, más apercibidos y más audaces dentro de la escuela que demanda a la razón y a la crítica independientes la fuente de sus juicios (no de las filas de los enemigos naturales de la Revolución, pues en éstos todo juicio adverso es un hecho tan lógico y natural, que no hay para qué consignarlo aquí), iniciaron la más demoledora de las reacciones. Renán declara que la Revolución fue una experiencia fracasada, que su código no puede engendrar sino debilidad y pequeñez. y que «con su mezquina concepción de la familia y de la propiedad, los que tan tristemente liquidaron la bancarrota de la Revolución en los últimos años del siglo XVIII prepararon un mundo de pigmeos y de rebeldes». Taine dedica la mayor parte de su vida y lo mejor de su pasmoso esfuerzo mental, sus admirables dotes de análisis, la escrupulosidad benedictina de sus búsquedas, su riqueza abrumadora de documentación, acumulada en treinta y cuatro años del más consciente y minucioso de los estudios en los archivos de la época revolucionaria, todo ello integrado en su obra capital, a desvanecer la leyenda y el ideal de la Revolución y a rectificar el concepto que a dos generaciones habían inculcado los escritores de 1825 y 1848; para él, «todos los artículos de la Declaración de los Derechos del Hombre son puñales dirigidos contra la sociedad humana»; la noche del 4 de agosto, «fue obra de una tropa de gentes ebrias»; los voluntarios de 1792, aquellos soldados de la Revolución que férvido cantara Michelet, fueron «malos sujetos de las encrucijadas, vagabundos de los campos»; la libertad se le aparece aulladora y monstruosa», proclamada por «brutos enloquecidos»; Robespierre no es sino «un tonto, tímido, delirante, odioso»; Saint-Just «había robado cuando niño la vajilla de su madre», y la Revolución, en fin, «un cocodrilo, del cual ha estudiado en detalle la estructura, el juego de los órganos, el régimen, los instintos y los apetitos». ¡A esto quedan reducidos, para el autor de los *Orígenes de la Francia con-*

temporánea, los héroes y la admirable epopeya de Michelet y Lamartine! Con raro valor, comprometiendo sus intereses, enajenando sus amistades, perdiendo la admiración y las simpatías de quienes primeramente le aclamaron, sin más mira que el servicio desinteresado de la verdad como él la entendía, Taine hace a la Revolución el proceso más formidable que haya sufrido jamás una acción de los hombres. En la inflexibilidad de su sistema, el ilustre pensador no vio sino una faz de los acontecimientos; su pasión de rectificaciones le llevó más de una vez a la injusticia, como lo han comprobado posteriores investigaciones, las de Aulard, por ejemplo, pero su actitud inició todo un movimiento de ideas; discípulos eminentes, un Bourget, un Lemaitre, un Vogüe, han continuado su propaganda, y no podría negarse que han determinado una nueva orientación en muchos espíritus.

La figura de Napoleón, proyectada sobre las generaciones subsiguientes al través del prisma cambiante de la pasión o del interés político del momento, ha padecido extrañas metamorfosis; la leyenda del héroe ha pasado por las fases más contradictorias. Durante la restauración de los Borbones, el proscripto de Santa Elena, heroe y semidios de las canciones de Beranger, apareció como una especie de mártir de la libertad, sacrificado por su amor a la patria y a sus conciudadanos, personaje idílico, filantrópico y liberal, cuyo recuerdo se conservaba como el de una propicia deidad tutelar en las últimas cabañas de Francia. Medio siglo más tarde, el héroe mártir era sólo un usurpador sin conciencia y sin ley, un déspota sanguinario que sacrificaba a su ambición personal primero los principios de la república, y luégo la vida de toda una generación; la leyenda sigue transformándose hasta que llegue un día, como lo observa Le Bon, en que los sabios y los historiadores, en presencia de tantas relaciones contradictorias, dudarán de la existencia del héroe y sólo verán en él algún desarrollo de la leyenda de Hércules, «porque la historia no eterniza sino los mitos».

Desde una posición muy diferente y a nombre de ideales que la escuela de Taine está bien lejos de compartir, Karl Marx tiene para los principios de 1789 un gesto de acerba ironía, de fiero desdeño, de corrosivo escepticismo: «justicia, derecho, libertad, igualdad, fraternidad.... todo ello simple farsa de los burgueses», y una vanguardia resuelta del partido social, *los antidemócratas de la extrema izquierda*, que dice Jacques Banville, proclaman sin vacilar, en beneficio de la obra de producción, la necesidad de una jerarquía, el establecimiento de una «aristocracia del trabajo», nuevo linaje de superioridad específica contrapuesta a aquella aristocracia intelectual en que Henri Berenger cree encontrar la resultante del conflicto entre la democracia y la ciencia. El principio igualitario y nivelador de la revolución, se ve, pues, asaltado desde todos los puntos del horizonte; atácalo su tradicional adversario, el aristocratismo conservador, como lo ataca la escuela de positivismo histórico de Renán y de Taine; atácanlo los colectivistas como lo atacan los intelectuales, pero de donde parte la más decidida y áspera agresión, es del campo del racionalismo determinista. Lapouge, propagador francés de Hæckel, con rara precisión y lógica innegable esculpe así la síntesis del conflicto entre las dos mentalidades: «A la fórmula célebre que resume el cristianismo laico de la Revolución, Libertad, Igualdad, Fraternidad, nosotros respondemos: Determinismo, Desigualdad, Selección»; es casi imposible concretar de una manera más neta y expresiva la profesión de fe antidemocrática de la ciencia de ayer; más atrevida, empero, más extremosa aún en su aristocratismo aparece aquella filosafía con que la antorcha de Zaratustra alumbra el camino triunfal de los hombres de presa.

Por segunda vez el ideal cristiano y el ideal revolucionario, aparentes adversarios de todos los tiempos, se ven confundidos en una misma agresión y vinculados en la esencia íntima de una doctrina común: astros aparecidos en los dos polos del firmamento, giran una y otra vez en

órbitas lejanas y contrapuestas, simbolizan por una centuria los dos términos extremos de una antinomia al parecer irreductible y eterna, hasta que un día en la incesante revaluación de las ideas nos deslumbra en pleno cenit su misteriosa e imprevista conjunción. Destituída queda de todo motivo intrínseco y racional la intransigencia sectaria que ha enfrentado, llenando una edad de la historia con la ardentía de su propaganda y el fracaso de sus combates, los dos fanatismos consagrados; el antagonismo de dos credos que se han disputado con la implacabilidad de un odio perpetuamente renovado la dirección de los espíritus y el gobierno de las sociedades, queda reducido a la categoría de un prejuicio vano, de un ídolo del Foro, sin realidad fundamental. Por una ironía de las cosas, que hubiera aparecido como la inanidad de un sueño a los espíritus de las postrimerías del siglo XVIII, el renacer del idealismo, tan visible en los precisos momentos en que esto se escribe, y al cual los descubrimienots científicos de Curie, de Quintón y las concepciones filosóficas de Berson han dado extraordinaria y vívida impulsión, restaura, rectificado por el cincel de la crítica, depurados y adaptados a los conceptos modernos por la acrisoladora experiencia, unos ideales que se tuvieron por herencia de la filosofía enciclopedista y unas doctrinas en que se vio una vez la resultante y la inspiración del espíritu que movió la pluma de Helvecio, de Holbach y de Le Metrie!

La rotación de las ideas en la historia y en la política, del propio modo como en la filosofía y en la ciencia, implica, decimos, demoliciones y restauraciones sucesivas e incesantes; mas a las ideas acontece lo que a Cristo en la magnífica expresión de Santiago Pérez: cuando salen del sepulcro no traen ya las huellas de la tortura ni la saliva del sayón. Esto quiere decir que van desprendiéndose en el camino, que es muchas veces una ordalia, de la sombra de error que es lote necesario de sus primeras oscilantes iniciativas; cada lucha las templa, cada proscrip-

ción las depura, cada ascensión las ennoblece; el tiempo las desvirtúa o las confirma, y al fin no obtiene el triunfo definitivo sino lo que en ellas haya alcanzado los caracteres de eternidad. Muchas veces, cuando un principio parece muerto para siempre en la conciencia de los pueblos, reposa solamente en el sueño que precede a los más grandes despertares; como aquel legado de ideas que en el admirable poema símbolo de Vigny un náufrago arroja al mar en un frágil vaso de cristal, confiando en el instante de morir a la esperanza el tesoro de su espíritu, una verdad desaparece por muchos años en el doble abismo del olvido y de la proscripción; créesela perdida para siempre, sin recordar que las naves se hunden y los hombres perecen, pero los pensamientos flotan como el espíritu de Dios sobre las aguas—*et spiritus Dei ferabatur super acquas*—en la grandiosa concepción del génesis, cuando llega la hora de la pesca milagrosa, el porvenir recoge en ignotas riberas el elixir de vida transportado por las ondas, mensaje supremo, vencedor del tiempo y de la muerte.

CAPITULO V

Rotación de las ideas.—Concepto político

«Las bases del antiguo radicalismo han desaparecido», exclama en la *Political Sciencie Quarterly* uno de los radicales más avanzados, uno de los más notorios escritores políticos de la Inglaterra contemporánea, Mr. William Clarke, y luégo añade: «Las nociones radicales de finalidad política han sido juzgadas; desde que el radicalismo fue predicado por vez primera como un credo en Inglaterra, todo el pensamiento político y el científico ha sido vitalmente afectado por la concepción evolucionista». Años há, en un opúsculo famoso, Herbert Spencer había señalado la inmensa regresión del liberalismo inglés y denunciado la superstición política que en su sentir disloca de

tal modo las tendencias de ese partido, que ha acabado por convertirlo en un neoconservatismo en la acepción, si no histórica, si rigurosamente filosófica del vocablo. El fenómeno debe estudiarse desde un punto de vista abstracto. y superior, por tanto, al que inevitablemente determina el pensamiento de los escritores militantes, así sean ellos los más serenos y los más justicieros.

El partido liberal inglés, íntimamente vinculado siglos há con la causa del progreso de las instituciones públicas, es, sin duda alguna, legatario de la más grande tradición política que la civilización occidental ha producido. De sus prístinas concepciones, y mucho antes de que recibiera la consagración del nombre que ha fascinado tantos espíritus con el prestigio de sus doctrinas, brotó el movimiento que echó las bases de la inconmovible pirámide de las libertades inglesas; sus principios alentaron el espíritu que creó las instituciones de la Gran República del Norte, que inspiró a Pitt en 1788 aquella declaración neta y audaz sobre las restricciones del derecho de los reyes, que es un axioma de la democracia moderna; sus teorías, afirmadas hace cinco siglos en las luchas entre el principio de autoridad y la voluntad popular, fueron la surgente primera de reivindicaciones que culminaron más tarde en esa síntesis del derecho público moderno, que emerge como la cima eternamente serena de una gran montaña de entre las nubes tempestuosas: los principios de 1789. «Todos los mojones o miras del pensamiento moderno—dice Benjamín Kidd—incluyendo la crítica de Kant y la hipótesis darwiniana, se refieren por modo esencial a sus concepciones y a sus actitudes»; todo el moderno constitucionalismo que, cualesquiera que sean sus eclipses y atenuaciones, triunfa hoy en Rusia y en Persia y en Turquía, como triunfó ayer en el Japón, ha tenido allí su fuente, su inspiración y su estímulo. Las democracias de la América latina recibieron también infiltradas al través del doble modelo angloamericano y francés todo lo que estos tomaron del tipo ancestral de los

liberalismos occidentales. Puede tomarse, pues, como el genuino exponente de esas doctrinas y su campeón caracterizado; por tanto, la comprobación de todo cambio fundamental en sus programas, en sus propósitos y en sus actuaciones bastaría, relevándonos del minucioso aducir de otras pruebas, a justificar la afirmación general de que los partidos reavalúan intensa y substancialmente los valores políticos y adaptan sus principios a las necesidades de los tiempos y a la orientación general de los espíritus.

La escuela de Manchester, forma la más acentuada del partido *whig*, se puede caracterizar en la exaltación del principio del *laissez faire*, síntesis soberana de la autonomía individual. Durante el pasado siglo, principalmente, la libertad y la igualdad políticas fueron el emblema inscrito como resonante voz de orden en los programas de ese partido y perennemente vibrante en los labios de sus tribunos y de sus publicistas; desde Cobden a Gladstone, desde Macaulay a Morley, desde Bentham a Spencer, desde Stuar Mill Bright, los elementos directivos de su acción o representativos de su pensamiento fueron los enemigos naturales e impertérritos de la prerrogativa y del privilegio; los irrecusables abogados de la personalidad humana, de su dignidad y de su responsabilidad, de su universal emancipación y de la amplitud de su capacidad cívica. Meta suprema de esa escuela fue consecuencialmente el restringir hasta los últimos límites de la posibilidad la esfera de acción, no de un gobierno determinado, sino de todo gobierno, del *gobierno*. En sus concepciones, el progreso político es la resultante de la libertad que aumenta y la autoridad que decrece; la noción de gobierno, abatida al rasero de un mal, «mal necesario», pero un mal al fin, debe restringirse día por día hasta el Estado-gendarme de ciertos economistas, esto es, reducirse a la atribución elemental de dar seguridad. *Un máximum de libertad y un mínimum de gobierno* es la fórmula adamantina que Spencer preconiza para las sociedades del tipo cooperativo e industrial

que han de reemplazar, según las inducciones de su filosofía, a las del tipo semi-industrial y semimilitante que predomina hoy en las más avanzadas naciones y que se han sustituído a las exclusivamente militantes, tipo general de los períodos bárbaros. Con esa aspiración se ha visto identificado el genio de los pueblos angloparlantes de uno y otro hemisferio en el moderno período de la historia.

Toda limitación de la libertad personal, toda forma de intromisión del Estado en el real inviolable de los fueros individuales, venga donde viniere, fue y ha sido para el liberalismo inglés el más intolerable y menos tolerado de los abusos: Burke fulminó los rayos de su elocuencia contra la Convención Nacional en nombre del mismo criterio con que había combatido la actitud del gobierno metropolitano ante las trece colonias sublevadas de América; para él era tan odiosa una tiranía cuando la ejerce uno solo como cuando la ejerce una asamblea de tiranos. Para limitar la autoridad de la Corona, cuando en mal hora quiso restaurarse en el pueblo que conquistó *La Magna Charta* el principio del derecho divino, los genuinos antepasados de los liberales de hoy decapitaron un rey y depusieron otro, ellos mismos lucharon contra la dominación que da la propiedad territorial, no por espíritu de hostilidad a clases determinadas, sino como prevención contra las oportunidades que las grandes posesiones territoriales (latifundios) suelen ofrecer a las dominaciones opresivas de una aristocracia soberbia por su abolengo y fuerte por su riqueza. En el lógico perseguir de sus principios ha escrito en su programa la extensión de las franquicias, la emancipación de los católicos, la restricción de los privilegios, la secularización de la enseñanza, el *home rule*, o a lo menos un temperamento de autonomía irlandesa que a él se acerque, y el libre cambio. Opúsose una vez a las *Trade unions* y a todo linaje de coacción colectiva tendiente a limitar la capacidad individual, y si por una parte combatía el concepto de que el Estado sea un pro-

ceptor, por otra se oponía a que fuera materia explotable en beneficio de una clase cualquiera de la sociedad Cuanto al derecho de propiedad como fundamento de las instituciones libres, erigía en principios inconmovibles los formulados por Bentham, y que son la negación misma del socialismo: «Cuando la seguridad y la igualdad entran en conflicto, no puede haber vacilación; la última debe ceder. La primera es el fundamento mismo de la vida; subsistencia, abundancia, felicidad todo depende de ahí; si hubiere de atentarse a la propiedad con la intención directa de establecer una igualdad de posesiones, el mal sería irreparable; no más seguridad, no más industria, no más abundancia; la sociedad volvería al estado salvaje de donde salió».

Esos eran, por sus grandes lineamientos, los principios fundamentales de ayer. ¿Son esos mismos los de hoy?

Herbert Spencer, según se dice arriba, demuestra con lógica imposible de controvertir y con abrumador acervo de hechos imposibles de desconocer, que por sus tendencias cada día más acentuadas, traducidas en propagandas y leyes cada vez más compulsorias, el llamado liberalismo de hoy es una nueva forma del partido conservador; que los errores y faltas de los legisladores, como antes los de los monarcas, están preparando la esclavitud del porvenir, y que así como la gran superstición política del pasado fue el derecho divino de los reyes, la gran superstición política del presente es el derecho divino de los parlamentos. El profesor Lowell, de Harvard, en su reciente admirable estudio *The Government of England*, que es uno de los análisis más lúcidos y científicos del sistema político existente en la Gran Bretaña, señala también de un modo claro las diferencias fundamentales entre el antiguo liberalismo y el radicalismo contemporáneo. El primero, según se acaba de ver, tenía como canon sustantivo el restringir la esfera de acción del Estado, ya se le llamase rey, aristocracia o parlamento; adviértese en el último la tendencia opuesta, esto es, a aumentar las atri-

buciones del Estado y transferirlas a una mayoría numérica y de ésta al gabinete que ella sostiene y de quien recibe, no ya inspiraciones solamente, sino el trazado casi indiscutible de una línea de procedimientos neta y unánime. Al derecho de los parlamentos sucede ya el derecho divino de gabinetes; a la exaltación del individuo sucede la exaltación del Estado. El radicalismo insular restringe hoy en sus procedimientos administrativos y en el espíritu de las leyes que prohija e impone, la libertad del individuo, y amplía hasta lo ilimitado la atribución gubernativa desde las leyes restrictivas y de estricta reglamentación, dictadas durante el segundo ministerio de lord Palmerston, hasta el Licensing Bill que ha agitado hondamente el gobierno de Mr. Asquith, adviértese el más completo cambio de posiciones, el abandono gradual del concepto individualista y el acercamiento al socialismo de Estado. Es un fenómeno constante de la evolución de los partidos el que «la izquierda» absorba a la larga al «Centro» y a la «Derecha»; el liberalismo fue el ala extrema, la vanguardia del partido *whig*, y lo suplantó; el radicalismo fue «la izquierda» del liberalismo y se ha sustituído a él; el socialismo es hoy la división avanzada del radicalismo y prácticamente dirige las operaciones de todo el ejército; mas como los principios de este último partido son la negación misma del credo *whig*, resulta que en el camino reentrante de sus desarrollos los más avanzados liberales vienen a ocupar una posición todavía más rezagada que los retardatarios *tories*, y por una interesante inversión de papeles, éstos aparecen ya ante los autoritarios socialistas como los campeones del derecho individual y de la libertad humanas, a lo menos en determinados debates. Se ha llegado al punto de que una asociación netamente conservadora haya tomado como lema esta variación del lema genuinamente liberal de Spencer: «Individualismo contra socialismo».

Si se estudia la historia del conservatismo inglés, *the old stupid party*, aparece un proceso, si no tan relevante,

a lo menos suficientemente poderoso a asentar el dato de su evolución (1), en general y ya se ha observado, quiere el progreso de las ideas y el constante cambio de posición de los partidos que el conservatismo de hoy sea el liberalismo de ayer, así como el liberalismo de hoy será el conservatismo de mañana. Si concibiéramos un político militante, absolutamente inconmovible en su credo y a quien por un milagro de la Naturaleza le fuera dado llevar una intervención activa en los públicos negocios durante cien años, esa personalidad presenciaría extraños cambios y sujeta estaría a desconcertantes involucraciones e inauditas sorpresas; vería en torno suyo como amigos y correligionarios hoy, a los rojos, mañana a los azules, y seguramente pasaría ante el criterio cambiante de los partidos—él, el inmutable—como un tránsfuga de todos ellos, como un político inconsistente y ligero, infiel a sí mismo, incapaz de toda unidad de acción o de pensamiento.

Los pensadores británicos, que han sorprendido la inmensa evolución recurrente del liberalismo de su país, la han consignado o la han condenado, no la han explicado. Esa explicación puede hallarse en la forma y orientaciones generales de la mentalidad contemporánea, en la cual la teoría del Estado surge de nuevo y tiende a prevalecer sobre el individualismo que desaparece. «Considérase hoy a la sociedad—dice Benjamín Kidd—no como un simple agregado de individualidades, sino como una entidad superior a esto» y que tiene sus propios intereses, sus propias leyes, su propia psicología y su propia significación. La mentalidad humana elabora en estos momentos el proceso social en su más alta síntesis, en su sentido más universal y recientes desarrollos filosóficos, el pragmatismo, ponemos por caso, señalan los aspectos preliminares de ese proceso. Día a día se ve sometida la individualidad a leyes cuya acción se extiende indefinida-

---

(1) Véase *The Early History of Tories*, por M. C. Roilance Kent.

mente más allá de cualesquiera apreciaciones de los intereses exclusivos y particulares: de la integración de las conciencias individuales surge una conciencia colectiva, diferente de cada una de las que la forman y superior a la suma de todas ellas. La aparición cada vez más definida de la conciencia social es un hecho que se patentiza primero por las manifestaciones de un espíritu nacional, luégo por las del espíritu de raza, para culminar al fin en la formación de una conciencia de la humanidad. Ya Henri Berenger, en su vibrante libro *La conciencia nacional*, afirma la personalidad moral de una nación per se, la existencia de la conciencia solidaria de un pueblo y la supervivencia de su ideal; aúna en fórmula comprensiva las rectificaciones que el pensamiento moderno hace al individualismo extremado, y al conciliar la humana libertad con la amplitud de la acción del Estado da como razón suficiente de un nuevo credo político el perseguir la coexistencia de un individuo más libre y más responsable y de una sociedad más solidaria y más educadora. En una lectura ante la *English Sociological Society*, Mr. Francis Galton esclarece una vez más las diferencias entre las leyes de la evolución social y las de la individual y expone las bases de una nueva ciencia, la Eugénica (*Eugenies*), o sea la ciencia que estudie todas las influencias que mejoran las innatas cualidades de una raza humana y su desarrollo a los más altos grados de perfección y de eficiencia. El pensador inglés no se refiere, en su propósito de exaltación de una entidad colectiva, a una nación solamente, como el francés, sino a una raza esparcida por todo el haz de la tierra y constituída en nacionalidades diferentes con sólo el nexo del común origen racial y de una ideal vinculación de espíritu. En otra parte se estudiará la posibilidad de una orientación humana, no con el ensueño utópico de cerebros generosos, pero soñadores, sino como indeclinable consecuencia del creciente cosmopolitismo; baste ahora a nuestro empeño el patentizar la inmensa evolución del más genuino, sólido y glorioso

de los liberalismos, el inglés, y apuntar sus causas profundas.

En otros países las rectificaciones de los partidos y aun su completa inversión de posiciones son también hechos constantes y necesarios al desarrollo histórico de las naciones y a la existencia misma de aquellas entidades políticas; muchas de ellas, renuentes a toda adaptación vivificadora, han acabado por ser destituídas de toda significación actual y desaparecer. El conde de Chaambord, con gesto de fiera y noble dignidad, prefirió la muerte política a la abdicación de su bandera, y envuelto en los blancos pliegues flordelisados, como en un sudario, selló irreparablemente la extinción de un principio y la eliminación definitiva de una dinastía. El partido monarquista francés de hoy que, con la propaganda de un Charles Maurras, de un Paul Bourget, de un Lamaitre, ha revivido de un naufragio que se hubiera creido definitivo, es tan diferente del que emanaba del estado de alma de los cortesanos del Rey-Sol, simbolizado en el blanco pendón que Enrique V no quiso desgarrar como puede serlo un drama de Mirbeau de una tragedia de Racine o la ciencia de Claude Bernard de la de Ambroise Paré.

Si los republicanos, al desarrollar por tercera vez sus doctrinas en instituciones, hubieran intentado en 1871 preservar intacto el legado de ideas de sus predecesores de 1848, incurrieran en error por tal manera fundamental, que habría hecho imposible el advenimiento de la tercera república. Sin advertirlo acaso, tomaron del cesarismo napoleónico que combatían algunos esenciales principios y los incorporaron en sus programas como liga de metal inferior indispensable para la ductilidad y resistencia de la obra del orfebre El imperio cortó bruscamente, al parecer, el desarrollo del republicanismo; parece, pues, natural que al sucumbir aquél, éste regresara a la integridad de su credo y reanudara sin atenuación y sin discontinuidad el hilo de su vida y la tradición de su ideal. Pero no fue así: los principios de 1848 proclamados por

espíritus generosos, pero, si hemos de valernos de la expresión de Elíseo Reclús, «profundamente ignorantes de las dificultades precisas que implicaba la realización de esos principios», los hicieron detenerse o retroceder; los de 1871, aleccionados por una larga escuela de prueba y de rectificación, conservatizaron la república lo bastante para hacerla posible; en un movimiento progresivo de adaptación y en larga y penosísima experiencia, modelaron aquellas provechosas modificaciones que todo organismo requiere para subsistir y desarrollarse; he ahí otra revaluación intensa y fecunda de valores políticos.

En el capítulo anterior vimos esbozarse un nuevo partido entre las mas audáces avanzadas del socialismo francés que reniegan «de los falsos dogmas de 1789» a nombre del marxismo integral, y condenan todo régimen liberal de la concurrencia y del *Laissez faire* contrario a sus ideas de organización del trabajo; hace ya años que Jules Guesde y Paul Lafargue combatieron la declaración de los derechos del hombre, y hoy los *Antidemócratas de la extrema izquierda* declaran, con M. Lagardelle, «que la democracia pone en peligro el socialismo», y la combaten como añeja y funesta preocupación burguesa. Compárense estas declaraciones con las del marqués de la Tour du Pin Chambly (1), autoridad no discutida entre los aristócratas franceses, y se verán por centésima vez los puntos de estrecho contacto que existen entre los extremistas del pasado y los del porvenir, entre los fanatismos de la tradición y los fanatismos de la revolución. Pero es de la extrema izquierda del radicalismo filosófico aun más que de la de los colectivistas de donde viene la más áspera agresión contra los principios liberales. Nunca ni del más enconado seno de los partidos antirrevolucionarios, ni de las plumas de José de Maistre o de Bonald había brotado una negación más audaz y más fundamental de los principios democráticos que aquella que, a nom-

---

(1) *Aphorismes de Politique Sociale.*

bre de la ciencia y de la filosofía, opone a la libertad el determinismo; a la igualdad, la superioridad de los más fuertes, y a la fraternidad, la inmisericordiosa eliminación selectiva de los débiles. En la lógica irreductible de esa posición se llega al inmoralismo nietzscheano en sus más monstruosas y aberrantes proyecciones, se desconocen las más nobles conquistas del derecho, y en el natural desarrollo del aforismo de Jean Wéber, «la razón del más fuerte es la mejor razón», se legitiman y glorifican los atentados más odiosos, desde el del tirano que expolia y esclaviza a un pueblo, hasta el del brutal jayán que golpea y roba a un niño Ya se ha visto cómo, por dicha, las conclusiones de una ciencia más avanzada y más alta y las concepciones de una filosofía más moderna y más generosa, atemperan en unos casos, rectifican en otros y en algunos infirman las exageraciones de interpretación y las deducciones extremosas que a ciertas hipótesis científicas dan quienes han asumido el apostolado de la violencia especulativa, precursores del linaje menos inofensivo de los que han de hacer de ella una pavorosa realidad.

Los partidos de la gran democracia americana han bastardeado de su origen, y desprovistos de grandeza y de prestigio, apagada aquella generosa llamarada, de ideal que, siquiera sea el más utópico, constituye la íntima razón de ser, el noble resorte de toda colectividad política, difieren tanto de los que fundaron un Hamilton y un Jefferson, de los que ilustraron un Daniel Webster y un Lincoln, un Calhoun y un Clay cuanto pueden diferir la mentalidad y el carácter de un especulador de Wall Street de los de un puritano del *Mayflower*. Separa a éstos de esotros un océano moral, más ancho y más profundo que el de Atlante; a los antiguos trascendentales principios de la edad alciónica de la libertad americana, vibrantes de promesas y plenos de doctrinas, han sucedido cuestiones de un día, cuya misma intrínseca vulgaridad excluye de ellos toda posibilidad de elevación, y sobre las cuales flota de continuo la amenaza del *blackmail* o la sombra

de la corrupción y el peculado. Los partidos no han revaluado sus credos; los han abandonado. Presenciamos en los momentos precedentes a una elección presidencial, no concepciones políticas adversarias ni siquiera diferentes perspectivas económicas o comerciales, sino cuál de ellos comprende mejor y con más eficacia ha de cumplir idéntico propósito, el de limitar el poderío de los *trusts*, al propio tiempo que un tercero fulmina acusaciones que son—como dice M. A Caro de otro debate «escándalo de la historia y de la literatura»—tendientes a establecer la complicidad, si no de los candidatos sí de sus más connotados sostenedores, con esos mismos *trusts* cuya eliminación, constituye la única razón de ser de sus candidaturas y de sus banderas.... La alta virtud democrática que inspiró a Tocqueville está en vía de desaparecer; el debate que llenó los ámbitos de un continente con las resonancias del verbo de los federalistas y de los republicanos democráticos ha cedido el puesto al que busca o condena (y muchas veces condena y busca sin que la apariencia de lo primero excluya la realidad de lo segundo; las complacencias doradas de la *Standard Oil Company*) al espíritu que irradiaba de *El Federalista* o de las severas páginas doctrinales de Jefferson, ha sucedido el interés que en una prensa sensacional de donde el sentido moral está ausente, mueve las plumas de los innobles profesionales del libelo y de la difamación.

Vano empeño sería el que, en el rastrear de la inmensa parábola que han descrito los partidos en lo que va de historia norteamericana desde la adopción del código federal, aspirara a sorprender en ellos la nitidez de tendencias políticas firmemente delineadas como las de los partidos europeos y los de algunas de las repúblicas de Hispano-América. Suplen aquéllos la pobreza de doctrina y la *platitude* de prospectos con una disciplina fuerte y tenaz que, al favor de la frecuencia y multiplicidad de elecciones, de la colosal importancia de los intereses pecuniarios en ellas vinculados y de la frecuente carencia

de prestigios personales que deben suplirse por corporaciones directivas, convierte a los agregados políticos en potentes organismos, en maquinarias de incomparable eficiencia, a pesar de estar destituídos de la fuerza moral que dan un ideal levantado y una tradición gloriosa. El federalismo de abolengo aristocrático, y a pesar de su nombre, de tendencias centralizadoras, desapareció virtualmente en el primer cuarto de siglo pasado, sin dejar jirones de su bandera ni legado de sus ideas. Apagada esta fuerza, preponderante un día en la propaganda de Madison, de Jay y de Hamilton, interrumpióse toda actividad política durante el período que ha pasado a la posteridad con el nombre sereno y pacífico de *éra de la buena voluntad*. Sólo hacia 1830 los republicanos democráticos de Jefferson, llamados ya simplemente demócratas, vieron alzarse ante ellos el partido *whig*, el cual hubo de eclipsarse ante los nuevos republicanos, que desde 1856 habían de llenar los anales humanos con aquel tremendo y perdurablemente glorioso conflicto que acabó con la esclavitud y cimentó la unidad de la república (1). Antes de este culminante vértice de la vida pública americana y después de él, varios partidos han surgido—flores de un día—para desaparecer con la transitoria combinación o el interés efímero que les dio el sér. Señálase, empero, uno entre ellos que por la distinción de las personalidades que lo constituyeron, por el valor civil que desplegó al reconocer y condenar las faltas del partido de donde se desprendía, y por la inusitada elevación de sus propósitos puede considerarse, en esa tierra feliz de todas las iniciaciones, como el tipo profético de los partidos del porvenir. Nos referimos al grupo de republicanos independientes que ronpió toda solidaridad con Blaine en 1884, y que fue bautizado por sus adversarios con el extraño nombre de *mugwump*.

Vinculación de superiores capacidades políticas, cuyo

---

(1) James Bryce, *The American Commonwealth.*

concepto de la autonomía personal les vedaba el sometimiento incondicionado a las exigencias de los partidos, es el *mugwump*, en rigor, más bien una escuela política que un partido; es el espíritu cuyo honrado latitudinarismo se coloca fuéra de los partidos y encima de ellos; no es una falange, es una teoría que inscribe en sus armas el lema del florentino inmortal: «Aquel a quien los gibelinos llaman güelfo y los güelfos gibelino, ese está en lo cierto». Acaso a los desarrollos que a esa iniciativa reserve el porvenir cumpla efectuar la reconciliación del idealismo político con la gran república y restituír—disipado el intenso, pero pasajero eclipse que hoy presenciamos—al amor y a la admiración de los espíritus generosos la patria de Washington y Henry Clay, de John Brown y de Lincoln, de Channing y de Emerson, de Poe y de Walt Whitman.

Las intensas revaluaciones que de sus principios fundamentales han hecho los partidos modernos en el decurso de la última centuria; la formación frecuente de nuevas agrupaciones políticas y también su frecuente eliminación; los cambios e inversiones de puntos de vista; las transacciones de las ideas más intrínsecamente adversarias; la integración transitoria de los elementos más antagónicos, fundidos, como metales de leyes diferentes, para troquelar la moneda que imponen la necesidad de un día o las exigencias de una situación; las subdivisiones de un mismo partido en elementos que exhiben unos contra otros, dentro de la común denominación, esa ardentía de acometividad, que hizo observar a Tocqueville: «No son los colores, son los matices los que más combaten entre sí»; los períodos de estancamiento de toda actividad política y la consiguiente disociación casi absoluta de los partidos; luégo su inesperado renacer camino de metas desconocidas, todo ello es parte a disminuír el prestigio y a entibiar el culto de estas divinidades del mundo moderno, crueles a las veces, siempre exigentes o inexorables. El despotismo político, que tantos raudales de elocuencia ha desatado contra sí desde que los hombres han podido esgrimir

una pluma o escalar una tribuna, antójase liviano y fácilmente remediable ante aquel otro despotismo de los hábitos, estudiado de manera tan penetrante por Stuart Mill. Muchas veces se conserva de hecho una creencia o una superstición que se han rechazado en el nombre, o por inverso modo, se mantiene un nombre que corresponde a un hecho que há mucho tiempo se abandonó; si alguna vez se tiene el valor de rectificar un principio, casi nunca se tiene el de abandonar una denominación y la deserción de las doctrinas se estima en ocasiones menos grave que la deserción de los partidos, cuando el caso llega—y llega con frecuencia—de que para seguir a éstos haya que desdeñar u olvidar aquéllas.

Aparte de la superstición específica de un principio determinado que la razón rechaza, pero que el hábito mantiene, hay una superstición genérica, si vale la expresión, que no es la de un partido, sino la *de partido* en general. El instinto gregario—herencia de las épocas de esclavitud—se impone y triunfa a pesar de todos los alardes de independencia individual y libre pensamiento, y suele ser complementado y fortalecido por otro más militante y combativo: el instinto sectario. El hombre, desde las épocas de la prolitia y de la propiria, anhela una entidad ante la cual prosternarse y busca un gremio, una confraternidad que le proteja, de la cual se sienta parte integrante y necesaria, elemento que dignifique y cuente; para colmar esa necesidad racial e innata, y a falta de otro, se forja un ídolo, lo llama «mi partido» y a él rinde todas las ofrendas, hasta la de la vida. No importa que esa deidad no corresponda a un concepto claro o a la concreción de un orden de ideas; no importa que, aun correspondiendo, éstas no se analicen, ni se avaloren, ni se comprendan. Nó; esa deidad llega a sustituírse a todo, a exigirlo todo, a tomarlo todo; a ella se hace el sacrificio de la familia, de la patria, de los principios: por ella se mata y por ella se muere. Tal parece que la infortunada estirpe de Caín y de Prometeo, vinculada a la esclavitud y

al error, llevase el estigma de una eterna subordinación mental que la hace levantar nuevos ídolos sobre aras despobladas y ya barridas por la razón. Conräder, en su *Caída de Cartago*, de esa selección de obras supremas que se llama el *Maximilianeum* de Munich, impone a nuestro espíritu una de las más trágicas revelaciones de la historia. Detrás del asunto principal en que Escipión dicta al bruno Asdrúbal de la barba asiria, aherrojado, pero fiero aún, las duras condiciones del vencido, aparece un fondo de siniestra y terrible grandeza: la ciudad arde; las multitudes, enloquecidas por el terror, huyen ante el fuego y ante las legiones romanas, y allá a lo lejos, entre el humo y las columnas que se desploman y sobre la lividez del incendio, proyecta la estatua de Moloch. su cabeza de toro sanguinario; el pueblo corre a las plantas del horrible dios, y las madres, en el vértigo de la desesperación, estrellan a los niños de pechos contra el pedestal de la estatua para aplacar al ídolo insaciable. En las democracias americanas el espíritu de partido ha sido el Moloch ebrio de sangre a quien se le ha ofrecido a torrentes el rojo licor. Ya puede verse, empero, cómo se reducen a sus verdaderas proporciones esas divinidades implacables y omnipotentes cuando se las somete a lo que Hegel llama «la terrible disciplina del conocimiento propio», disciplina que ha de llevar inminentemente, hay que esperarlo, a una de las más hermosas conquistas del espíritu humano: el libre examen político.

CAPITULO VI

Las supersticiones democráticas

Si al derecho divino de los reyes ha sucedido el derecho divino de las asambleas, al de éstas se sustituye alguna vez el derecho divino de las multitudes; la dinastía de las divinidades tutelares se democratiza, y la superstición que las forja—una en esencia, aunque asuma en su

exteriorización formas diferentes y entre sí antagónicas—depone, como el maligno espíritu en el drama de Goethe, su antiguo arreo de arcángel miltoniano, para gastar el ferreruelo estudiantil o el rojo airón de los tumultos y de los carnavales callejeros. El proverbio que atribuye a la voz del pueblo el maravilloso dón de infalibilidad y justicia privativas de la voz de Dios no se confirma, desgraciadamente, en los más trágicos y decisivos momentos de la historia. Desde las turbas que ante el árbol de afrenta escarnecieron, a nombre de la tradición y de la ley antigua, la doble majestad del martirio y de la excelsitud moral en la personalidad de Cristo, hasta las que a nombre de la nueva ley y de la revolución inmolaron a los prisioneros de las cárceles de París en las aciagas jornadas de septiembre, el impulso de las multitudes representa cuanto hay de más inconsciente e irrazonado en las acciones humanas; cuanto en éstas se acerca más a la brutal y ciega fatalidad de las fuerzas de la Naturaleza. Querer allegar un átomo de razón a esas impulsiones instintivas sería tanto como pretender discutir con el terremoto o vencer al ciclón; discernir un prestigio moral a esas energías primitivas o hacer a la multitud árbitro de sentencias inapelables, o medir el valor de una acción, o el mérito de una actitud por el aplauso, o el vituperio de esa deidad caprichosa y versátil, es desconocer la íntima inconsciencia de sus juicios, la impulsibilidad de sus actos, el simplismo de su criterio, la ductilidad a las peores sugestiones y su veleidad en los más trascendentales propósitos. Jorge Brandes plantea la fórmula algebraica: «La turba no suma 1 + 1 + 1 + 1 hasta la suma total de las unidades, sino 1 + 1 + X; X, es decir, bestialidad que se desarrolla en los individuos cuando se convierten en turba» (1).

En las épocas en que se solicitan sus sufragios como la más

---

(1) Brandes. *Le grande Homme, origine et fin de la civilisation*, página 22.

alta sanción y se la adula como la deidad más poderosa, la razón vela ante el tumulto la faz pudibunda, y sólo imperan en el mundo los dictados delirantes de la pasión. Puede afirmarse que si hay en la multitud un espíritu y una conciencia, esa conciencia y ese espíritu cualitativamente inferiores en muchos grados a los de cada uno de los individuos que la componen (1), son un espíritu informe y una conciencia oscura y primitiva de donde la verdad y la justicia no emanan sino rara vez, en ráfagas momentáneas, en inspiraciones tornadizas y efímeras como las olas del sentimiento popular que una palabra inflama y otra palabra desvanece.

Muchos rectos caracteres, muchas inteligencias esclarecidas se prosternan ante el supremo tribunal de los tiempos modernos: la opinión pública, sin pensar que en algunas ocasiones ella no es sino la pasión colectiva, no siempre legítima, y en otras el general extravío, no siempre inocente; la arenga del Stockman de Ibsen que Rodó cita, es la consignación de un hecho frecuente y desconsolador: «Las mayorías compactas son el enemigo más peligroso de la libertad y de la verdad». Cuando esa mayoría se llama el pueblo o la nación, es decir, la inmensa masa incontrastable que sugestiona o inspira, modela o conduce aquel que sabe abatir su inteligencia al nivel inferior de la de ese sempiterno niño, y le habla su propio lenguaje, y sin escrúpulo halaga sus más reprobables apetitos, entonces, si encaminada contra el iniciador de un espíritu ,nuevo, de una revelación superior de la verdad o de una original concepción de la filosofía, de la ciencia o de la política, esa mayoría detiene por siglos y a las veces hace malograr definitivamente la siembra de ideas que el pensador solitario confía a la inerte gleba del presente para que fructifique en el porvenir. Hombres honrados y que individualmente serían inofensivos, cometen, en las sediciones y tumultos, crímenes inaudi-

---

(1) Le Bon, *Psychologie des Foules*, caps. I y II.

tos (1). No es una corriente unánime ni una mayoría poderosa, sino un grupo desamparado y casi siempre una sola mente de elección, quien señala a los pueblos, en los momentos de extravío o en la tenebrosidad de las regresiones, la vía de salud y las cúpulas de la ciudad futura. No es de un gobierno, así sea el más despótico de ellos, de donde parten para ese pensador o para ese grupo las más aviesas asechanzas y las persecuciones más implacables; es la sorda hostilidad de la opinión dominante, la tácita reprobación de las mayorías, la abrumadora adversidad del medio, la que niega el aire y la luz, la que aísla en una suerte de cuarentena moral a los audaces que denuncian el prejuicio universal, y sacuden, arrojando indiscretas chispas, la antorcha de la verdad sobre el espeso manto de tinieblas en que las multitudes se envuelven obstinadamente para envolver la luz. Si los hombres de genio o de inspiración hubiesen cedido, en su tiempo, a las presiones de la opinión de entonces, habríase retardado centuria tras centuria el advenimiento de la mayor parte de las grandes reformas religiosas y políticas, de los grandes descubrimientos geográficos, de las revelaciones científicas, de los maravillosos inventos industriales, de los sistemas filosóficos, de las creaciones artísticas, de las concepciones literarias, de todo cuanto forma el superior acervo de la civilización contemporánea. Porque la opinión dominante en una época, hostil a todo eso por su instintivo conservatismo, no la compone siquiera el promedio de las inteligencias, que siempre es vulgar, sino algo todavía menos elevado que ese promedio. Todo paso decisivo en el avance humano obra es de las voluntades incólumes y de las mentes superiores que se han atrevido a tener razón contra los demás, sabiendo hacer suya la altiva divisa del viejo romance castellano: «Yo contra todos y todos contra yo».

Las mayorías parlamentarias, por su especial psicología,

---

(1) C. Siebele. *La folle délinquente*.

por las circuntancias que presiden a su elección y por la casi completa irresponsabilidad individual de quienes la componen, están particularmente expuestas a los extravíos de la ceguedad y de la pasión. Dice Bernard Shaw en su originalísimo *Manual del revolucionario* que las democracias sustituyen el nombramiento de los corrompidos pocos por la elección de los incompetentes muchos. Sin dar excesiva importancia a las paradojas del genial dramaturgo que triunfa en el teatro inglés, sí puede afirmarse con Le Bon la relativa inferioridad mental de los cuerpos colegiados, magüer los formen o en ellos aparezcan intelectualidades de excepción; la sugestión los domina y se observan en ellos casos de inconsciencia imposibles en cada uno de los individuos que los componen. «Las decisiones que tanto se nos han reprochado—dice en sus memorias el famoso convencional Billaud Varennes—no las queríamos frecuentemente el día anterior; la crisis sola las suscitaba». ElprofesorLowel consigna alarmado la creciente e incondicional subordinación de las mayorías del parlamento inglés a las sugestiones de los leaders de los partidos y denuncia la nueva forma de absolutismo, perfectamente irresponsable, que por este medio puede ejercer un hombre sobre todo el imperio.

Cuando se debatió en uno de nuestros congresos la cuestión más grave, acaso, que se haya presentado nunca a la representación nacional del pueblo colombiano, tuvimos una revelación de la manera como se forma y modela la mentalidad colectiva en los momentos de las crisis decisivas de las naciones. La fatalidad de las circunstancias, mucho más que la iniciativa de los gobiernos y de las cancillerías, había impuesto un tratado gravísimo con una nación poderosa y absorbente, habría sido preferible que el tratado no se firmase por el representante colombiano, pero estaba firmado; no era ni con mucho todo lo que el patriotismo podía ambicionar, pero era acaso lo más que la dura realidad de las cosas permitía obtener; el deber supremo de la representación

nacional no era el reproche retrospectivo, siempre fácil y siempre estéril, sino la confrontación firme y serena de la situación real ya creada, y el buscar dentro de ella la vía, que asegurara a la república el máximum de ventajas o si se quiere el mínimum de males; no era lamentar lo que podía haber sido, pero no era, sino el descubrir, dentro de lo que era, la mejor solución, no deseable, sino posible. Si había lugar a sanciones contra los creadores de tal situación (cuestión por demás compleja) quedaba tiempo para imponerlas, pero no se podían gastar en eso los preciosos momentos que la patria reclamaba para su salvación. En el ánimo de los congresales, dicho sea en honor suyo, pesaban sin duda las consideraciones de celo patriótico y de respeto a su concepto del estatuto nacional; pero pesaban más, dicho sea en honor de de la verdad, las consideraciones políticas y las pasiones del momento; las primeras hubieran podido en rigor conciliarse y encontrarse al fin un temperamento que armonizara los fueros de la integridad nacional con los intereses eminentes de la otra potencia signataria y la imposición de las circunstancias; las segundas fueron inconciliables e irreductibles. Juzgóse que el desventurado pacto implicaba un interés primordial del gobierno y se enarboló su negativa como flamante bandera de oposición; para los congresales—todos ellos individualmente personas respetables—la consideración del incalculable mal que podía sobrevenir al país desapareció; ante los dictados del odio banderizo; llegaron a imaginarse, por una de esas alucinaciones tan frecuentes en los momentos de exaltación, que el daño que podía resultar de su actitud alcanzaba al presidente y no a la patria; no se detuvieron a reflexionar que el mandatario, hombre anciano, rico y sin ningunas ambiciones, nada perdería personalmente con ello y que a la república sí podría colocársela al borde de un abismo, exponiéndola a las humillaciones y a la mutilación; procedieron como la tripulación que para hacer mal al capitán hundiese el barco que los lle-

vase a todos, y el mal se consumó. Como este ejemplo nos suministra centenares la historia de los cuerpos deliberantes, que son a pesar de todo las mejores formas actuales de intervención de los pueblos en el manejo de sus propios destinos.

La historia de las aberraciones de la humanidad, de los inconcebibles extravíos del criterio público, es algo profundamente desalentador e inquietante; al reconstruírla, se comprende cómo puede su recuento imprimir ese sello de triste resignación, fruto de la experiencia, o ese gesto de fiera rebeldía, brote de la indignación, que aparece sobre la faz de todos los que han sentido el trágico derrumbamiento de la fe en el hombre y la dolorosa inanidad de la vida. Cuando presenciamos uno de esos irritantes abusos de la fuerza brutal, uno de esos crímenes cuya reparación no se alcanza a ver, vibra aún en un pliegue de nuestra alma la esperanza de que la reprobación de la conciencia humana, incorruptible y superior a los egoísmos de la política y a las cobardes claudicaciones de la diplomacia, pese a lo menos como última sanción sobre el detentador de los derechos de los débiles. Ilusión; la experiencia demuestra que el éxito afortunado alcanza también a corromper ese supremo tribunal, y reservado está a las inultas víctimas el doble ultraje de presenciar cómo la aceptación de las naciones legitima el despojo y cómo el aplauso universal consagra al despojador con el nimbo de los benefactores de la humanidad. La razón puede recusar altiva el veredicto de la opinión pública, no sólo de un país, sino del mundo entero, cuando aparece, como en el caso muy ilustrativo que se verá en seguida, que en las decisiones de esa opinión pesa más el poder que el derecho y se tienen más en cuenta las consideraciones de la política que los fueros de la equidad. El Gobierno de los Estados Unidos de América estaba solemnente obligado, por un tratado público en vigor, a garantizar a la república de Colombia su soberanía sobre el Istmo de Panamá. Los términos de ese

tratado eran absolutamente claros, incuestionables, y habían sido en repetidas ocasiones invocados y ratificados por la Unión Americana. Vino, empero, un día en que el gobierno de la gran república, inspirado y representado por el presidente Roosevelt, creyó que a sus intereses convenía la cesación de la soberanía de Colombia sobre la región ístmica, y entonces procedió a la mutilación de la república, cuya integridad territorial le ordenaban garantizar las leyes de las naciones y las leyes del honor. Esa es la íntima y nuda realidad de las cosas, pues el expediente de fomentar motines cuartelarios por medio de la corrupción y el soborno de las tropas, lejos de atenuar, reagrava y recarga de odiosos caracteres la violación de la fe pública y el inaudito atentado internacional. ¿Habrá necesidad de establecer sobre qué bases reposa la paz del mundo y cuál es el mandamiento de honor de las naciones? «Es un principio esencial de la ley de las naciones—dicen los protocolos de la famosa conferencia del Mar Negro, el 17 de enero de 1871—que ninguna potencia puede por sí sola libertarse de las obligaciones de un tratado, o modificar sus estipulaciones sin el previo consentimiento de la otra parte contratante y por medio de arreglos amigables». Eliminar el sentido del honor de las relaciones internacionales, por medio de violaciones que hieren de muerte el derecho público externo, es destruír toda base cierta, toda esperanza de permanente paz en el mundo; semejante golpe a la moralidad universal es la regresión a las peores formas de la barbarie, es la sustitución del estado pirata al estado caballero, es la sociedad de los pueblos convertida en horda, en la cual el más fuerte puño atrapa la mejor presa y en donde la violencia es el único título de propiedad. ¡El incalificable procedimiento del gobernante de Washington contra la república de Colombia no suscitó en la prensa mundial, vocero del pensar común, una sola palabra de reprobación; la víctima no encontró, con una noble y única excepción, un solo acento de simpatía, y el victimario, colmado de honores

y de aplausos, llegó a aparecer ante el mundo, *eironeia*, como la encarnación del sentimiento de la paz y de la fraternidad humanas! No ignoramos cuál fue la *pose* internacional que valió a Roosevelt el premio Nobel, y magüer sus fáciles gestiones de Portsmouth expliquen lo de la escogencia, no deja de ser un cruel sarcasmo eso de discernir el premio de la paz y de la conciliación civilizada a quien ejecutó el bárbaro atropello de violar un tratado y el acto de guerra, de la más injusta y artera de ellas, de mutilar sobre seguro el territorio de una nación amiga que estaba solemnemente obligado a defender. En las consagraciones de otro linaje de glorias vemos también aberraciones que no corroboraría con sus sufragios ningún espíritu que se respete, y que no obstante triunfan en la opinión y perturban el juicio de los hombres creando una atmósfera de convencionalismo y de mentira que muchas veces no se disipa jamás y que justifica el acervo teorema de Bernard Shaw: la burocracia se compone de funcionarios, la aristocracia de ídolos, la democracia de idólatras.

El creer que muchos pueden interpretar una idea política, defender un sentimiento y comprender los intereses públicos mejor que unos pocos, es una alucinación de la democracia tan difícil de desvanecer, como el más arraigado de los prejuicios religiosos; los dogmas políticos, pesados en la balanza y hallados faltos no dejan por eso de imponerse todavía luengos años al espíritu esclavizado por la plasmante presión de la creencia unánime. La ligereza de los fallos colectivos que crean o destruyen *reputaciones* y endiosan o inmolan personalidades con la misma pavorosa inconsciencia, es un fenómeno mórbido que la ciencia tiene ya estudiado y calificado. En una de nuestras ciudades de provincia, y durante la celebración estruendosa de algún triunfo de bandos en guerra civil, una muchedumbre embriagada de entusiasmo *patriótico* y de fanatismo banderizo, seguía al són de la música y de los cohetes a una especie de pregonero que iba lanzando *evoes*

frenéticos a su partido y a los héroes de su partido; detrás de aquel vocero de la emoción partidarista, un personaje dictaba en voz baja los nombres que debían aclamarse: «¡Viva el general X!» «¡Viva el coronel Z!». El pregonero repetía y la muchedumbre asordaba los espacios con el clamor de sus apoteosis; deseoso de evitar «¡mueras!» para que aquel ardor no degenerase en alguna pedrea a los adversarios, el personaje que dictaba los gritos murmuró al oído del pregonero: «Mueras, a nadie». «¡Muera Sanabria!», repitió el pregonero, a quien el entusiasmo endurecía el oído. «¡Muera Sanabria!», vociferó con ira el populacho, resuelto a sacrificar a aquel Sanabria imaginario, convertido de repente—gracias a un error de audición—en enemigo público y en blanco de un odio tanto más intenso, cuanto más irrazonado. En nuestra turbulenta vida democrática, hemos visto perseguir con saña de Shylock a muchos personajes por crímenes tan reales como el del Sanabria de la *patriótica* manifestación. El venticello de don Basilio, deforma de la más absurda manera los más vergonzantes rumores, una prensa inescrupulosa los acoge y los lanza a los cuatro horizontes de la publicidad; ese es en muchos casos el fundamento de la opinión y la ilustración del criterio emotivo sobre un hombre o sobre un acontecimiento.

La surgente de donde brota en los modernos tiempos la inspiración del juicio público, la prensa, institución fundamental de la democracia, no puede concebirse sin libertad, porque es imposible sin responsabilidad, y el sentido íntimo de la libertad es la responsabilidad; el hombre sano y libre es responsable, sólo los alienados o los fatuos o los niños, es decir, aquellas personas de capacidad cívica inferior, no lo son. Y la libertad no puede tener otro límite que el derecho de los demás, pero es necesario que lo tenga y que ese límite sea una muralla infranqueable y sagrada como las de la ciudad de metal de la leyenda árabe. Pues bien; esa institución vive muchas veces en el real interdicho y se alimenta sólo de las violaciones, de lo

que debería ser inviolable: la dignidad de las personas En Inglaterra, país en donde la libertad de la prensa ha alcanzado las formas más altas, su responsabilidad asume también las sanciones más eficaces, y de ambas condiciones nace su moralidad y su eficiencia. A un gacetillero anónimo se le ocurrió un día emitir desde las columnas del *Daily Mail* un concepto desfavorable contra la Sunlight Soap Co.; la ligereza de su corresponsal costó al diario populachero sesenta mil libras esterlinas, y le hubiese costado el doble si la compañía agraviada no hubiera accedido a una transacción. En un país en donde eso sucede, el concepto de la prensa tiene y debe tener una influencia y una respetabilidad que le equiparan a un cuarto poder constitucional; en donde esa responsabilidad no existe, ora por las leyes, ora por las costumbres, tampoco se puede aspirar a esa libertad y a esa respetabilidad. Estas implican necesariamente esotra, y esa correlación tiene su lógica irreductible; esa es la razón por la cual, a pesar de los más generosos esfuerzos, la prensa como institución fundamental no ha tomado arraigo entre nosotros y no ha sido en muchos casos más que un ídolo del Foro, que se erige o se derroca según sea la moda política que impere.

Observan los psicólogos que la facultad de apreciar los matices constituye el rasgo más relevante que diferencia una inteligencia desarrollada de otra que no lo es. Para el criterio simplista de los salvajes no existe sino lo bueno y lo malo, lo blanco y lo negro, sin que sus sentidos rudimentarios puedan apreciar las infinitas transiciones, las innúmeras graduaciones de luz y de calidad que caben dentro de los dos términos extremos que se imponen a su mentalidad primitiva. «Donde el criterio cultivado—dice Rodó—percibe veinte matices de sentimientos o de ideas, para elegir de entre ellos aquel en que esté el punto de la equidad y de la verdad, el criterio vulgar no percibirá más que dos matices extremos para arrojar, de un lado, todo el peso de la fe ciega, y del otro, todo el peso del odio iracundo». El criterio de los demagogos está a esta altu-

ra, y el de las multitudes por ellos sugestionadas y extraviadas está a un nivel inferior; así como nada hay más lastimoso que la abdicación de la inteligencia o del carácter a las imposiciones del tumulto, tampoco hay fenómeno más explicable y lógico que el de esa íntima correlación que se establece entre los sentimientos y las ideas de las masas y los de los declamadores de la plaza pública o los profesionales del libelo, auténticos exponentes de una mentalidad de impulsiones irrazonadas.

No es extraño, pues, que tal correlación suela ser parte a identificar ante la distinción y la delicadeza de un criterio superior las consagraciones de la popularidad con los estigmas inequívocos de la vulgaridad. Si, como lo declara Le Bon, por el solo hecho de hacer parte de una muchedumbre, un hombre individualmente culto desciende varios grados en la escala de la civilización, el ser verbo aplaudido o intérprete genuino de esa muchedumbre son presunciones poderosas a graduarle de instintivo, pues nunca será ídolo de las masas quien como ellas no sienta y piense y quien hable un lenguaje superior al de las elementales capacidades colectivas. El gesto de alto desdeño o la severa renunciación del pensador, jamás conquistarán el sufragio público, aunque a la larga es la recogida severidad del pensamiento y no la declamación de la plaza pública el cincel que esculpe la conciencia de un pueblo. El ostracismo perpetuo a que todos los regímenes someten a las más altas intelectualidades, según Alfredo de Vigny, resulta nimbo prestigioso con que el juicio posterior de las *generaciones corona la frente de quien no* la inclinó al halago del día ni cortejó el favor público al precio de la infidelidad consigo mismo. Un Boulanger o un Deroulede, como meteroros brillantes, trazan un instante su raya argentada en el espacio y pasan; un Taine esplende sobre el horizonte del espíritu humano como una estrella lejana, pero fija; el meteroro deslumbra, la estrella guía; el meteoro se impone bruscamente a todas las miradas, pero nadie recordará mañana su posición y los efímeros mo-

mentos de su esplendor; el ojo vulgar no distinguirá acaso la estrella en lo infinito del firmamento, pero ella está allí, inmutable y serena, como una cristalización de éter y de luz. El héroe popular puede tener el valor y el entusiasmo, la fuerza, la fe de los seres primitivos, como tiene su violencia, su espontaneidad, su inconsciencia, la estrechez de su juicio y el arranque de sus acometividades; es un producto nativo y bruto, sobre el cual la pátina de la cultura y el castigo del razonamiento no han impreso su acción desbrozadora de las asperidades naturales. Bien pueden medirse los grados de refinamiento de un espíritu por la ingenua admiración que en él despierte ese exponente original de las energías milenarias y de las herencias bárbaras de la raza.

Si los pueblos tienen una personalidad moral, si existe una conciencia nacional, ella no aparece en los movimientos reflejos de las masas turbulentas; se elabora silenciosamente en el retiro de los hombres de estudio, en la cátedra discreta, en el perseverante y modesto esfuerzo de las clases medias, en que conviven las jornaleras labores de las profesiones liberales, de los agricultores, de los industriales, de los pequeños comerciantes, de cuantos en la acción de presencia de todos ellos, por mesurada e invisible que sea, forma, a fuer de sana y vigorosa, el carácter de una nación, pero de allí no brotan las iniciativas políticas y en su seno no se forja el rayo de las revoluciones, histéricos sacudimientos de donde suelen la premeditación y la coordenación estar ausentes y faltar, lastimosamente a veces, la justicia y la oportunidad.

Cuando el espíritu se encuentra en presencia de uno de esos ingentes movimientos de los pueblos, de una de esas revoluciones formidables y sangrientas que parecen cambiar la faz de las sociedades, el irrecusable sentimiento de justicia que vigila en el fondo de nuestro sér, quisiera encontrar allí uno de esos grandes actos reparadores de las viejas iniquidades; quisiera ver en las revoluciones una reivindicación severa, pero justa de derechos largo tiempo

desconocidos y de los agravios inultos; un estallido incontenible de indignación contra la injusticia impunida y triunfadora. Un estudio más cercano de tales acontecimientos hace cambiar substancialmente la primitiva luz que a nuestros ojos los mostraba, los justificaba y los engrandecía. Los pueblos no se indignan contra las tiranías seculares que ellos, las más de las veces, han provocado con sus extravíos o hecho posibles con su pasividad; reservan su alta indignación para los gobiernos que inician la éra de las reparaciones, para los gobiernos que escuchan, para los gobiernos que ceden. La vara de hierro no suscita indignación sino cuando ha sido depuesta; el despotismo no los subleva sino cuando principia a dejar de serlo; Luis XIV hace pesar durante setenta y dos años el más depresivo de los absolutismos y Luis XV durante cincuenta y nueve la más corrompida de las tiranías, sin que a sus oídos llegue otra cosa que el himno sempiterno de la alabanza cortesana, que los opresores no se cansan de oír, y mueren tranquilos en su lecho y satisfechos de su obra. Adviene Luis XVI, y por un complejo cúmulo de circunstancias, que no infirman la observación general que aquí se consigna, él, el rey bueno, el rey bien intencionado, tan apartado de la irritante soberbia de Luis XIV_0 como de la repugnante disolución de Luis XV, ve desencadenarse contra sí la más grande y la más trágica de las revoluciones, y muere en el cadalso. Los pueblos reservan su altivez para los gobernantes débiles o benévolos y ceden ante la mano de hierro de los domadores de hombres; decapitan a Carlos I y entronizan a Crómwell; toleran un Enrique VIII y matan a un Enrique IV. Alejandro II de Rusia cumple con raro valor una de las revoluciones más intensas de la historia: la emancipación de los siervos, y le fulminaron....; ¿por los reaccionarios cuyos intereses vulneraba y cuyas preocupaciones hería? no; por los revolucionarios cuyas quejas oía y cuyas aspiraciones realizaba; de suerte que en las revoluciones hay un fondo de injusticia aberrante

que hiere nuestros más arraigados principios de elemental equidad.

Durante los luctuosos días de la revolución rusa pudimos presenciar y patentizar el fenómeno que se apunta; las concesiones del zar parecían exacerbar el ánimo revolucionario, y cada síntoma de que cedía a la opinión, señal era de exigencias cada vez más audaces, de encono cada vez más fiero; si hubiese persistido en sus veleidades liberales. conservado la primera Duma y dádole más atribuciones, a estas horas probablemente estaría destronado y tendríamos la república de todas las Rusias; se acordó, empero, de que era descendiente de Iván el Terrible, respondió a las bandas rojas con las bandas negras, disolvió la Duma y la revolución se detuvo. A la Bulgaria no se le ocurrió proclamar su soberanía, ni a la Creta anexarse a Grecia, ni a Austria incautar la Bosnia y la Herzegovina mientras en Constantinopla pesaba un despotismo asiático, mas triunfa el espíritu nuevo, los Jóvenes Turcos coronan una de las más hermosas revoluciones que registran los siglos, implántase en la Sublime Puerta un régimen constitucional y liberal, y entonces todos se conjuran para arrebatar al monarca constitucional lo que no se habían atrevido a pedir al déspota omnipotente.

En nuestros países presenciamos a diario tal aberración del sentimiento público. En Colombia las tres guerras más sangrientas, más largas y más populares, se le hicieron precisamente a tres de los magistrados más respetuosos de la ley y deferentes a la opinión: los señores Mariano Ospina, Aquileo Parra y Manuel A. Sanclemente. La intensidad de las revoluciones *está en razón directa de la bondad* del gobernante a quien se le hacen, e inversa de los agravios que haya recibido el pueblo que las hace. El autoritarismo y la intolerancia son para la multitud sentimientos muy claros que comprende y practica y que acepta cuando hay quien se los mpone; respetuosa de la fuerza, desdeña la bondad, que no es a sus ojos sino una forma de debilidad; simpatiza con el amo que la enfrena, y si aplas-

ta al déspota caído, no es por serlo sino, porque, su fuerza perdida, entra ya en la categoría de los débiles, a quienes se desprecia porque no se teme. En su psicología elemental, es el temor uno de los resortes más eficaces de su acción, y se prosterna ante César, sin dejar por eso, cuando el caso llega, de aclamar a los asesinos de César; en el entusiasmo que le suscita Bruto, no encuentra otra forma de aplauso y de recompensa que el de proclamarlo nuevo César. El carácter moral del demagogo al lado de las multitudes y el del cortesano-adulador de los reyes o a los gobiernos es en el fondo idéntico; ya lo han observado Aristóteles y Burke, citados por Saint Beuve. Los cortesanos, el de arriba y el de abajo, tienen la misma mentalidad y la misma bajeza; ambas miras son igualmente interesadas e idénticos los propósitos; sólo que en un caso el déspota tiene una cabeza y en el otro tiene quinientas mil.

La demagogia es la aparente aliada de la democracia y su evidente enemiga; es el cuerpo de francotiradores situado a vanguardia que extravía, desprestigia y hace odioso el ejército; es la exageración del principio, que viene a infirmar el principio mismo. La actitud envenenada de un Cleón, de un Simias o de un Lacrátides, al extremar sus acusaciones contra Pericles, parte de un concepto plausible, el de la defensa de los intereses públicos, pero llega a un resultado funesto, la persecución de los públicos servidores; brote de celo patriótico, se convierte en sevicia de innobles pasiones y concluye por allegar, por acción reactiva, nuevas fuerzas a las oligarquías que pretendía destruír y por atraer sobre sí la reprobación universal. En Roma es ella el instrumento pavoroso de las más descaradas formas de la ambición; el populacho que el odio lanza contra los ciudadanos es una mezcla informe de cuanto más bajo acumulan, en el subsuelo de las grandes ciudades, la miseria y el crimen en su siniestro connubio; multitud inmunda y terrible de gentes sin familia y sin patria—dice Gastón Boissier—colocadas por la opinión general fuéra de la ley y de la sociedad, no tenían nada que respetar

porque nada tenían que perder: «libertos desmoralizados por la servidumbre a quienes la libertad no había hecho sino dar elementos para hacer el mal», gladiadores adiestrados en la matanza de las fieras y de los hombres, esclavos fugitivos y criminales de todas las razas, hé ahí el elemento con que los demagogos concurrieron al aniquilamiento de la república. En la Revolución francesa las formas de la demagogia, si menos espantables que en Roma, fueron no menos aciagas para la democracia, sobre la que arrojaron, como túnica inflamada de Neso, la sangre de Septiembre y la locura sangrienta de las Euménides de la guillotina. En nuestras repúblicas ella ha sido, por dicha, más una marea de verbalismo intemperante que una posiniva actuación social, pero si el espíritu e intención fuesen horma evidente para la apreciación de los bandos y de los tombres, podría señalarse en la túrbida elocuencia de la plaza o en las hojas del innoble libelo más de una larva de agitador que aspiró a Saint-Just y sólo alcanzó a Hebert. En Hispano-América el espíritu demagógico, sin apreciable influencia en los serios debates de la política, va a confundirse y perderse como burbuja en el Maelstrom hervidor, en el vórtice de las guerras civiles.

Alguna vez se ha sostenido, de justificación a guisa, que las guerras civiles hispanoamericanas, brotes de la desesperación de los oprimidos, son causadas por los malos gobiernos. Los gobiernos han sido malos, y en muchos casos sus abusos bastantes a justificar una protesta armada, pero no ha sido esa la íntima razón del histerismo de nuestras sangrientas convulsiones. En Hispano-América se tolera cuarenta años al doctor Francia y se derrota en quince días al doctor Lisardo García; triunfan las insurrecciones contra un gobierno constitucional y son impotentes las que se hacen a una tiranía; las justas reivindicaciones populares nada tienen que hacer en esas orgías de sangre; los derechos de la inmensa masa anónima, conculcados o desconocidos antes de la guerra, cuando impera el partido A, conculcados y desconocidos continúan después de la

guerra, cuando ha triunfado el partido B. Las guerras, cualesquiera que sean su bandera y sus propósitos, no hacen sino agravar los males permanentes de la víctima colectiva, carne de reclutamiento y de cañón, blando pasmo para todas las expoliaciones. En la mayoría de los casos, las guerras civiles americanas no han sido ni serán sino la proyección sobre el campo de batalla de los conflictos de ideas o de intereses de los profesionales de la política, cuando es un principio o la suerte de un partido lo que se remite a esos juicios de Dios; o una simple caza del poder público, cuando es la rapaz ambición de un jefe lo que entra en juego. Es, en uno y otro caso, asesinato de inocentes, organizado en provecho de unos pocos y aplaudido con pasmosa inconsciencia por los demás. No será el autor de estas líneas quien niegue a algunas de nuestras guerras civiles su audacia y su tenacidad; empero, muy más digna de admiración encuentra, por fecunda y por valerosa, la actitud de un Murillo, por más que no tomara en sus manos otro acero que el de su pluma luminosa, que no el que pueda desplegar el más arriscado guerrillero, en campañas de salto de mata, o domando el mulo bravío, *trabuco* en mano por esas breñas, mitad prócer, mitad merodeador.

Cuando en un país se impone, coercitiva e inaplazable, una transformación política, siempre hay, dentro de la actuación civilizada, manera de colmar esa clamorosa necesidad; si no es así, quiere decir que la anhelada transformación no correspondía a una evidente justicia pública. Contra los desmanes de los gobiernos opresores vale, *en último resultado*, mucho más el reclamo del derecho, vigoroso, incansable y enérgico, vale más, si se quiere, con el gesto de los senadores romanos envolverse en su manto y esperar, que dar pretexto y ocasión a que la violencia se desate, a fuer de salvaguardia del orden y de la paz; es *preciso evitar la guerra* para hacer posible la revolución. Por ella entendemos el movimiento consciente y avasallador de la opinión, de la verdadera opinión, en que el verbo tiene mayor potencia demoledora que los cañones

y el derecho de la causa defendida vale por diez ejércitos. La revolución así entendida, es la reforma o la reparación, iniciada y cumplida por los mejores y por los medios más civilizados, que son los más eficaces; la guerra es la imposición ciega de los más. En este concepto fueron revolucionarios Agis y Cleómenes en Esparta, Clístenes en Atenas, Dión en Siracusa, los Brutos y los Gracos en Roma, Arnaldo de Brescia, Savonarola y Campanella en Italia, Egmont y Marnix de Santa Aldegonda en Holanda, Hampden y Milton en Inglaterra, Franklin, Jefferson y Hamilton en América, Mirabeau y los girondinos en Francia, Nariño, Acevedo Gómez y Camilo Torres en Colombia. La revolución puede iniciarse y cumplirse sin un soldado y sin un combate: así se estableció el arcontado de Atenas y la república aristocrática en Roma; así cayó Hipias y comenzó en Grecia el período de la democracia pura; así revivió Rienzi el tribunado y se cumplieron varias de las más famosas revoluciones italianas de los albores de la edad moderna (1); así se inició la gran revolución francesa y la mayor parte de las de la independencia americana; así laboraron O'Connell, Mazzini, Herzen, Lamartine y Ledru Rollin; así proclamaron la república las cortes españolas el 11 de febrero de 1873, y no de otra manera se efectuaron las revisiones federales en Suiza de 1869 en adelante. En cambio, se ven guerras en las cuales sobre las charcas de sangre no brilla el iris de ninguna doctrina política ni las banderas simbolizan principio alguno..... ¿Y qué valdría la santidad de una causa ante el hecho brutal del número de batallones enemigos? Algunos metros más de alcance en las armas de fuego, una línea de mayor precisión en la puntería de los artilleros, y sucumbe una causa, desaparece un pueblo y dejan de valer unos principios.

El prestigio que consagraba en nuestras democracias los servicios militares en guerra civil como ejecutorias omnipotentes y únicas para todas las prebendas y pasaporte

---

(1) Petrucelli, *La Sintesi della Storia d'Italia.*

para todas las vías de la ascensión, del provecho y de la gloria, empieza a palidecer a medida que los pueblos se hacen más conscientes de sus intereses; el militarismo como superstición política ha visto ya sus mejores días. La realización de los ideales políticos, remitida antaño, como las causas en la Edad Media, a los mortales juicios de Dios, confíase hoy principalmente al apostolado revolucionario de la propaganda intelectual; cumplida esa propaganda se dejará mañana al libre desarrollo de los pueblos, a las fuerzas germinativas de la historia. Tales son las tres etapas de esa conquista secular: *la guerra, la revolución y la evolución*. La libertad que la violencia impone, si es posible consignar tal paradoja, *contradicto in adjecto*, sin arraigo en las costumbres, ni sólida vinculación en los caracteres, también por la violencia desaparece; la propaganda educativa crea ese arraigo, el progresivo desarrollo ulterior lo cimienta definitivamente y ampliamente lo propaga; pero ese aquél hará labor fecunda que inscriba en su vida y en su esfuerzo la altiva dedicatoria de Esquilo: *Al Tiempo*. Esa fe en la finalidad de todo esfuerzo generoso, puede ser la ingenuidad de un optimismo, pero con esas ingenuidades y con esos optimismos se cumple la elaboración del porvenir.

> Lanzan los triunfadores del presente
> al que elabora el porvenir su insulto,
> pero la historia trueca reverente
> en altar el desdén, la afrenta en culto.
>
> Por eso el mártir, de esperanza lleno
> y ante el desdén universal tranquilo,
> su vida y su labor, alto y sereno,
> dedica *Al Tiempo* como el viejo Esquilo.

La revaluación de los dogmas democráticos ha sido en los últimos tiempos tan intensa e inmisericorde, que tal parece como si el favor excesivo que les dieron las formi-

dables resonancias de la revolución francesa hubiese suscitado una reacción de fuerza y de exageración correlativas: imaginámonos, empero, que ya principia a esbozarse la contrarreacción. Enfrentados por una parte a la aristocracia y por otra a la cracia, esos principios representan el nivel medio de las ideas actuales; su posición ante el privilegio tradicional, lucha de ayer, empieza a ceder en interés ante el que comporta su nueva posición, engendradora de luchas inminentes, y que puede definirse: democracia *versus* socialismo. A la generosa alucinación de la fraternidad igualitaria, se opone la exageración del aristocratismo científico, cuya psicología se patentiza en el siguiente tópico del escritor argentino Ingenieros: «La igualdad humana es un sueño digno de ingenuos como Cristo y de enfermos como Backounine». Parécenos que la Equidad, diosa de distinción exquisita, cuyos oídos no soportan bien la percusión de afirmaciones demasiado extremosas y demasiado violentas, no interviene en estos debates en que prima, ante todo, el hipnotismo de las tesis preconstituídas y en que un prejuicio combate a otro preiuicio. Las supersticiones que derrumban las catapultas de la crítica, cuantos son la ilusión de la igualdad absoluta, la absoluta autoridad moral de la opinión y de la prensa, el deslumbrador sofisma del sistema representativo, la infalibilidad del criterio popular, el derecho divino de las mayorías, la justicia inmanente de los movimientos populares, la legitimidad del prestigio de los caudillos y de las consagraciones de la popularidad, no atañen al sentido supremo del principio democrático y pueden desvanecerse sin que éste vea disminuída su integridad filosófica.

Hoy se identifican, para su común demolición, las doctrinas de Cristo con los principios de los modernos demócratas y se condena a ambos como una convergencia de todas las inferioridades y la exaltación del hampa de los míseros y de los degenerados contra la falange de los fuertes y de los dominadores. Acaso para los apóstoles de la

dureza, sea flacidez de tristes deprimidos y actitud de parias y degenerados la que lanzó «los cruzados al Oriente y los conquistadores al Occidente»; la que ha fundado la civilización occidental y el derecho público moderno y hace que con la azada en la mano, terciada al hombro la carabina Enfield y la Biblia bajo el brazo, el colono y el farmer británicos hayan creado en los desiertos nacionalidades como Australia y la Nueva Zelandia, el Canadá y el Cabo; la que desbrozó ayer un continente para erigir en él las formas más vigorosas del progreso humano y somete hoy a un puñado de funcionarios 300 millones de hombres en el semillero de las razas arias. Indudablemente a moral cristiana y el ideal democrático son exclusivo lote de los débiles, de los cobardes y de los esclavos.

Ante el aposento en donde se escriben estas líneas, en una mañana de invierno, un paisaje severo desdobla la tristeza de sus tonalidades apagadas; más allá del extenso cuadrilátero de un parque inglés, que la escarcha cubre ya con su túnica de blancura, recorta enérgicamente el horizonte la enorme silueta de un hacinamiento de edificios que una pared de ladrillo circunscribe, a guisa de muralla; diríase una ciudadela que en vez de castillos y almenas irguiese bajo el dombo plomizo de los cielos las chimeneas de una fábrica y la flecha gótica de una iglesia: es un *work house*. Allí los desvalidos de todas las razas y nacionalidades que se aglomeran en una ciudad cosmopolita, que es al mismo tiempo un gran puerto de mar, encuentran, si de una inteligente investigación previa aparece que los merecen, techo, alimento, medicinas, algunas enseñanzas y trabajo. El sentimiento «que induce a prolongar las existencias inferiores con limosnas de absurdo altruísmo» asume en ese establecimiento, que es al propio tiempo hospital, taller y escuela, la forma más eficaz y plena de su expansión. Por medio de esa institución, en que tendiendo a corregir cuanto la caridad indiscriminada y la afeminada sensiblería tienen de malsano y contraproducente, se ha logrado que la caridad se racionalice

y el sentimiento piense, la sociedad, incólume aún de las demoliciones nietzscheanas, da la mano al que cae, la cura al enfermo y trabajo reparador a todos. Salva allí y fecunda de esta suerte infinidad de energías que, abandonadas en el momento pavoroso del desfallecimiento y la caída, se habrían evaporado como las fuerzas perdidas que la catarata devuelve en flotantes mantos de niebla al insondable azur. El sentimiento de que el interés humano es solidario y no se puede condenar a muerte a los vencidos, so pena de disminuír la suma de bien y de vida que hay en el mundo, aumenta e intensifica la vida colectiva, puesto que preserva energías transitoriamente deprimidas; es el médico que, al devolver el vigor a un enfermo, enriquece también el vigor y la salud de la sociedad. Tal sentimiento como ese, patentizado en instituciones como el *work-house*, es uno de los elementos de poderío de un pueblo que, al favor de sus concepciones esencialmente democráticas, por más que conserven algunas formas tradicionales, ha fundado un imperio de extensión y poder que la Roma de los amos y de los siervos no conoció jamás (1). Estas afirmaciones, grabadas están en las piedras ennegrecidas del *work-house*: ciudadela dijimos, y tuvimos razón; la ciudadela de la solidaridad humana.

CAPITULO SEPTIMO

Las supersticiones aristocráticas

Adviértense en los métodos históricos, dos concepciones adversarias bien definidas, que son a manera de exponentes de las dos mentalidades que han partido el sol en

---

(1) Todos los pensadores ingleses están de acuerdo en convenir en que el vasto imperio colonial inglés es posible gracias a la política que concede a las colonias las mismas instituciones representativas que tiene la metrópoli. Cuando las colonias estuvieron en condición política inferior como las trece de Norte América, vino la separación.

los debates humanos de todos los tiempos. Atribuye la primera por modo exclusivo al factor personal la iniciativa de los acontecimientos de la historia y el desarrollo de los fenómenos sociales. «La historia del mundo—afirma Carlyle—no es sino la biografía de los grandes hombres». Nietzsche repite el concepto casi a la letra. «La verdadera historia—dice—no es la de las masas, sino solamente la de los individuos de genio». «La Naturaleza parece existir por los hombres excelsos», dice Emerson, y William James agrega: «Las mutaciones de las sociedades son debidas, directa o indirectamente, a los individuos de genio». Remy de Gourmont, impresionado por la influencia soberana de las grandes mentes en el proceso histórico, hace esta observación de rara intensidad: «Puesto que todo en el hombre se refiere a la inteligencia, todo en la historia debe referirse a la psicología». Y últimamente, Palante define la sociología como la« ciencia que estudia la mentalidad de las unidades ligadas por la vida social». Siempre el elemento personal como factor exclusivo de la historia y de la vida: no de otro modo en las teogonías antiguas, y sobre todo en los hermosos mitos del politeísmo helénico, los héroes y los semidioses, númenes propicios de la ciudad y de la patria, presidían omnipresentes e incontrastables el terreno destino desde la cima de la montaña sagrada, envueltos en los peplos de diáfano azur que velaban su radiosa serenidad. Esa es la concepción clásica de la historia. Aspira la segunda a hacer de la historia una verdadera ciencia natural, algo como el eslabón superior de la biología, y rastrea, en todos los acontecimientos humanos, la presencia determinante del medio, las influencias climatéricas y ambientes, el lazo íntimo que vincula la sucesión de los hechos humanos a la acción de las fuerzas telúricas, la armónica y paralela vibración de la Naturaleza y del hombre, la correspondencia constante de los períodos de la vida de los pueblos con el cambio de los medios geográficos, e inversamente, la transformación modeladora de los aspectos y condiciones terrestres por las ac-

tividades étnicas, y en fin, la múltiple casualidad de los hechos físicos independientes de la humana actuación. Este es el concepto sociológico. Para Grant Allen, «las diferencias entre una nación y otra, ya sea en intelecto, en comercio, en arte, en moralidad, en temperamento general, dependen, en último análisis, no de ningunas misteriosas propiedades de raza, nacionalidad ni otras desconocidas e inteligibles abstracciones, sino simple y únicamente de las circunstancias físicas a que están sujetas». Para este discípulo de Spencer, la cultura griega «fue, en absoluto y sin reservas, el producto de la geográfica Hellas en acción sobre el factor dado del no diferenciado cerebro ario». Para Novicow, todo lo que en estudios históricos «no se funde en las ciencias naturales, está edificado sobre arena»; «la ciencia es una como la Naturaleza; no hay ninguna solución de continuidad entre la química, la biología, la sociología y la historia». Draper niega rotundamente el libre arbitrio histórico y pretende para las cosas humanas una rigurosa concatenación determinista; «un hecho sale necesariamente de otro y produce no menos necesariamente otro hecho posterior». Augusto Compte, Buckle, Spencer y Taine, pueden ser considerados como los númenes prestigiosos y los altos inspiradores de la concepción sociológica de la historia, así como Carlyle, Emerson, Brandes, Nietzsche y William James han sido los más férvidos apóstoles del Evangelio de los grandes hombres.

Entre estos contrapuestos y más o menos exclusivos sistemas puede situarse el punto de vista que concilia y complementa las causas naturales con las causas humanas, el determinismo de las influencias físicas ambientes y la libre iniciativa de la espontaneidad genial, reconociendo con el criterio sereno que busca la verdad más allá del conflicto de las teorías y encima del campo cerrado de las tesis, a uno y otro factor la realidad de su influencia y el verdadero alcance de su actuación. Tarde lo ha dicho luminosamente: «Los hombres no son antropoides y la socio-

logía no debe ser sólo el estudio de los factores geográficos y fisiológicos, sino también de los factores morales, pórque la influencia de la Naturaleza sobre la sociedad no es mayor que la que sobre ella ejercen los individuos que la componen». La posición en que se sitúa este elevado espíritu nos permite ver a una luz de comprensión y de revelación algunas de las leyes fundamentales que rigen el desarrollo colectivo de la humanidad sobre el planeta; destácanse de esta suerte con todo su relieve las influencias telúricas que actúàn sobre la historia y las de la obra humana sobre las condiciones físicas del globo, doble corriente de fuerzas modeladoras que inspiró a Reclús el comprensivo lema de su obra póstuma: «La Geografía es la historia en el espacio, y la historia es la geografía en el tiempo», y a Karl Ritter su famoso paralelismo entre la geografía y la civilización. Disciérnese así, por una parte, hasta dónde el cielo azul del Atica y los generosos pámpanos de Samos encendieron el toque de luz de la estatua de Palas Atenea y desligaron el vuelo de las odas de Anacreonte o si los Eddas y los ensueños místicos de Swedenborg podrían concebirse bajo otros cielos distintos de los hiperbóreos que cobijan las costas rúnicas, batidas por los vientos de la desolación. Apréciese por otra parte todo lo que al acicate de la acometividad de un Bismarck, por ejemplo, debe atribuírse en la transformación de la soñadora Alemania en el formidable imperio germánico de nuestros días, y se da la importancia capital que realmente tiene, pero sólo esa, a la iniciativa de los hombres de excelsas dotes que llegados a las plenitudes de la inteligencia, de la fuerza y de la actividad, elaboran la voluntad potente que construye y reconstruye el mundo.

El concepto clásico, que ha troquelado como moneda de universal recibo el criterio humano en asuntos históricos durante siglos, tiende, según se observó ya, a la exaltación de los hombres representativos más allá de la equidad y de la verdad, hasta la frontera extrema de lo que se me permitirá llamar, valga el neologismo, la *herolatría*

o adoración de los héroes (*hero-worship* de Carlyle) y la exclusiva atribución a sus dotes geniales de una virtualidad inenarrable en la creación de los acontecimientos decisivos de los pueblos. Una dislocación de ese criterio, ya de suyo ofuscado por el estimulante embriagador de la idolatría y de la exageración, por las seducciones de la personificación y del símbolo, lleva a una de las formas más visibles de lo que llamaremos *superstición aristocrática*, y es aquella que consiste en atribuír a un hombre solo el mérito de la obra colectiva; en condensar sobre la cabeza de un gobernante, por ejemplo. para nimbarla así a los aplausos y cosechas del presente y las veneraciones del porvenir, todos los dispersos rayos de luz que han brotado del genio nacional. La superioridad heroica por tal modo forjada es casi siempre la surgente de un aristocratismo que el tiempo acaba por consagrar, y al cual se discierne por derecho propio, por la fuerza incontrastable de la costumbre, sin crítica ni examen, el legado acumulativo de las cualidades que determinaron la discutible superioridad inicial. El esfuerzo de todo un pueblo, en laborar de centurias o en una hora de entusiasmo milagroso y de férvida virtud constructiva. levanta a manera de ingente y eternal pirámide el monumento de sus instituciones o de su poderío, la grandeza de su producción o de su genio; adviene entonces uno de los predestinados de la fortuna, de la audacia y del éxito, y erige con mano ruda su propia efigie sobre el vértice de la inmensa fábrica del obrero anónimo. Desde ese momento toda la anterior labor desaparece, la figura del hombre representativo surge, ante la ingenuidad de las ignaras multitudes con la estatura integral de la pirámide que él no levantó, y en la cual ocupa sólo un punto. Permítasenos aclarar nuestro pensamiento por medio de un caso ilustrativo y evidente.

Uno de los espectáculos al propio tiempo más hermosos y más extraños que nos ha dado la historia, es sin duda el de la discusión y estudio del código civil por la convención nacional francesa en 1792 y 1793; sorprende en verdad

que quienes con Taine han tenido frases de tan severa reprobación para aquella asamblea inmortal, como el espíritu alto y noble y luminoso del pensador hispanoamericano José Enrique Rodó, no se hayan detenido suficientemente en ese momento fértil entre todos de la obra de la convención nacional, para atenuar con el mérito de esa actitud la rigidez de su veredicto condenatorio. En aquellos días trágicos y supremos las almas eran como hogueras sobre las cuales pasara incesantemente un hálito tempestuoso y fecundador; encendidas para el incendio, pero también para la iluminación. En guerra abierta con la Europa, desgarrada horriblemente por las luchas a muerte de los partidos, entre las convulsiones de la agonía de una edad, y del alumbramiento de otra, la Francia veía correr a torrentes su sangre en los campos continentales, en tanto que en los de la patria la guillotina caía, caía implacable como el destino antiguo, y siniestra como una Erinna, sobre las más altas cabezas; en tales momentos como esos, decimos, se echaban las bases eternas del monumento de la sabiduría y de la equidad, del derecho positivo y de la justicia civil. Inmediatamente después de una sesión en que la elocuencia arrebatada de los oradores de combate pedía la inmolación de un rey o lanzaba al mundo un cartel de reto, graves y reposados jurisconsultos, un Treillard, un Thibaudeau, un Cambaceres ascendían lentamente a la tribuna, vibrante aún con los ecos de la elocuencia o del delirio y allí explicaban, como en cátedra reposada, las más intrincadas cuestiones de la jurisprudencia. Cabezas que momentos antes ardían en el vértigo de las demoliciones o que se preparaban para caer al día siguiente entre el tumulto de la plaza pública, se serenaban como por milagro y medían y pesaban, artículo por artículo, palabra por palabra, con la serenidad de un Areópago y la corrección de una academia, los principios y fórmulas de aquella concreción insuperable del derecho de los hombres. «Como una mar furiosa—dice Edgard Quinet—deposita en el fondo de su lecho tranqui-

las estratificaciones de mármol, así la revolución francesa, en sus más terribles tiempos, asienta en el fondo de su lecho las bases paralelas simétricas, armoniosas, de los derechos privados». Después del decreto de leva en masa, cuyas cláusulas repercutían por la bóveda resonante con la persistente vibración de un clarín de guerra en las montañas, se discutían los derechos de la mujer, la salvaguardia de los niños y de los fatuos, las tutelas o las capitulaciones matrimoniales; antes de una sesión en la que se condenaba a muerte a todo un partido, se delimitaba la libertad de testar o se definía la naturaleza del fideicomiso. Aquella asamblea delirante, pero gloriosa, elaboraba sin precipitación, como quien construye para todos los tiempos, las disposiciones que regularizan la existencia de la familia y de la sociedad; el código civil brotó de allí, según la elocuente expresión de Quinet, como las tablas de la ley mosaica, entre truenos y relámpagos. La grande obra quedó casi coronada en 1793; si no se le dio entonces el toque último y la final promulgación, fue porque en su generoso laborar, no para un pueblo, sino para la humanidad, no para una época, sino para siempre, los hombres del año terrible creyeron que la forma que los juristas habían dado al código no era suficientemente filosófica. La marea de los acontecimientos barrió luégo a los hombres y proscribió los principios: el prestigio del monumento de la codificación de las instituciones civiles de Francia no le fue departido a la famosa asamblea. Bonaparte, en su pretensión de aparecer como legislador a la misma altura que había alcanzado como guerrero, comisionó a los mismos jurisconsultos que habían trabajado en la convención para que, aprovechando el enorme cúmulo de materiales ya elaborados en 1791 y 1793, dieran alguna apariencia de novedad a la obra de la revolución y cubrieran con ella, como con una toga purpurada, la espalda del primer cónsul. El soldado sin ley detentó la obra de los legisladores; el usurpador de los poderes pú-

blicos usurpó con la misma inescrupulosidad la gloria y el esfuerzo de los representantes del pueblo. Y no se diga que en el código que el César bautizó con su nombre hubiera impreso el sello de su genio con relieve bastante poderoso a legitimar la audaz detentación, porque es bien sabido que las alteraciones del código de Napoleón sobre el código civil de la convención, no siempre, por cierto, encaminadas en el sentido del progreso de las ideas, fueron inspiradas ante todo por el propósito avieso de dar alguna apariencia de originalidad a la copia, para poder así relegar más fácilmente al olvido a los autores despojados. Si el hecho de ordenar una obra o allegar algunas observaciones a ella fuera título suficiente a reclamar y adjudicarse paternidades intelectuales como quien hace una presa marítima, podrían con igual justicia atribuírse los frescos de la Capilla Sixtina, en donde Miguel Angel puso lo mejor de su genio, al papa que los ordenó, y que es fama suministró algunas ideas y aun se permitió algunas observaciones.

Napoleón, el primero de los soldados y el más arbitrario e insoportable de los déspotas, apropió sin límite y sin piedad a las exigencias de su colosal egoísmo cuanto un gran pueblo puede dar: sus vidas, sus riquezas, su libertad; detentó las energías despertadas por la revolución y acabó por persuadirse, y con él el mundo, de que esas energías eran su propia obra. Cuando se registran las listas de los oficiales de los ejércitos de la república, se hallan allí todos los nombres resonantes que hicieron posible el imperio; la gloria con que el despotismo se armó a sí mismo contra la libertad, fue la que ésta había creado; las legiones milagrosas que la revolución hizo brotar para defender la patria y hacer la propaganda de la república, él las convirtió en el instrumento del despotismo y la conquista, y después de sacrificar dos millones de vidas humanas dejó a la Francia disminuída y defraudada la revolución. En verdad que hay para desesperarse con la

pérdida de Waterloo (1). El corso de los cabellos lisos, que dice Barbier, lo usurpó todo, pero en ninguno de sus despojos aparecen tan desnudos los caracteres del dolo como en el de las labores de legislación civil de la convención nacional.

Empero, en este caso de despojo de la gloria colectiva por la personal, puede alegarse al menos como explicación el real y portentoso, aunque funesto genio del «hombre representativo»; su superioridad no existía en el caso particular de que aquí se trata (2), pero sí y de un modo formidablemente coercitivo en otros ramos de la actividad humana; mas la superstición herolátrica cubre a las veces con el Zaîmph constelado e intocable figuras muy menos grandes y fascinadoras, y por un procedimiento inverso al que imputa al carnero emisario todos los pecados de la tribu, cuelga sobre hombros que no lo han menester ni lo merecen todo lo que una nación debe a su propio esfuerzo y a sus virtudes raciales; levanta luégo alto, muy alto la personalidad por modo tal enriquecida con la imputación de las cualidades colectivas, la convierte en amo y se prosterna ante él. Este fenómeno de auto-sugestión para la idolatría, se presenta de un modo constante en los países de estructura fuertemente aristocrática. No sólo el vulgo ingenuo, sino escritores y periodistas de nota, al hablar de la «éra victoriana» han sostenido, y con indiscutible buena fe, que las amables cualidades de la dama que ocupó el trono del Reino Unido durante tres cuartos

---

(1) «Hay dos cosas de que la humanidad no podrá consolarse jamás: la muerte de Margarita Gautier y la pérdida de la batalla de Waterloo». J. H.

(2) Es sabido que Napoleón tenía pasmosa facilidad de asimilación, de tal suerte, que con una rápida ojeada podía luégo disertar brillantemente y aun deslumbrar a los especialistas; pero a pesar de su arte consumado en estas suertes de escamoteo intelectual, su paternidad sobre el código civil no pasó de ser uno de tantos juegos de incorrecta prestidigitación para aparecer ante la posteridad como un gran legislador.

de siglo, fueron elemento de cuenta en los inmensos progresos realizados por el mundo en tan largo período; las plazas públicas de las ciudades inglesas exhiben en heroicas actitudes y en forma que abona más las cualidades admirativas que las estéticas de los insulares, la apoteosis en bronce del caballero que tuvo la buena fortuna de poseer la mano y el corazón de la reina, mérito suficiente, ¿quién lo duda? a equipararlo a Shakespeare, a Newton o a Nelson. Las virtudes domésticas y privadas que el soberano llega a poseer le son abonadas como dotes excepcionales y proceras; los favores de la suerte, el talento de los escritores y de los artistas. las victorias de los ejércitos y los descubrimientos de los sabios resultan obra del soberano y se abonan a sus ejecutorias ante la posteridad. Para ese criterio, una mirada de Luis XIV engendraba un genio.

Un regard de Louis enfantait des Corneille.

Es un poder más que divino; ese es el sentido de esas frases consagradas «el siglo del Rey Sol», «el de Isabel de Inglaterra», «el de Augusto», «el de Pericles», así de las leyendas de Ciro, de Carlomagno y de Rama y de todas las que imputan graciosamente a esos personajes la admirable floración del espíritu humano que, por dicha, mas no a virtud de ellos, coincidió con su reinado o con la época de su influencia política. ¡Cuánto más hermoso es el *gesto de noble dignidad* que ha inmortalizado la fórmula del juramento de los reyes de Aragón en la época lejana y prestigiosa de los fueros! «Nosotros, que cada uno vale tanto como vos, y unidos valemos más que vos....»

La superstición aristocrática que hace del soberbio Borbón un sol y una deidad, y de los grandes y títulos de la corte astros y semidioses, se ha impuesto en todos los tiempos y en una u otra forma al alma pávida y lacerada del rebaño humano con el fuero de la expoliación, que las

prescripciones del tiempo convierten en derecho, y con el atributo de la sangre, que las sanciones aberrantes de la sociedad convierten en blasón. Lecky demuestra (1) que mucho más de la mitad de las guerras que han devastado a la Europa han provenido de míseras cuestiones de familia entre las casas reinantes, cuestiones en las cuales los pueblos han tenido pocas veces conocimiento, e interés jamás. El fanatismo por las glorias épicas y por los hombres de rapiña, tan exaltado en ciertos momentos de sombría regresión, cuando se proclama la dureza y la soberbia como el evangelio de los nuevos, es en definitiva una de las formas más primitivas del fetichismo que abate la frente del salvaje prehistórico ante el ídolo sediento de sangre en la adusta soledad de la selva cuaternaria. Es la actitud del escita simeriano ante su deidad inmisericorde: la Espada. Ante esa forma rediviva de la antigua esclavitud, el generoso esfuerzo perpetuamente defraudado, que viene reclamando mayor libertad para la mente y un sentido más alto de dignidad para «la carne de cañón», justifica y comprende, a pesar del desprestigio en que se ha hundido la retórica jacobina, la íntima verdad y la justicia que entraña el lema del periódico de Loustalot, al cual dio Proudhon la égida de su adopción: «Los grandes sólo nos parecen grandes porque estamos de rodillas: levantémonos».

Después de que se ha hallado úno en presencia del fanatismo de las falsas superioridades, impuesto arriba y aceptado abajo, con la doble ceguedad del amo que se cree semidiós y del esclavo que confirma esa creencia, el espíritu se ve poderosamente inclinado a legitimar como una victoria del discernimiento elevado sobre la pavura y la estulta prosternación del ánima esclava, aquella otra *herolatría* que consagra con el verbo apocalíptico de Carlyle a las veneraciones humanas ciertos hombres realmente superiores, sobre todo los héroes del pensamiento soli-

(1) *History of England in the Eighteenth Century.*

tario y creador. Empero, preciso es reconocer que la teoría que podría llamarse de los Hombres Síntesis, si es un hermoso recurso de literatura, y aun a las veces una poderosa concreción histórica, es, en esencia, inexacta, injusta y peligrosa; el formular: el héroe como divinidad es Odin, como profeta es Mahoma, como poeta es Shakespeare, como sacerdote Knox, como letrado Johnson, como hombre de gobierno Crómwell; o afirmar: Platón es la filosofía, Dante la inspiración, Swedemborg el misticismo, Mirabeau la elocuencia, Napoleón el genio militar, Goethe el genio literario, puede ser, repetimos, un elocuente tropo retórico, pero es una verdad incompleta y una generalización inaceptable. El encarnar en un individuo cualidades geniales que muchos otros comparten, es ocasionado, por inevitable extensión, a suscitar el desdén por la obra impersonal, que es enorme en la historia, y a imponer con caracteres de dogma la semidivinidad de unos a expensas del resto de la especie humana, por tal modo como es injustamente despojada y disminuída. Esta tendencia mental y este criterio predominan hoy y han predominado casi siempre como criterio y tendencia de la mayoría incontable. En estos momentos se presenta a nuestra consideración un hecho poco significativo en apariencia, pero que es, en el fondo, la típica revelación de toda una psicología; se trata de la manera como se ha creído celebrar más apropiadamente el día en que cumple la república de Colombia el primer siglo de su existencia como entidad nacional, de conmemorar el primer centenario de la fecha clásica que el país ha consagrado como la iniciación de su independencia.

El día 20 de julio de 1810, el pueblo de Bogotá, en un movimiento tumultuoso, pero fecundo, hizo acto de presencia americana e inició la revolución de la independencia del virreinato de la Nueva Granada; quince años antes, los mejores espíritus del país, por medio de «la labor silenciosa de las letras ocultas», habían principiado la gran siembra que en aquella fecha abría al sol su pri-

mera cosecha de ideas; debe considerarse, pues, tal día, por una parte como la culminación de un intenso trabajo anterior, y por otra, como la iniciación de todo un pueblo—representado por los exponentes genuinos y castizos de la tierra—en la vida pública y en los altos deberes de la libertad. Bien o mal, aquel pueblo y aquellos hombres realizaron sus propósitos fundamentales y constituyeron nuestra nacionalidad; la cimentaron con fe conmovedora y límpida intención, a pesar de su inexperiencia, de la pobreza de sus medios y de sus inevitables errores y faltas, y hasta tal punto de solidez, que pudieron más tarde dar auxilio al brillante oficial venezolano que los pedía en su grandioso empeño de lucha contra España en su país natal. El 20 de julio de 1810, es, pues, la cifra de valor entendido del esfuerzo colectivo de los granadinos: cuantos fueron pueblo o tribunos, hombres de Estado, de iglesia o de guerra, campesinos o estudiantes, todos afirmaron la sinceridad de sus ideales y la intensidad de sus convicciones, quiénes en el patíbulo, quiénes en los campos de batalla, quiénes en las prisiones y el exilio. La suerte del tribuno Acevedo Gómez, abandonado y demente por el terror y por el hambre en la montaña de los Andaquíes, es una muestra tomada entre miles de los títulos de padecimiento y de prueba con que los hombres de 1810 pueden apelar de la ingratitud y de la incomprensión de la posteridad. Esa generación realizó noblemente su cometido histórico y aquilató en la prueba difícil de la actuación política los mejores y más relevantes caracteres del espíritu nacional: la tradición legalista, el predominio del civilismo, la preocupación constante por las fórmulas institucionales, un sentido de generosidad y aun de ingenua fe en las teorías de gobierno, la seriedad de carácter y la decisión por las cosas de la inteligencia, todo, en fin, lo que de bueno hemos tenido, todo lo que nos distinguió a fuero de pueblo culto e intelectual entre nuestros hermanos de América. Sus nobles iniciativas se vieron luégo detenidas y parcialmente malo-

gradas; decimos parcialmente porque aun en los días de más densa cerrazón del terror y de la reacción pacificadora de Morillo, alentaba aún con brío indomable en algún punto de la república el espíritu de la revolución del 20 de julio y flameaba su trémula bandera en el desierto; porque sin esa ardentía patriótica, latente como el ascua bajo la ceniza, Bolívar y Santander no hubieran encontrado al bajar de los páramos andinos de Novagote aquel vívido entusiasmo y aquellos inapreciables auxilios de soldados y de elementos que los habitantes de la provincia de Tunja se apresuraron a ofrecer, y sin los cuales la campaña de Boyacá habría fracasado sin remedio. La exaltación de ese arranque generoso de nuestro pueblo, que preparó la independencia, la realizó y luégo hizo posible la liberación definitiva de 1819, parece que hubiera de haber sido el sentido supremo que inspirara las rememoraciones de la fiesta de nuestra emancipación. Las cosas pasaron de otro modo: para la clásica solemnidad se decretó un monumento al Libertador presidente con las alegorías representativas de las cinco repúblicas cuya independencia coronaron el genio y la fortuna de aquel hombre superior; el centenario del 20 de julio, fue, pues, un segundo centenario de Bolívar. Tal apreciación de los hechos históricos corre parejas con la que hubieran exhibido los franceses si en tratándose de hacer memoria del 14 de julio de 1789, levantaran un monumento a los vencedores de Valmy o de Marengo y olvidaran a los asaltantes de la Bastilla. Los organizadores de las festividades del centenario procedieron con la más pura y patriótica intención, como en cumplimiento de un deber incuestionable y elemental; ni ellos ni el país sospecharon siquiera que se cometía una injusticia clamorosa con los hombres a quienes se debía precisamente la iniciativa política que se trataba de conmemorar y no se conmemoraba. A la memoria acude con persistente remembranza la amarga imprecación que Vargas Tejada pone en labios de Catón en Utica:

¡Un hombre, un hombre solo coge el fruto
de tantos sacrificios y victorias!

La apoteosis del héroe vencedor, del que coronó el edificio, hubo de arrojar a las exteriores tinieblas del desconocimiento a los que pusieron los cimientos, hondos, muy hondos, como la fosa ignorada que recibió sus cuerpos después de la inmolación, y que nadie ha vueltoa encontrar jamás. El guerrero vencedor es la síntesis del esfuerzo y dei sacrificio de todos los demás; su glorificación exclusiva colma completamente los anhelos patrióticos de los que todavía piensan en esas cosas; erigiendo nuevos monumentos al capitán victorioso pueden tranquilamente relegarse al olvido los otros próceres; la fama del vencedor integra o disuelve la de sus predecesores los padres de la patria; la deuda para con éstos queda salvada y satisfecha la justicia retrospectiva. La mentalidad que para los propósitos de la rememoración y de la gloria sustituye así un hombre a un pueblo y que, nos apresuramos a declararlo, no ha sido la de un grupo de ciudadanos, sino la de todo el país, es la misma que hemos bautizado aquí con el nombre bárbaro de *herolatría*, en cuanto ésta comporta la injusta aplicación a uno solo de lo que de muchos es; el procedimiento entra, pues, a título de síntoma dentro de la esfera de la psicología que estamos estudiando y se confirma una vez más que, ante la fascinación del héroe afortunado y del éxito coactivo, todo desaparece, principiando por la justicia y acabando por la memoria.

Vióse en el anterior capítulo cómo la ilusión jacobina del igualitarismo por los raseros inferiores ha sido revaluada y desechada; la demolición niveladora de cuanto es cumbre o en las alturas arde y alumbra, brote es de pasión insana y concepto que infirma las íntimas realidades de la vida ordinaria, las lecciones de la historia y las leyes de la naturaleza. Cuidémonos, empero, de hacer en nuestros pueblos el peligroso apostolado de las jerarquías necesarias; no es tiempo todavía. Resérvese tal labor co-

mo ésa para las sociedades en donde las ondas turbulentas de la demagogia han amagado alguna vez con la total destrucción del acervo de cultura acumulado por los siglos y en donde las más legítimas excelsitudes de la mente o del carácter han sido estigma de odio y señuelo para las persecuciones. No es ese el caso entre nosotros; la enfermedad nacional es el abatimiento y la depresión, y no es por cierto el peligro de las reivindicaciones democráticas excesivas el que nos amenaza; procuremos, antes bien, levantar por la valiente afirmación de lo reversible y eterno del derecho y de la virtud vivificante de la propia estima y de la confianza en las cualidades modestas de la raza, el alma abatida e idolátrica de nuestras multitudes. No permitamos que, por creerlo una fatalidad de la naturaleza, se resignen definitivamente a la inferioridad y a la servidumbre; son las masas el granito esencial de la grandeza de las naciones; si dejamos que el nuéstro se ablande en las resignaciones del desaliento, ¿sobre qué esculpiremos mañana el monumento de la rehabilitación nacional? Si las superioridades existen, ellas se impondrán, y se impondrán acaso más allá de lo que demanda la equidad; no las estimulemos por el prestigio de la palabra escrita. Aun la más legítima y hermosa de todas ellas, la superioridad del pensador, del poeta, del apóstol, si deformada por la admiración excesiva, puede convertirse y se ha convertido más de una vez en tiranía, y en la peor de ellas, en la de la mente. Ya lo dijo Guyau: «Querer gobernar los espíritus es peor que querer gobernar los cuerpos; hay que huír como de un azote de toda especie de directores de conciencia o de directores de pensamiento». Esa debe ser la respuesta a la propaganda de una aristocracia intelectual que, o ha de entenderse como un propósito de asumir las direcciones del pensamiento nacional, o no significa nada. Obra benemérita será la que se enfrente a todas las formas de la detentación y del despojo de los más por los menos: desconocimiento de la inmensa colaboración anónima en pro-

vecho del dirigente genial, disminución de la obra y de la significación de los precursores en provecho del elegido, despojo del fruto del esfuerzo paciente y milenario del número por la audacia de la unidad.

Si el mundo ha visto alguna vez las reales superioridades barridas por la racha popular, escarnecidas por las irreverencias del tumulto y azotadas por el lodo que arroja la recua de la vulgaridad que pasa, ¡cuántas otras en cambio, las mansas virtudes de la humana grey han sido explotadas sin tregua y sin piedad por la ambición y el orgullo y la codicia del dominador! Sólo que las tempestades de plaza pública estallan una vez en un siglo y aparecen con todo el estrépito y fracaso de los cataclismos, y como éstos impresionan las mentes para la eternidad, en tanto que la acción detentadora que parte de arriba, como la del mar que corroe siglos há las costas de la Gran Bretaña, es silenciosa e invisible, pero constante; principia por lamer una playa y acaba por sepultar una comarca. Obra benemérita será también la que tienda a vigorizar las fuerzas de resistencia de la masa a las iniciativas perniciosas de los caudillos, para que cuando llegue la hora del llamamiento siniestro haya una energía reactiva que diga: «¡No!» Cuando Zaratustra pide para los siervos la moral del deber y de la obediencia, sabe muy bien que es ese el medio más eficaz de implantar la moral de los amos, de orgullo y de dominación; sabe bien que el abatimiento y la depresión de abajo engendran y perpetúan la violencia y el abuso de arriba, y tienen muy presente que «la producción de toda aristocracia necesita un ejército de esclavos».

La predicación del egoísmo, de la voluptuosidad y del instinto dominador, esto es, la negación de la democracia y la abolición de la moral, triunfan hoy en cierto medio intelectual como interpretación ligera y por la peor parte de las concepciones atrevidas de Nietzsche (espíritu genial, pero más literario que filosófico), y han dado ardimiento a la primitiva acometividad, mal dis-

frazada en ciertas índoles bajo el frac de la moderna cultura. Tal instinto como ese brotaba ayer, cuando la moda iba en esa dirección, en las expresiones de la ira demoledora del jacobinismo; hoy—pues en tal dirección va la moda—declama con igual violencia el canon aristocrático de que el derecho del genio suprime todos los demás. Refiere Taine que a ciertos justísimos reproches de Josefina, Napoleón contestó un día: «A todas las quejas contra mí responderé con un eterno YO soy algo aparte del resto del mundo y no se me aplican las condiciones de los demás». Y lo más curioso del caso y lo que revela mejor la honda dislocación del criterio de que se trata, es que hoy cualquier mal zurcidor de frases se gradúa a sí mismo de superhombre y reclama el lauro inmarcesible, sin que deje de versé—y esto es más curioso todavía—el absurdo maridaje que algunos casos de infatuación mental nos ofrecen de la egolatría aristocrática a lo D'Annunzio con las más innobles formas de la demagogia enherbolada, aquellas que valieron al «infame Hebert» el estigma con que lo ha señalado el veredicto unánime de la historia.

La teoría pagana del Hombre Superior, o mejor, de los hombres superiores al mandamiento regular de la moral y de la ley, que hoy se nos da como novedad flamante, es —observa Fouillée—tan antigua como el mundo: Hércules tomaba los bueyes de Gerión sin más título de propiedad que el de ser Hércules. La concepción rediviva de casta, emana enteramente de esa razón primitiva de la fuerza en su forma más grosera; la masa de Hércules se llama, en el lenguaje modernista, *big stick*, y la gasta un Roosevelt; el tipo antiguo ha perdido su prístina belleza y se ha vulgarizado, pero conserva los caracteres y el prestigio. Alguna vez hemos tenido la visión reveladora de lo que fue en su pasajera, pero genuina encarnación, el dominador nietzscheano y danunziano que se nos exalta en cierta literatura como ideal de vida, para modelar el espíritu que lo ha de proclamar

mañana, en cierta política, como ideal de gobierno. Hela aquí:

Bello y fuerte como un tigre joven, César Borgia, legado pontificio, atraviesa el puente de Sant-Angelo, bajo el cual arrastra el Tíber la amarillenta pesadez de sus aguas gloriosas. La agonía del sol pone un toque de incendio sobre el joyel diamantino que prende al gorro carmesí las flamas del airón y sobre el ascua de los rubíes que recaman la empuñadura de su estoque florentino y de su daga española, garras de aquel felino formidable y sutil. Ha asesinado a su hermano y habría sido capaz de violar a su hermana, y en el vértigo siniestro de su ambición, forja el sabio plan de nuevas monstruosidades, que han de abrir horizontes fantásticos a su ansia de poder y fuente de placeres inauditos al refinamiento perverso de sus sentidos. Ya ha formulado su credo: «el interés, tal mi derecho; el éxito, tal mi religión; la fuerza, tal mi dios», y a la pavorosa intensidad de sus concepciones políticas, a los fríos y certeros cálculos de su talento, al arranque audaz e implacable de su ambición, a la satánica malicia de sus medios y a la fascinación de su persona, nada puede resistir: el mundo se le entrega como una cortesana ebria, en el espasmo del vino y la voluptuosidad. La guardia papal, el colegio cardenalicio, los embajadores extranjeros y la plebe, aclaman al dominador omnipotente y se le prosternan como ante el semidiós del neopaganismo; en la apoteosis del triunfo, del poder y de la gloria, coronado de rosas como un efebo y de pedrerías como una bailarina oriental, esplende en la púrpura de la tarde aquel bandido que ha subyugado a Roma y que ha realizado la intensidad dionisiana de la vida: es un Sobrehumano. Cuando en la oscuridad de la noche se dirige a sus aventuras de esteta corrompido, al pasar frente al Palatino, en la soledad de las ruinas augustas, las sombras de Nerón, de Tiberio y de Heclegabal, el andrógino, apa-

recen a la misteriosa evocación, y ante él se inclinan tres veces.

A la deificación de los hombres de presa, de los héroes y de los providenciales salvadores de pueblos, formas de la moderna superstición aristocrática en los pueblos de instituciones democráticas, es preciso oponer el respeto a la ley, el concepto de dignidad nacional y el culto serio de la libertad. Nos cuenta Henri Beranger que cuando para rehacer una popularidad que se le escapaba, quiso Thiers, ministro entonces de Luis Felipe, agitar los recuerdos napoleónicos, transportando a Francia las cenizas que guardaba la isla de Santa Elena, todos los franceses se entregaron al imprudente culto de las evocaciones imperialistas; los poetas, sobre todo Víctor Hugo y Beranger, en resonante himnología, hacían del héroe una religión nacional, y todo el país ardía en el amor delirante y en el recuerdo de las glorias militares. Entonces Lamartine, el gran Lamartine, ascendió a la tribuna de la cámara de diputados y pronunció estas palabras, que son acaso su mejor título al respeto de las conciencias libres: «Vengo a hacer una confesión penosa; que ella caiga enteramente sobre mí; acepto la impopularidad de un día. Aunque admirador del pasado, no tengo un entusiasmo sin recuerdo y sin previsión. No me prosterno delante de esta memoria, no pertenezco a esta religión napoleónica, a este culto de la fuerza que de algún tiempo a esta parte se quiere sustituír en el espíritu de la nación a la religión seria de la libertad. No creo que sea bueno endiosar así, sin cesar, la guerra, como si la paz, que es la felicidad y la gloria del mundo, pudiera ser la vergüenza de las naciones. Tened cuidado de no dar semejante espada por juguete a un pueblo; nosotros, señores, que tomamos la libertad a lo serio, midámonos en nuestras demostraciones, no seduzcamos tanto la opinión de un pueblo que aprecia más lo que le deslumbra que lo que le es útil. Si, señores, lo confieso; temor tengo de que se haga pensar al pueblo de la siguiente manera:

'Al fin de cuentas, lo único popular es la gloria, no hay moralidad sino en el éxito; sed grandes y haced lo que queráis; ganad batallas y burláos de las intituciones de vuestro país». ¿Es esto a lo que se quiere que vayamos a parar? ¿Es así como se enseña a una nación a apreciar sus derechos?» Cumpliéronse fatalmente las predicciones del tribuno: la nación, extraviada por la embriaguez de las evocaciones napoleónicas, sustituyó en breve un Napoleón a la república y el culto de un hombre al de un principio. Nadie mostró entonces la clarividencia, el valor y la honradez del hombre de estado a mayor grado de altura que el glorioso Lamartine, cuyo prestigio como hombre público ha sido después disminuído por la incomprensión que atribuye al poeta los errores del político, como si los políticos que no son poetas estuvieran exentos de los mismos y más grandes errores. Las profundas palabras del vidente perdurar deben como admonición saludable contra el empeño del endiosamiento de los hombres, funesta idolatría que si se trata de los muertos, falsea la historia y disloca peligrosamente el criterio de los pueblos, y si de los vivientes —rebajada al rasero lastimoso de lisonja o asalariada adulación—pronto corrompe al mandatario mejor intencionado y degrada, más pronto aún, al pueblo más altivo. Francisco Chavassu nos refiere cómo el ingenuo artista a quien se ocurrió primero retratar al general Boulanger sobre su caballo negro, y en la heroica actitud de vengador de la Francia, fue el iniciador más eficaz de un movimiento de opinión que estuvo a punto de acabar con la república y lanzar a Francia en una loca aventura de revancha. La imaginación popular, deformada por la acción plasmante de la iconografía y del periodismo turíferos, forja el ídolo y luégo ofrenda en sus altares cuanto hay de más sagrado y de más inalienable.

La superstición de las superioridades evoluciona: de las de casta se pasa a las de raza y de éstas a las de nacionalidad. Gobineau sostuvo, con grande aplauso de la

escuela imperialista alemana, la desigualdad necesaria de las razas humanas, la superioridad específica de la europea, y sobre todas ellas la de la blonda germánica: legitima por tal modo, el triunfo de las razas superiores sobre las inferiores, y la selección aristocrática en provecho de las nacionalidades formadas de aquellas razas supuestas mejores. Este francés ha suministrado a los enemigos de su patria razones para justificar la desmembración de la Francia, que en su tesis resulta racialmente inferior a su vencedora de allende el Rhin. Nietzsche acepta la teoría de Gobineau, pero sostiene que la superioridad está vinculada a la raza eslava, de la cual se cree vástago germanizado. En tanto que los filósofos condenaban sin apelación a las razas no europeas ni septentrionales a la esclavitud, en la fabulosa Cipango se elaboraba silenciosamente el argumento, algo brusco pero decisivo, que en Tusihima y en Muckden había de reducir a su verdadero sentido la flamante teoría de las superioridades raciales. El concepto perdura, no obstante, y perdurará por mucho tiempo; en las escuelas de la Gran Bretaña se inculca a los niños como principio elemental e incontrovertible la intrínseca superioridad anglosajona, al favor de generalizaciones tan espirituales y generosas como éstas, que se imprimen en el cerebro infantil de los futuros Cecil Rhodes y los preparan para las conquistas inminentes: el francés es frívolo, el alemán pesado, el español perezoso; aun cuando allí mismo en esas escuelas, los alumnos de raza latina infirmen con su carácter y con sus aptitudes, frecuentemente superiores a las de los insulares, la absurda calificación corporativa. El poderío que merced a la compleja y múltiple causalidad de la historia y de la geografía llega a adquirir un pueblo, conviértese por quienes han contribuído a formarlo, tanto como una predicadora del Salvation Army a la carga de Balaclava, en argumento demostrativo de desigualdades individuales, hasta el punto de que cualquier *clerk* del Reino Unido se tiene muy se-

riamente por superior a la más distinguida personalidad extranjera. Cuanto se hace o se dice en esos países, magnificado por una prensa propicia, así sea ello lo más banal y de poco momento, asume para propios y extraños caracteres de importancia proporcionales a la grandeza nacional, en tanto que el más genial y meritorio esfuerzo de los ciudadanos de países reputados inferiores se desvanece en el silencio y se hunde en el desconocimiento. La tabla de los valores está, pues, virtualmente adulterada por la perturbación que las perspectivas engañosas causan al juicio humano en esta forma—y no de las menores—de la universal denegación de justicia de los fuertes a los débiles.

Una inspección cercana y continua de las grandes civilizaciones europeas lleva al ánimo del observador hispanoamericano la íntima persuasión de que, aparte de excelsitudes de excepción, flor suprema de una cultura varias veces secular, el nivel medio, intelectual y moral de la humanidad civilizada de nuestros jóvenes estados no es ni con mucho inferior al de las viejas sociedades europeas; convicción de óptima fecundidad para el esfuerzo, y poderosa a reencender el fuego del entusiasmo y de la fe en nosotros mismos, que ha venido apagándose en largos días de prueba y de abatimiento.

Si la ilusión jacobina del absoluto igualitarismo se ha desvanecido, desvanécese igualmente la concepción de la desigualdad desde el punto de vista del tradicionalismo aristocrático. En la naturaleza y en las sociedades humanas existen categorías, mas no son ciertamente aquéllas que estableció en el pasado, y pretende sostener aún el criterio retardatario de la reacción antidemocrática. Cuando ante ciertos postulados de la ciencia se llegó a exclamar: «La democracia ha sido demolida», no se tuvo en cuenta que la misma tesis selectiva, a la cual se atribuía la demolición de los principios democráticos, demolía también la concepción clásica del aristocratismo. Si conforme al dogma de la selección natural, «los mejor organizados,

los más sanos, los más activos o los más inteligentes, ganarán a la larga inevitable ventaja sobre los que no están dotados de esas condiciones» (1), es claro que es a la aptitud y no a otra circunstancia a quien la teoría darwiniana discierne la superioridad natural, y esa aptitud no está demostrada como privativa de familias, castas ni nacionalidades determinadas. Hay más aún: las leyes de la naturaleza, en cuyo nombre se llegó a la renegación de la democracia, no son el decálogo inmutable y absoluto gravado en la eternidad del bronce y superior a toda humana derogación; nuevos puntos de vista han surgido que, como lo hemos dicho atrás, modifican sustancialmente los puntos de vista científicos y atenúan sus otrora implacables conclusiones; adviértese que aquellas leyes son más maleables, más elásticas, y si vale la expresión, susceptibles de más permisivas interpretaciones; la crítica moderna, para decirlo de una vez, ha limitado su alcance y disminuído su prestigio. El espíritu democrático asume ante las leyes naturales una doble actitud: en un sentido las corrobora, en otro las rectifica. En su empeño de eliminación de todas las desigualdades extrínsecas, universaliza y da toda su amplitud a la gran ley de la concurrencia vital, que los regímenes conservadores, con la distribución arbitraria de las ventajas y preeminencias, con el cúmulo de instituciones prohibitivas y monopolizadoras, con las cargas diferenciales, los privilegios y las excepciones, entraban y perturban hasta detener el libre desarrollo de la potencialidad integral de la naturaleza y del trabajo; aquilata la significación biológica del factor colectivo y reduce a su verdadera posición al individuo, como elemento componente de la masa, y no algo distinto y superior a ella; fija, como ya se dijo antes, el valor inmenso de los factores primeros, del colaborador sin número y sin nombre en las creaciones de la naturaleza y de la humanidad, y al abatir las barreras que el régimen

---

(1) Wallace, *Darwinism*.

de castas doquiera ha levantado entre el hombre y el hombre, si por una parte contraría no bien probadas leyes de herencia, favorece, por otra, los cruzamientos que hacen más fácil el proceso de renovación antropológica y sirven de preventivos contra la degradación de la especie.

Ni puede negarse tampoco que en ciertos conceptos el espíritu democrático rectifica esas mismas leyes naturales cuando quiera que la necesidad se revela de poner a salvo los derechos esenciales de la persona humana contra la inclemencia de la fuerza y del abuso, que la naturaleza, impasible y fría como una tumba, consiente y sanciona. Pero esa actitud modificadora no es propiamente *antifísica*, sino una tendencia de humanización de la áspera hostilidad primitiva de las cosas; la democracia, en su esencia, no es sino la reacción de la conciencia humana contra la naturaleza, en el sentido de la justicia. Si la naturaleza niega a los débiles el derecho a la vida, el espíritu democrático, sentido supremo del espíritu cristiano, en nombre de una equidad superior, al ciego y brutal fatalismo de las cosas, ofrece la esperanza de la rehabilitación al caído, y al paria la posibilidad de la ascensión. «La suma de justicia que a pesar de todo hallamos en el mundo—dice el gran poeta filósofo Maeterlinck—no proviene de la naturaleza, sino sólo de nosotros, que la incorporamos a la naturaleza». La ciega conformidad a las leyes naturales como criterio de moral y de política, sería una renegación de los más esenciales frutos del espíritu humaro y la aceptación como guía de una luz insuficiente. «Ningún sér—observa el mismo Maeterlinck con ese sexto sentido que es la característica de su noble genio—está organizado, como nosotros, para producir ese fluído extraño que llamamos pensamiento, inteligencia, entendimiento, razón, alma, espíritu, potencia cerebral, virtud, belleza, saber, porque posee mil nombres, bien que sea una sola su esencia». La misión verdadera de las sociedades es hacer predominar en el mundo, contra toda suerte de desafueros de la impulsión brutal, esas fuerzas

originales: la democracia, al corregir hasta donde es legítimo, por la justicia contra la inhumanidad de la naturaleza, las desigualdades primitivas, y al afirmar, contra las extremosas conclusiones de la concurrencia vital, el principio del derecho mínimun de cada uno en el patrimonio colectivo de la humanidad, representa una de las formas más altas de la equidad y una de las más nobles conquistas de la civilización.

CAPITULO VIII

CORRIENTES FILOSOFICAS EN LA AMERICA LATINA

Con este mismo título el literato y distinguido pensador peruano don Francisco García Calderón, ha presentado una interesante memoria al congreso de filosofía de Heidelberg en 1908, acogida luégo por la *Revue de Metaphysique et de Morale* en suplemento especial (1), singular honor que bien claramente está diciendo del valer del autor y de la entidad de su trabajo. El joven escritor a cuya vigilante preocupación por los problemas del pensamiento contemporáneo debe ya la literatura hispanoamericana obras de raro mérito, plenas de vastísima información y de un espíritu de alta y generosa serenidad, aborda en su memoria una materia que entra naturalmente dentro de los límites de este ensayo en el punto mismo en que se estudia en él la rotación de las ideas en la esfera de la investigación filosófica. En la América española y en Colombia muy particularmente, el espíritu especulativo ha sostenido tan asiduo e íntimo comentario de las cuestiones de política general, ha estado por tal manera vinculado durante extensos períodos a nuestra historia y a la modelación de nuestro carácter, que sería imposible

---

(1) *Les courants philosophiques dans L'Amerique latine*, par García Calderón.

no tener en cuenta sus orientaciones sucesivas, la fuente de sus inspiraciones y su persistente actuación en nuestros hombres y en nuestras instituciones, cuando quiera que directa o indirectamente se consideren éstas o se estudie la posición de aquéllos.

Muy más que parcialidades políticas, han sido en ocasiones nuestros partidos escuelas filosóficas; supersticiones, excesos o fanatismos de doctrina, sus errores, y arena de sus debates nuestra historia, hasta el punto de haberse dado el caso singular de que la adopción de un texto universitario de ideología o de legislación haya sido abundoso pábulo de enardecidas discusiones en nuestros parlamentos, de vehementes campañas en nuestra prensa política, causa de conmoción social e indirecta bandera de agitaciones intensísimas y de guerras civiles.

Para García Calderón la independencia política de la América Latina fue la surgente primera de donde hubieron de brotar las actuales corrientes de especulación filosófica en aquellos países, intelectualmente aletargados durante el período tres veces secular de la dominación española, «que fue nuestra Edad Media». En aquella época luenga y soporosa domina el dogma, la inquisición se establece, una escolástica de decadencia oprime el espíritu de nuestras universidades, sobre todo las de México y Lima, troqueladas en el molde salmantino del siglo XVI; la curiosidad intelectual se desperdicia y gasta en obras atiborradas de erudición, en disputas bizantinas y en comentarios de viejos textos estrechos y excesivos. La filosofía dominante es más bien de la Duns Scoto que la de Santo Tomás; es un pensamiento sutil, un ejercicio dialéctico en el vacío. Adviértese la influencia de Suárez, el teólogo español, mas nunca la de la filosofía española liberada del dogma con el criticismo de Luis Vives, el cartesianismo de Gómez Pereira o la escuela de derecho natural de Vitoria. Allí no ha penetrado todavía ninguna ráfaga del pensamiento filosófico que ya había inspirado a Bacón la fórmula del método experimental y en-

cendido en obscura guardilla del barrio israelita de Amsterdán la mente que produjo la *Etica* y los principios del panteísmo absoluto del pobre y grande Baruch Spinoza. Es solamente a fines del siglo XVIII cuando las doctrinas de Descartes y de Newton son conocidas y comentadas en las publicaciones de la época como *El Mercurio Peruano*, de Lima. En suma, la actividad intelectual del período que procedió a la independencia es pobre y entrabada, no hay allí ningún rayo de originalidad, ningún conato de autonomía, ninguna eficacia literaria ni política.

Estas observaciones, contienen, sin duda, un gran fondo de verdad, pero no toda la verdad; en Colombia, a lo menos—país que el docto autor de la memoria no incluye sino por una mención, muy honrosa, ciertamente, para el que esto escribe—puede observarse un fenómeno inverso, esto es, que la actividad intelectual no brotó de la revolución de la independencia, sino que, en cierto modo, esta revolución consecuencia fue de aquella actividad. El movimiento de ideas que procedió a la guerra emancipadora, concentrado en apariencia con Caldas y los miembros de la expedición botánica casi de modo exclusivo a investigaciones científicas, implicaba en el fondo un intenso despertar filosófico que había de ser más tarde, por irrevocables leyes de causalidad, inspiración y numen de la revolución política. En su grande obra póstuma lo observa Reclús: «No fue uno de los menores triunfos del espíritu filosófico del siglo XVIII la graciosa autorización dada a astronómos franceses para medir un arco del meridiano en las mesas andinas y más tarde las licencias para emprender viajes de exploración concedidas a españoles y extranjeros; así se vio a Félix de Azara crear la geografía de las regiones del Plata, a los neogranadinos Mutis (1) y Caldas y a los españoles Ruiz y Pavón estudiar la historia natural de las regiones andinas» (2). Li-

---

(1) Mutis era gaditano, pero domiciliado en Nueva Granada.
(2) E. Reclús, *L'Homme et la Terre*, vol. 5, pág. 88.

bros que decían del gran movimiento de ideas de la época, clandestinamente importados y sigilosa y ávidamente leídos y comentados en las *tertulias* de los hombres más distinguidos de la colonia, elaboraban el espíritu que había de dar luégo forma a la revolución, cuyo primer *acto* fue la traducción y propaganda de los Derechos del Hombre, que Nariño tomó de una *historia de la Asamblea* constituyente y que lanzó al país como doctrina y mensaje de las aspiraciones americanas. La acción intelectual de la revolución francesa precedió, pues, en nuestro país a la independencia: propagó sus ideales y la preparó con las labores de los grandes intelectuales de aquella época, que lo fueron Nariño, Camilo Torres, Zea, Caldas y los demás.

En la antigua presidencia de Quito, según lo observan escritores como don Pedro Moncayo y el doctor Ricardo Becerra, ya a fines del siglo XVIII empieza a sentirse la influencia de las nuevas ideas filosóficas «y aun la política misma, la ciencia social, vedada por los reyes absolutos, empieza poco a poco a conquistar un pequeño campo en la región escolar; empiezan a oírse citar sin escrúpulos los nombres de Descartes, Bacón y Léibnitz, de Becaria y de Filangiere, y ya se habla de libertad y de independencia en la enseñanza, como de independencia y libertad en la vida pública». Espejo y los jesuítas Magnin, Aguilar, Hospital y Aguirre pueden señalarse como las encarnaciones más visibles de ese movimiento de ideas en la andina ciudad, al cual debe atribuírse la prelación que la ciudad de Quito puede reclamar en las iniciativas revolucionarias que fundaron la independencia hispanoamericana.

En los años que siguieron al establecimiento de la independencia—agrega García Calderón—toda la filosofía, todo el pensamiento hispanoamericano se orienta hacia la política y son las influencias francesas las que predominan: liberalismo de Benjamín Constant, doctrinarismo de Guizot, por donde quiera luchan y se imponen; en libros

y folletos coméntanse estas doctrinas que los hombres de ese tiempo, en tentativas estériles a las veces, se esfuerzan por realizar en formas prácticas. En el orden del pensamiento puro, la influencia de Cousin y del eclecticismo comienza hacia 1850, para prolongarse con la acción ejercida por los libros de Saisset, de Paul Janet y de Jules Simón hasta las postrimerías del siglo. Aquí aparece nuevamente Colombia separada del movimiento general hispanoamericano como se estudia en la memoria. El notable hombre de estado a quien cupo en suerte organizar el país y fundar en él la administración pública después del triunfo sobre España y después de la disolución de la gran Colombia, se inclinaba por carácter y por temperamento intelectual al pensamiento británico en sus formas más positivas; el general Santander, pues, con sus colaboradores Soto y Azuero, fomentó en los colegios nacionales el estudio de los principios de legislación y de deontología de Bentham, que el autor mismo había remitido a Bolívar en 1825, principios que hallaron luégo en Ezequiel Rojas y en Rojas Garrido apóstoles que llevaban a la defensa y propagación del credo utilitario toda la ardentía y toda la intransigencia del sectarismo racionalista. Impugnábanlos con bríos no menores, ya desdé el día siguiente al 25 de septiembre, el ministro Restrepo (circular a las universidades, de octubre de 1825), ora mucho más tarde, y enfrentados a los dos Rojas y sus discípulos, algunos liberales idealistas de la mentalidad de Ricardo de la Parra y la escuela tradicionalista y conservadora que tenía a su servicio a los primeros escritores, acaso, del país, con Mariano Ospina, José Eusebio Caro y después Miguel Antonio Caro. El pensamiento filosófico francés estuvo representado casi exclusivamente entre nosotros durante la primera mitad del pasado siglo por el sensualismo de Destutt de Tracy, tan magistralmente juzgado por Taine, como el de Condillac y Cabanis (1).

(1) *Les origines de la France contemporaine. L'Ancien Régime*, 1, pág. 316.

Biblioteca "AMERICA" Universidad DE SANTIAGO ESPAÑA

Es Tracy uno de los últimos representantes del espíritu clásico que predominó en los dos penúltimos siglos, así en Descartes y los partidarios de las ideas puras, como en los sensualistas, a cuya escuela pertenecía el filósofo admirado de nuestros padres. La comprensión limitada de este espíritu le veda—dice Taine—ir más allá de la superficie de las cosas, estudiar el hecho viviente y probatorio: «jamás como en los sistemas de estos filósofos—agrega el autor de *La Inteligencia*—se construyeron edificios más regulares y espaciosos con tan pobre extracto de la naturaleza humana; la escuela subsistió en la revolución, en el imperio y hasta la restauración, firme en la rigidez de su código, en la uniformidad de su criterio y de sus obras y en la estrechez de su juicio». Entre nosotros su influencia se hizo sentir hasta fines del tercer cuarto del siglo pasado. Bentham y Tracy eran para nuestros padres el símbolo supremo del pensamiento liberal militante, y sus nombres indisolublemente apareados resonaron por mucho tiempo como el *pean* de una ardiente lid a un tiempo filosófica, religiosa y política. Corrientes más modernas empiezan a aparecer, y Stuart Mill inspira a Florentino González su obra de derecho constitucional, y Cerbeleón Pinzón en su filosofía moral exhibe un temperamento conciliador y ecléctico, en que no aparecen huellas de la influencia francesa.

En el resto de la América latina, la acción del pensamientos inglés es mucho menor; sin embargo, un gran pensador se forma en la escuela de Ried y de Dugald Stewart: es Andrés Bello, nacido en Venezuela, que a la cabeza de la vida intelectual de Chile influye en donde quiera. Su espíritu de análisis, su fuerte lógica, su psicología un poco abstracta, pero penetrante y segura, le daban acción original, varia y profunda sobre la dirección de las ideas. Aplica el análisis inglés a los principios de la gramática, a la lógica, a los códigos, a las leyes de la lengua, al derecho internacional, y siempre se exhibe como filósofo de la escuela anglosajona, lleno de

common sense, de estoicismo moral, de análisis cerrado y poderoso; el argentino Alberdi recibe, como él, la influencia inglesa, pero más bien en sus doctrinas políticas y sociales, mientras que Sarmiento representa en el mismo país, por lo mejor de su espíritu y de su influencia, la tradición francesa y latina. La influencia de Bello en nuestro país se impuso sobre todo en el estímulo a doctas disquisiciones filológicas y gramaticales, que han rayado a altura casi insuperable en las obras de Caro (M. A.) y del ilustre autor del *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana*, Rufino J. Cuervo; en los estudios de derecho internacional determinó la orientación general del espíritu sajón de Martínez Silva; su literatura contribuyó a formar el gusto por el genuino casticismo castellano, y sus fórmulas del derecho civil, esculpidas en el código chileno, fueron adoptadas sin modificaciones irreverentes por nuestros legisladores.

Al espíritu clásico, padre común, al decir de Taine, así de la tragedia política del terror como de la filosofía de la sensación de Condillac y de Condorcet, de Cabinis y Tracy, sucedió, con las nuevas corrientes literarias, el movimiento romántico de la política y de la filosofía, en los cuales, como esencia íntima e incorruptible, se advierte una tendencia espiritualista, patente en medio de las más audaces concepciones revolucionarias y de las demoliciones institucionales más intensas. El espíritu de 1848, que pasó como un hálito vivificante y ardoroso por el mundo occidental con todo lo que implica de corriente de ideas, de anhelos de justicia y de humanitarismo, de escuelas emocionales de rehabilitación de los oprimidos, de simpatía por el proletariado, de liberación de las patrias irredentas, tuvo en nuestro país acción visible y honda; así lo hace resaltar, en obra reciente, un sabio y pensador libertario (1). Las nobles aspiraciones, la filosofía del pro-

(1) «*Pour l'Amerique latine il en fut autrement, l'influence morale de la France est-telle dans ces contrées que sa révolution nouvelle (1848) secoua fortment les esprits et produisit ça et la, notamment dans la Nouvelle Grenade, mouvements politiques*». Réclus. *L'Homme et la Terre*, vol. V. pág. 137.

greso, la preponderancia del ideal sobre la inercia de las cosas, los conceptos morales de caída y de redención que se acendran hacia la latitud de las pampas en inspiraciones poéticas, como en el caso del argentino Andrade citado por Calderón, culmina entre nosotros en hermosa aunque no rica floración intelectual y en una actividad política que no tuvo precedentes ni ha dejado imitaciones.

En otra parte lo hemos dicho ya; parecía que las lenguas de fuego del alado espíritu hubieran descendido sobre aquellas mentes y encumbrasen en aquellas almas la noble llama que ilumina la transformación social por la justicia y la confraternidad. El espíritu nuevo, vibrando en la acción y clamoroso en la palabra de los inolvidables soñadores de la *Escuela republicana*, discípulos de Michelet y de Quinet e imbuídos en las vagas generalizaciones histórico-filosóficas de Herder, inspira el código generoso de 1853. La innovación atacaba de lleno los residuos del régimen colonial, desde el sistema rentístico hasta las concepciones de la filosofía y del derecho. En aquella figuración histórica de nuestra segunda independencia, Murillo fue nuestro Ledru Rollín, como Camacho Roldán nuestro Lamartine. Nadie podrá desdeñar la obra y el pensamiento de aquellas almas inflamadas, de aquellos caracteres de elección; Vicente Herrera, Ricardo de la Parra, los Samperes, los Solanos, José Joaquín Vargas, Ricardo Becerra, toda aquella nobilísima teoría del ideal que un adversario ingenioso personificó con maleante intención y afortunado cincel en el don Demóstenes de *Manuela*, de Eugenio Díaz Castro, y a quienes se llamó *gólgotas* por sus constantes invocaciones al «Mártir del Gólgota», considerando por ellos como el primero y más sublime de los demócratas de todos los siglos. Ideas más prácticas y más concretadas a la política, pero no menos generosas, propagaban brillantemente Ancízar, Santiago y Felipe Pérez, Zapata y el profundo Cuenca.

La doctrina laica contraría a los dogmas y la ardentía de su batallar contra las tradiciones de la escuela con-

servadora y católica, relevantes en la posición y en los escritos de Vigil en el Perú, de Bilbao en Chile, de Ocampo y de Juárez en México, encarnó entre nosotros en Rojas Garrido, orador perfecto, pero espíritu intransigente y retardatario que supo, no obstante, ejercer irresistible fascinación sobre la juventud de su tiempo; su verbo rotundo y abundoso fue vehículo de ese absolutismo de las ideas que caracteriza la mentalidad jacobina, y fundó la escuela de la violencia en el pensamiento, cuya proyección necesaria en la política es la escuela de la violencia en los hechos, bautizada entonces con el nombre de draconianismo. *Draconianos* y *gólgotas*, más que dos fracciones políticas del liberalismo son dos formas antagónicas del pensamiento, dos concepciones distintas y opuestas de la política y de la vida que Shakespeare, ese gran vidente, fijó en la actitud de Casio y en la de Bruto después de la tragedia de los *Idus de Marzo*, y que en la convención francesa abrió entre la Montaña y la Gironda un proceloso piélago de sangre. El criterio de lo absoluto y la intolerancia dogmática, su necesaria consecuencia, debía también separar en el campo de la especulación filosófica a los discípulos de Rojas, entre quienes se distinguieron Arrieta, poeta y tribuno, Juan de D. Uribe, escritor genial; y Juan Manuel Rudas, incansable laborador de ideas, de la generación subsiguiente que, fervorosa del autor de la *Filosofía Sintética*, entreveía más allá de sus inducciones amplios horizontes intelectuales y sustantivas modificaciones en la apreciación de los fenómenos de la vida de relación. Al entusiasmo por Bentham, Tracy y Rojas, sucedió, pues, el estudio sosegado y profundo de Herbert Spencer, citado, acaso por primera vez entre nosotros, por un hombre muy discutido, pero de innegables ejecutorias intelectuales: Rafael Núñez.

El positivismo de Comte había hecho ya para entonces alguna carrera en otras repúblicas, según nos lo dice García Calderón: «En Chile, Lagaguirre, discípulo de Comte, explica y defiende sus doctrinas; en México, la

Revista Positiva, de Aragón, que defiende las mismas ideas, tiene una curiosa vitalidad; el positivismo, desde el primer momento, debía conquistar el pensamiento de la América latina como no lo había hecho ninguna otra doctrina filosófica». La fórmula de Comte «todo es relativo, he ahí el único principio absoluto», implica una completa reacción contra el espíritu jacobino; es su refutación radical y levanta el concepto de tolerancia a las regiones superiores, en donde el espíritu de siglo XIX, en vigoroso contraste con el del XVIII, sitúa la posibilidad de conciliación y de armonía por lo alto, entre las más venerandas tradiciones de la humanidad y las más atrevidas aspiraciones de la libertad. Mas fue Spencer, en Colombia, quien imprimió una nueva orientación a los espíritus, seducidos, sin duda, por lo que Bergson llama con propósito impugnativo, las dimensiones gigantescas de sus deducciones, la limpidez y generalización de sus fórmulas evolutivas y la claridad superficial de sus comparaciones y de sus metáforas mecánicas. Por una parte, era lógico, como lo reconoce el mismo Bergson, que el sistema spenceriano sedujese las inteligencias preparadas por los descubrimientos y las teorías ambientes a aceptar la explicación más universal de los fenómenos bajo la forma de una estática y de una dinámica generales y a concebir la historia del mundo como una historia del movimiento físico. Por otra, su concepción de la relatividad, su afirmación de lo incognoscible, la amplitud de su criterio político y su concepto de que la ciencia y la religión no son inconciliables, serenaban los espíritus fatigados de la esterilidad de una lucha sin tregua y sin piedad entre dos sistemas igualmente extremosos e igualmente dogmáticos. Los *Primeros principios* fueron tomados literalmente como el Evangelio de las ideas modernas. Nicolás Pinzón W., espíritu luminoso cuya pérdida no ha podido reemplazar la república, Herrera Olarte, J. D. Herrera, Iregui, fueron apóstoles convencidos y militantes de filosofía spenceriana. Así como en México extractos de los *Principios de Etica*,

de Spencer, y de la *Lógica,* de Stuart Mill, sirven de textos universitarios, en nuestro *Externado* de Bogotá, sintetizaciones de la *Moral* y de los *Primeros principios,* hechos y bien hechos por Tomás Eastman e Ignacio V. Espinosa, servían de textos de Etica y de Psicología. Años antes, y por la iniciativa de Rudas, había traducido Madiedo, y se propagaban entre la juventud, el extracto de la *Lógica* de Stuart Mill, por Taine, y condensaciones de Grote de Bain, de Claude Bernard, de Ribot, de Zoubarousky. El pensamiento entraba en un período de hermosa actividad, a la que contribuían no poco las enseñanzas en que Vargas Vega, nuestro Littré, primero, y posteriormente J. D. Herrera, hacían de la biología algo como el eje fundamental de la filosofía moderna y las conferencias eclécticas a lo Janet, pero nutridas de vasta y novísima información del profesor suizo Rothslisberger. No apareció, sin embargo, entonces, ni ha aparecido después, salvo algún trabajo inédito de Iregui y alguna conferencia de Camacho Carrizosa o de Diego Mendoza, ningún estudio de sociología comparable, por su entidad siquiera, a los de Cornejo en el Perú, Letelier en Chile, Bulnes en México, Báez en el Paraguay, Gil Fortoul en Venezuela, y últimamente, García Calderón en su vasto trabajo *Le Pérou contemporain.*

Mas la supremacía del positivismo ha producido dos reacciones: honda la una y de ya muy apreciable influencia en las modalidades del criterio filosófico en su aplicación a la literatura y a la política; brillante y fascinadora la otra por la aparente novedad y audacia de las doctrinas y el real genio de su apóstol, pero que no podría decirse en rigor que haya tenido una verdadera actuación filosófica. Esas dos corrientes quedan definidas y caracterizadas con dos nombres de cuyo prestigio está plena la contemporánea literatura de ideas: Guyau y Nietzsche. Como lo observa con tanta penetración Fouillée, los dos filósofos poetas sacan, de análoga concepción de la vida intensiva, dos conclusiones diametralmente opuestas. Con-

sideran ambos la vida como una actividad que encuentra en su mayor expansión y en su más alta intensidad su goce más alto, pero en tanto que el teutón dominador ve en la superabundancia vital una potencia de dominación, de agresión y de tiranía, Guyau, en cuyo noble genio parecen culminar las más excelsas cualidades latinas, afirma, por el contrario, que tal superabundancia es un elemento necesario de la simpatía y de la solidaridad humanas. «La fuerza sólo debe servir para el ataque», exclama eluno. «Sirve también, y sirve mejor, para la cooperación», dice el otro. «Los fuertes se aíslan, sólo los débles se asocian», asienta el germano. «El mayor desarrollo cerebral, que es una de las faces más eficientes y perdurables de la fuerza—demuestra el latino—tiende a la asociación cooperativa». Encamínase la corriente filosófica de Guyau en el sentido de la expansión simpática *hacla* los demás, la de Nietzsche en el de la expansión agresiva *contra* los demás; siguiendo la primera se funda el altruísmo natural sobre las leyes mismas de la vida, que es en el fondo el proceso íntimo de la civilización occidental; permanécese en el adusto aislamiento primitivo en que el hombre abate al hombre, en la prehistórica época de la acometividad sin atenuación y de la lucha sin piedad, en la eterna desigualdad, la eterna opresión y la guerra eterna, siguiendo la segunda. Ambos filósofos, ambos altísimos poetas, Guyau y Nietzsche, penetrados, en su sentido más hondo, de la seriedad del pensamiento, de la seriedad del arte y de la seriedad de la vida, combaten el concepto del arte por el arte y buscan en la poesía, como Mazzini, un vehículo a las grandes ideas; el uno como un nuevo campo para desplegar su potencia, *¡matcht auslassen!* el otro para expandir su alma en efluvios generosos de simpatía, de fraternidad y de amor. En el terreno político el alemán ve en la violencia una expansión victoriosa de la potencia interior, en tanto que el francés declara: «Dar por objeto a la voluntad el abatimiento de los otros, es darle un objeto insuficiente y empobrecerse a sí mismo».

Para el primero es, naturalmente, la completa dominación el ideal de la expansión de la vida; Guyau demuestra, por el contrario, que la voluntad, cuando llega a hacerse absolutamente incontrastable, se desequilibra y degenera; «el déspota, entregado a caprichos contradictorios y sin freno, se convierte en un niño y toda su omnipotencia objetiva acaba por producir una real impotencia subjetiva» (1).

No creemos que los espíritus distinguidos que en Colombia y en el resto de la América latina se han llamado *nietzscheanos* hayan aceptado de los sermones líricos de Zaratustra otra cosa, aparte de las bellezas literarias, que aquellas generalizaciones inofensivas del concepto apolíneo de la vida y la intensidad del vivir, sin llegar jamás seriamente a la condenación de la justicia y de la piedad, a las dos morales, o mejor, al inmoralismo ni a pensar en el abatimiento y sujeción de la inmensa mayoría de sus conciudadanos convertidos en rebaño de esclavos. Si en los pueblos modernos ha de surgir el dominador *inmisericorde*, ciertamente no será del gremio de los artistas literatos e intelectuales más o menos modernistas que hoy legitiman el ministerio del opresor desalmado; los Rosas, y los Melgarejos no se forman, por dicha, en el comercio de los refinamientos literarios y de los estetismos exóticos y exquisitos.

Las ideas de Guyau, con todas sus proyecciones en el campo de la literatura, del arte, de la moral y de la política, encontraron entre nosotros resonancia y prosélitos en el reducido grupo de escritores que habló al país desde las columnas de dos diarios que llegaron a adquirir alguna notoriedad, siquiera sea por las tempestades que sobre ellos se desataron: *La Crónica* y *El Nuevo Tiempo*. En otros países de América, según García Calderón, «la acción de Foullée y de Guyau ha sido muy intensa, prin-

---

(1) *Education et Heredité*, pág. 53; *Esquisse d'une morale sans obligation ni sanction*.

cipalmente la del primero, en los estudios jurídicos y sociales. Las nuevas generaciones leen a Guyau y lo comentan sin cesar, y un joven pensador, defensor brillante del idealismo y del latinismo en América, José Enrique Rodó, ha hecho grandes elogios de él en su libro *Ariel*, cuyo título es ya un símbolo de renacimiento y de generoso idealismo. «Todas las figuras interesantes del pensamiento contemporáneo en la América latina—continúa García Calderón—están orientadas hacia el idealismo; en México, donde dominaba el positivismo, se advierte un cambio de frente; el ministro de instrucción pública, Justo Sierra, hablaba recientemente de la crisis filosófica, y Bergson ha destronado a Spencer. En Chile, un profesor alemán, el doctor Wilhelm Mann, dirige en el Instituto Pedagógico un nuevo movimiento de ideas contrario a la tradición positivista de aquel pueblo: en el Perú los profesores Deustua y Javier Prado, en el Uruguay Vas Ferreira, en la Argentina Carlos Octavio Bunge e Ingegnieros, en Cuba Enrique José Varona, en el Paraguay Manuel Domínguez, propagan ideas bastante análogas para que sea permitido señalar una corriente filosófica nueva».

La tendencia al idealismo con la filosofía de Renouvier, de Boutroux, de Bergson, de William James, parece señalar el rasgo más relevante de la actual orientación del espíritu en Hispano América como en el resto del mundo. Implica, al reivindicar los derechos del misterio y del ensueño en el pensamiento y en la obra, una suerte de reacción contra el racionalismo algo estrecho y contra el criterio dogmático que constituyeron los caracteres de las filosofías anteriormente enseñoreadas de la dirección de ideas y de la dirección de la vida. La excesiva supremacía de lo práctico, el exclusivo culto de la riqueza y del éxito material, el egoísmo y algunas veces un amoralismo al cual las doctrinas de Nietzsche, mal interpretadas, han dado su fuerza y su brillo, han sido, según el joven filósofo peruano, lote de la escuela positiva contra el cual

reacciona el idealismo; podría observarse que esas manifestaciones del espíritu yanqui han provenido, en primer término, de individualidades sobre quienes las corrientes filosóficas ejercen un mínimum de influencia, si alguna, y más de una vez se ha patentizado también que mentalidades troqueladas por la más idealista de las doctrinas y la más renunciativa de las religiones no hayan sido extrañas a la grosera y letal contaminación.

El criterio filosófico, cada vez más tolerante y lato, resultado de la general cultura de nuestros días, influye necesariamente en las modalidades intelectuales de pueblos que rastrean con ávida persistencia, para imitarlo y a las veces para exagerarlo, el movimiento de las ideas europeas, pero está muy lejos de haberse alcanzado una nivelación uniforme, por lo alto, en la parte militante de la inteligencia latinoamericana que autorice, sin substanciales distingos, una calificación y una clasificación generales. Ni se ven todavía conatos de aquella originalidad filosófica que las formas características y peculiares de nuestra mentalidad demandan, y que no ha aparecido tampoco con relieve suficiente en otras ramas de la actividad intelectual que de aquélla se derivan. La reversión de los ideales, la intensa reacción de los principios, la no interrumpida mudanza de perspectivas intelectuales que hace pasar del idealismo al sensualismo, de éste al positivismo y del positivismo a nuevas formas de idealismo-determinan dislocaciones del criterio y retrasos del pensa, miento, *Idola Fori* de la filosofía que engendran los *Idola Fori* de la política. Fuerza es convenir igualmente en que las ideas más avanzadas y generosas, como sol naciente, iluminan sólo las cimas más altas y que aquel grupo profético de que habla Quinet, destinado a recibir, a elaborar y a propagar las ideas que han de ser más tarde la fórmula salvadora de una sociedad y el lote común de los pueblos, tiene que pagar al precio de la persecución, del desconocimiento y de la injusticia, el dón de su clarividencia y la audacia de sus revelaciones. En la masa

profunda y amorfa domina unas veces el prejuicio de pasado y otras, lo que es peor aún, las formas más delirantes e innobles de la diatriba pamphletaria y de la retórica jacobina. La organización política y las doctrinas institucionales, oscilantes en su polaridad entre los más contrapuestos ideales, no han interpretado aún el sentido exacto del pensamiento moderno en cuanto éste implica de amplia conciliación entre lo práctico y lo generoso, entre lo tolerante y lo justiciero, entre las leyes de constancia, de evolución y de revolución.

CAPITULO IX

CORRIENTES POLITICAS EN LA AMERICA ESPAÑOLA

El movimiento político en Hispano América y la oscilación del equilibrio de los partidos han sido en el primer siglo de independencia reflejo de correlativos movimientos europeos, que las circunstancias ambientes peculiares a nuestro mundo, o mejor, a las diversas secciones de nuestro mundo, con su virtualidad refractiva atenúan o exageran en cada ocasión. Formadas las nacionalidades americanas por el aluvión del viejo mundo que una onda migratoria incesante deposita en sus playas desde hace cuatro siglos, aluvión que se superpone unas veces al residuo autóctono y otras se sustituye completamente a él, son ideas europeas las que germinan y luchan, triunfan o sucumben sobre nuestro suelo *vigorosamente retocadas casi* siempre por los tonos ardientes de nuestro sol. Ha carecido el elemento nativo de iniciativas propias—salvo en el caso aislado de esta o esotra personalidad de excepción—y casi siempre ha servido de materia plástica sobre la cual la inquieta mano del artífice político ensaya las modelaciones de uno y otro sistema. Los errores y las utopías, las agitaciones espasmódicas y la flacidez de las postraciones, los abusos y los delirios que tan duramente se

nos reprochan, así como las actitudes generosas y las felices adaptaciones que tan escasamente se nos reconocen, no son sino una lejana y a las veces apagada repercusión de las grandes conmociones de ultramar. La chispa ha partido de allí, y si arde en propicia hoguera, vigía de luz sobre la cumbre de nuestras montañas, o si el huracán de nuestros desiertos la desata en llamaradas de incendio, no deben olvidarse para la exaltación o para el vituperio la fragua lejana donde se forjó, ni el aliento de alada propaganda que nos la trajo. El juicio europeo—el de un Gervinus, por ejemplo—implacable en su severidad con nuestros errores, olvida el determinismo de los fenómenos de la imitación y de la herencia y condena en nosotros, como espontáneo brote y viciosa propensión, lo que no es muchas veces sino la fatalidad de un legado indeclinable, que la doble colaboración de la raza y del medio desarrolla en extrañas germinaciones.

Los descubridores de la Costa Firme, aquellos arriscados y legendarios «conquistadores del oro», que cantó Heredia, su vástago afrancesado, y sobre quienes la aberración de la conciencia histórica, particularmente injusta en todo lo que a España se refiere, parece haber consagrado la romanesca presentación que Enrique Heine hace del más garboso de ellos: «Ceñía el laurel su frente, lucían en sus botas los acicates de oro: con todo, no era ningún héroe; no era ni siquiera un caballero; no era más que un jefe de bandidos que con mano insolente grabara en el libro de la fama su insolente nombre: Hernán Cortés». Esos hombres extraordinarios, decimos, profesores de energía en las comarcas fabulosas y caballeros sin miedo, aunque no sin tacha, trajeron a América vívido, bajo el acero de sus corazas, un sentimiento de ruda energía: no era ciertamente el austero concepto de la libertad, irreductible bajo el sayal puritano de los peregrinos del *May Flower*, pero había de tener, como éste, prodigiosa fecundidad. Salidos de su tierra antes de que la rota de Villalar hubiera dado el último golpe a la

tradicionales libertades de la patria o poco después de tan funesto día y cuando el absolutismo de la casa de Austria aún no había troquelado para la servidumbre el alma española, aportaron al Nuevo Mundo, con el milagro de su tenacidad y de sus bríos, toda la altivez y el celo de las comunidades castellanas. Tal espíritu como ese, agonizante bajo la inmediata opresión del primero de los Habsburgos, importador del despotismo exótico en la tierra de los fueros, transportábase sobre los bergantines aventureros a las soledades del mundo recientemente descubierto y hubo de preservarse en aquellas provincias de la España trasatlántica en donde predominó, como en real propio, el carácter altivo e inflexible de castellanos y leoneses, fuerte de aragoneses y vizcaínos, que no a todos los indianos retrata la filiación que Cervantes hizo de ellos en *El Celoso Extremeño*. El valladar insondable que abre el mar del Atlante entre uno y otro mundo; lo bravío de las selvas; las medrosas perspectivas del desierto y la agria muralla de las serranías, amparaban a los habitantes de las tierras nuevas con una suerte de aislamiento, de desvinculación y de independencia imposible en la Península, bajo la mirada vigilante de los agentes inmediatos de la corona. «Se obedece, pero no se cumple», respondió una vez a la comisión encargada de promulgar las leyes de Indias el osado Belalcázar: esa fórmula es toda una revelación de la actitud de los españoles en en América ante la corte impotente y lejana. Ese mismo sentimiento, pero al cual las pasiones más ásperas habían tocado ya con el ascua de su contaminación, fue sin duda el que determinó los movimientos tumultuarios de Alvaro de Oyón, de los Pizarros, de Carbajal, de Cepeda, de Hernando Contreras, de Juan Bermejo, de Villagrán, del volcánico Lope de Aguirre y de todos aquellos *tiranos*, como se les llamaba entonces, que tiñeron los primeros con sangre española por españoles vertida, las crónicas coloniales de las postrimerías del siglo XVI.

Si las colonias españolas, a diferencia de las inglesas,

no poseían ninguna forma de gobierno representativo ni otras prerrogativas diferentes de las meramente municipales, no era en realidad porque estuviesen en condición mediatizada. En cuanto a fueros institucionales, ocupaban esencialmente la misma posición que la madre patria, de suerte que puede decirse sin paradoja que como colonias, las hispanas estaban en mejor condición política, con respecto a la metrópoli europea, que no las británicas, pues a éstas no se reconocía situación de derechos públicos igual a la de Inglaterra; sólo que así y todo, las prerrogativas políticas de los angloamericanos eran superiores, no ya a las de las colonias hispanas, sino a las de España misma; los ingleses y los angloamericanos eran desiguales en la libertad: los españoles y los hispanoamericanos eran iguales en la esclavitud. El gran poeta español que recogió el cetro de Quintana en reproche a América, con un fondo innegable de verdad, exclama dolorosamente:

España te oprimió, mas no la culpes,
porque, ¿cuándo la bárbara conquista
justa y humana fué? ¡También clemente
te dio su sangre, su robusto idioma,
sus leyes y su Dios! ¡Te lo dio todo
menos la libertad!.... Pues mal pudiera
darte el único bien que no tenía.

Los descendientes de los comuneros venidos a América no habían sido, pues, deprimidos en grado mayor que sus hermanos que en España quedaron: con Juan de Padilla pereció la libertad de unos y de otros. Ya hemos visto que el alejamiento era las más de las veces algo como una protectora égida, sólo que el poder real ejercido por delegaciones transitorias, a larga distancia, si menos coercitivo es más odioso y suele también ser ocasionado a abusos, por la misma razón que no es de todos los instantes y de que aquellos sobre quienes gravita de tiempo en tiempo, han disfrutado en el comedio de relativa

libertad cuotidiana. Los encomendadores, visitadores, regentes, residenciadores, alcabaleros y fiscales, ávidos sabuesos a quienes el soberano delegaba en mal hora una que otra vez extraordinarias facultades, dejaron ominosa huella en nuestros anales: a ellos cumplía apretar el eslabón de la cadena que la distancia aflojaba, y era su actitud tanto más depresiva cuanto más amplias las prerrogativas que amagaban conculcar y más arraigado el sentimiento de fuero regional que venían a herir. El tiempo fue cubriendo con denso sudario de cenizas el fuego de la ancestral altivez castellana, pero los acontecimientos demuestran que no se extinguió del todo, pues había de encumbrarse en llamas al primer hálito de las nuevas ideas. En presencia de los movimientos populares de la villa granadina del Socorro en 1781, antójasenos asistir al reencender del entusiasmo y del firme concepto de su derecho que llevó a los segovianos a castigar sin piedad a sus procuradores débiles o infieles que en las cortes de la Coruña sacrificaron los intereses públicos a las exigencias de la corona, y que apellidó más tarde a las comunidades para la resistencia y el sacrificio. La sugestión de la similitud de nombres, pues comuneros se llamaron éstos y esotros, entra en esta equiparación por menos que la real identidad de espíritu, patente a pesar de las desemejanzas de propósito y de circunstancias.

Cuando el cumplimiento de los improrrogables plazos de la historia impuso la independencia de la América española, la triple influencia de la tradición castellana preaustriaca y de las corrientes adventicias del federalismo norteamericano y del unitarismo de la revolución francesa, en extraño connubio unas veces otras en conflicto violento, y siempre naturalmente modificadas por la espontaneidad de los caracteres y la originalidad de las situaciones, trazó los atormentados lineamientos de nuestra historia política. Debe tenerse en cuenta igualmente en ese trazo general todo lo que las formas geográficas

predeterminan en el desarrollo sociológico y en las modalidades intelectuales, y que influyen, por ejemplo, para que en las provincias del Plata apareciera desde el primer momento como espontanea gémula de la vegetación pampera la tendencia federalista y en Chile la rigidez de las fórmulas de la centralización. El relieve natural que determina la variedad de climas y la diferenciación étnica, acentuaba, desde antes del descubrimiento, caracteres distintivos bien definidos entre las tribus salvajes de las costas de México, del Perú y de Colombia, y los pueblos de relativa civilización que dominaban las mesetas frías del Anahuac, de Cundinamarca y del Cuzco; integrábanse éstas en nacionalidades rudimentarias, es cierto, pero con algunas nociones de unidad religiosa, de idioma y de gobierno, en tanto que en los valles ardientes de los ríos, en las costas de los océanos y en las llanuras orientales, hordas aisladas guerreaban entre sí tan extrañas unas de otras, como del hijo del Sol que las confundió en la común exterminación.

El sistema colonial aportó a esos países, a la Nueva Granada, por ejemplo, la apariencia de una organización unitaria, pero la realidad de una descentralización administrativa; de ahí el que cuando llegó el momento de las iniciativas políticas, surgiera espontáneo y coercitivo el principio federalista con todas las exageraciones de la primera hora. Igual determinante geográfica debe tenerse en cuenta para apreciar en su valor y sentido íntimos las dos corrientes adversarias de principios, cuya lucha persiste aún, y que han enfrentado el conservatismo de las tierras altas, reconcentrado en la tradición y sumiso a la influencia religiosa, al *liberalismo tropical* que realiza más que en sus programas, en la mentalidad de sus caudillos, todo lo que el vocablo implica como valor entendido en rasgos étnicos y en modalidades psicológicas.

En Méjico, cuando el ensayo de imperio de Iturbide hubo fracasado y el espíritu nacional pudo manifestar su natural orientación durante el período de influencia del

general Victoria; en Centroamérica, desde los primeros momentos de vida independiente y luégo bajo la ruda impulsión de Carrera; en Colombia y en Buenos Aires, como un instinto nacional, identifícase la federación durante el primer lustro de gobierno propio con los más avanzados programas del liberalismo. Los espíritus más altos de la revolución ilustraron en aquellos momentos iniciales los debates de las dos aspiraciones: no es posible determinar exactamente y de un modo absoluto en cuál de los dos campos había una visión más clara del bién público en esos momentos, ni es éste un libro de polémica o de propaganda para hacerlo; mas sí puede afirmarse la altitud procera y la sinceridad insospechable de los hombres que intervinieron de una y otra parte en el debate. Personificó la aspiración federalista de la Nueva Granada el doctor Camilo Torres y la unitaria en la Argentina el ínclito Rivadavia; la figura estatuaria de esos dos preciaros repúblicos parece simbolizar el papel que a sus respectivas patrias reservaban los hados en el primer siglo de vida independiente. Torres surge primero, y su figura, de austero perfil antiguo, ennoblece nuestros anales y reivindica para nosotros la tradición del civilismo y el concepto de pueblo propicio a las mejores formas de la civilización. Su trágica desaparición privó a la patria del prohombre civil que habría representado en el Norte de América del Sur el sentimiento cívico y la supremacía de ideas que en las afortunadas regiones del Plata tuvo su culminación en la personalidad de Rivadavia. Concedió el Hado al argentino lo que al colombiano negara, y de su labor en el gobierno irradia para su patria el prestigio de haber realizado una de las más lucidas manifestaciones de cultura y de intelectualismo en la política. Reclamaba el partido centralista, en presencia de los peligrosde las nacientes nacionalidades, aquella unidad de acción, de propósito y de sentimiento que con su fórmula adamantina «la república una e indivisible», llevó a los revolucionarios franceses a imponer la plenitud de su utopía;

por eso los hombres del centralismo eran los hijos directos de la revolución francesa, como Nariño, como Miranda, como Rivadavia, como todos los que pedían la unidad por base a la libertad; los federalistas se orientaban más bien por el ejemplo de la gran república anglosajona, la heredera entonces de los puritanos, la ciudad de la libertad, la nave del porvenir (1).

Miranda, Nariño, Bolívar, Sucre, O'Higgins, Belgrano, San Martín y Santander, a la vez soldados y hombres de pensamiento, algunos de ellos hombres de estado de primer orden, todos espíritus elevados y corazones generosos, con la necesaria sombra de error y de falta que la complejidad de la situación que les cupo en suerte afrontar hacía imposible prevenir, representan en la política americana el período de formación, la iniciativa gloriosa, el épico ciclo de la lucha, la elación del patriotismo, el nimbo luminoso del triunfo, la edad heroica de nuestra historia: son los precursores o los fundadores de la independencia, y su ideal político, límpidamente delineado, fulge como la vía láctea al través de los cielos: crear ante todo y sobre todo, la nacionalidad, y luégo, ante todo y sobre todo, conservarla. Acaso una convicción errada, pero en todo caso sincera, llevó a algunos de ellos—San Martín, por ejemplo—a imaginar en el tipo monárquico la organización más poderosa, a consolidar la existencia de los estados recién creados y a garantir las conquistas más esenciales de la independencia; ni puede pretenderse que quienes habían laborado como ellos para levantar sobre la inerte gleba colonial la fábrica de un pueblo, no viesen en la estabilidad de su creación la primera necesidad pública, siquiera esa estabilidad hubiese de afirmarse más de una vez a expensas de la libertad. Todos los

(1) El eminente escritor colombiano doctor Ricardo Becerra, en su «Vida de Miranda», llama a la revolución angloamericana «tradicionalista y conservadora y defensa de derechos seculares» y a la francesa «impulsiva e innovadora al grado del espíritu especulativo a que en parte debe su origen».

caudillos libertadores, pues sin excluír al mismo Santander, jefe más tarde del partido liberal granadino, pueden considerarse en el primer lustro de la independencia, y aun cuando no existían todavía las modernas denominaciones, como pertenecientes al partido conservador. Lo fue Páez en Venezuela, lo fue Flórez en el Ecuador, lo fueron Lamar y Santa Cruz en el Perú y en Bolivia. En Méjico, país que con el Perú conservó mejor que otros las costumbres y tradiciones españolas y la sugestión fastuosa de las cortes, la tendencia monárquica ha demostrado más arraigo que en parte alguna de Hispano América: dos emperadores ha tenido, una alteza serenísima (cuya serenidad en el gobierno brilló por su ausencia), y aun predominante el liberalismo, ha hallado manera de perpetuar a un ciudadano en el poder, a fuero de «civilizador formidable». En el Perú las fórmulas constitucionales no modelaron en la primera mitad del siglo XIX el alma colectiva; las antiguas y fastuosas costumbres del virreinato, los instintos seculares, persisten bajo los nuevos nombres, el poder se hace despótico y el trabajo es considerado como ocupación inferior: así en el tiempo de los Felipes, se entronizan en el poder verdaderas dinastías, el estado se convierte en gerente de las fortunas, y caudillos dirigentes imperan sin contrapeso (1); luégo vendrá el desastre y el dolor fecundo, y con ellos el vívido despertar y la reacción enérgica, vibrante y salvadora. Los dos grandes virreinatos que los dos más grandes conquistadores fundaron sobre los escombros de las dos más grandes civilizaciones precolombianas, aparecen en la América independiente como levitas del templo derruído y armados caballeros de la tradición.

El doctrinarismo radical emerge ya del revuelto mar de la guerra de liberación, para identificarse casi siempre con las aspiraciones federalistas, y arde como el ascua bíblica en la mente de los hombres civiles colombia-

---

(1) García Calderón. *Le Pérou Contemporain.*

nos. Los doctores Azuero y Soto, nuestro grande e infortunado Vargas Tejada, que fue un Andrés Chenier con los ideales políticos de Vergniaud y el corazón de Bruto; Pedro Celestino Azuero, el joven filósofo, sacrificado en el cadalso político como habían sido inmolados antes por una dolorosa fatalidad de nuestra historia casi todos los hombres que representaban la excelsitud del pensamiento en el período de formación de la república; Ezequiel Rojas, Florentino González y toda aquella brillante juventud bogotana a quien la lectura de Plutarco y el ejemplo de la revolución francesa llevó en hora infausta, a la repetición de la jornada de los *Idus de Marzo*, despiertan una reacción contra el predominio de los hombres y de la política del militarismo libertador, victorioso y omnipotente. Aspiran a la limitación de las facultades del ejecutivo y a la acentuación, en general, de las formas democráticas contra el natural autoritarismo de los caudillos vencedores. Desde su aparición en el concierto de las naciones hasta 1885, es Colombia el heraldo del espíritu liberal, ocupa casi sin interrupción la extrema izquierda del movimiento político americano y las más avanzadas teorías encuentran en sus instituciones una pasajera realización.

Vencido y proscrito en una colonia extranjera, entrevió Bolívar, en 1815, el cuadro de lo que había de ser el porvenir de la vasta dominación española de ambas Américas. La maravillosa presciencia intuitiva del genio le hacía ver sus obras realizadas y constituídas las nuevas nacionalidades. Sorprende, en verdad, la exactitud de algunas de sus predicciones: según él, Méjico sería una república con un presidente, que podría hacerlo vitalicio «si desempeña sus funciones con acierto y justicia», o tendrá la monarquía apoyada por el partido militar y aristocrático; los estados del centro de América formarán una confederación, «y sus canales acortarán las distancias del mundo»; Nueva Granada Venezuela y el Ecuador formarán la república de Colombia; Chile será la más

estable de las repúblicas americanas; en Buenos Aires dominará por lo pronto el elemento militar hasta que se implante la oligarquía o la monocracia; el Perú será presa de las duras pruebas a que lo arrastrará su condición, porque encierra los dos elementos enemigos de todo régimen justo y liberal: oro y esclavos (1). No todo ha resultado como él lo preveía, pero es lo cierto que unos mismos principios, instituciones muy semejantes y un desarrollo histórico casi paralelo ha grabado en cada uno de los países hispanoamericanos un sello diferente a su proceso político.

Los gobiernos personales se han acentuado en Méjico, Centro América y Venezuela; Chile, por la rigidez de su estructura de república aristocrática, parece imitar a Inglaterra, a la cual la acercan también sus tradiciones de parlamentarismo y su íntima convivencia con el mar; en la República Argentina, cuyo extraordinario desarrollo es el pasmo y el orgullo del continente suramericano, los conatos de un aristocratismo de terratenientes aparecen más en las costumbres sociales que en las públicas, y no alcanzan en todo caso a desvanecer la tradición republicana y democrática que fundaron un Rivadavia, un Sarmiento y un Mitre; el Perú, con notable espíritu de solidaridad nacional, busca el retocar de sus antiguos timbres en la paz y en la legalidad, y a pesar de reacciones y desfallecimientos, el país que por su carácter y espíritu, por su educación y sus tradiciones, está más definitivamente ganado a la democracia en la América Española, es Colombia.

Tres caracteres bien definidos surgen temprano en las corrientes generales de la política hispanoamericana: el autoritarismo conservador y tradicionalista, el draconianismo militar o escuela de la violencia y el doctrinarismo radical. En sus formas más vigorosas tiene el primero dos hombres representativos muy notables: Portales en Chile

---

(1) Gil Fortoul, *Historia constitucional de Venezuela*

y García Moreno en el Ecuador; impera el draconianismo con caudillos como Santa Ana en Méjico, Carrera en Centro América, Melgarejo en Bolivia, Rosas en la Argentina y Francia en el Paraguay; el doctrinarismo inspira a repúblicos de la mentalidad de Juárez en Méjico, Murillo en Colombia y Sarmiento en la Argentina. Portales y García Moreno, muertos trágicamente como Cánovas, y como él apóstoles de la inflexibilidad de un principio y del fanatismo de una convicción honrada, son al propio tiempo hombres de acción y teóricos de la autoridad. Es el chileno viviente espíritu y verbo de la resistencia oligárquica al espíritu radical, al favor del eterno sofisma dilatorio de que los pueblos no están aún maduros para la libertad: ese es el lema de los *pelucones* chilenos, de quienes el fuerte hombre de estado era numen prestigioso: con todo, a él se debe la famosa constitución de 1833, en la que se trataron de conciliar la forma republicana con la creación de un poder ejecutivo vigorosísimo y los derechos del pueblo con las prerrogativas de la fortuna, idea que Bolívar había condenado cuando dijo: «Saber y honradez, no dinero, requiere el ejercicio del poder público». García Moreno aparece en la historia americana como la encarnación más acentuada y alta del conservatismo teocrático: autoritario por principios y por instinto, excesivo a las veces en la severidad de sus represiones, pero eminente por el enérgico relieve de su carácter, por la unidad rectilínea de su actuación política, por su inteligencia y por la impulsión de su actividad, era un José de Maistre, pleno de amor patrio y extraviado en una naciente democracia americana. No tuvo, como Portales, la fortuna de dar forma a sus ideas sin condensar sobre su frente la nube preñada de responsabilidades que el ejercicio del poder supremo fatalmente entraña: por eso su recuerdo no suscita, como el del legislador y estadista chileno, el alto sufragio del respeto adversario. Otros conservadores han ilustrado los anales de su partido en nuestros países, pero no cumplen el cometido histórico de es-

tos dos, como campeones de la autoridad. Mariano Ospina, el colombiano, habría pasado en otro país por liberal, y por liberal así de actitud como de doctrina: es la más genuina encarnación de lo que pudiera llamarse el conservatismo republicano y democrático. Los reaccionarios que en Méjico laboraron en la conciencia nacional desde las columnas de *El Universal* para hacer posible el advenimiento del imperio, Gutiérrez Estrada, Almonte y hasta el brillante Miramón, que compartió con Maximiliano el efímero encumbramiento y la trágica inmolación, rebasan los límites del partido genuinamente americano, para constituír un desventurado ensayo de exótico monarquismo, dos veces hundido en la patria de Guatemoc en un naufragio de sangre.

La justicia veda equiparar a los sinceros apóstoles del evangelio de la autoridad y de la represión en honrada si excesiva demanda del orden, de la estabilidad y del respeto al gobierno como emanación divina—verdaderos doctrinarios de la tradición—con los arriscados caudillos que infligen a la América el ultraje de las más bárbaras aberraciones del despotismo. La violencia es norma única de esos gobiernos personales, aunque algunos de ellos se han decorado pomposamente con la divisa liberal y se han hecho declarar restauradores de las leyes, precisamente cuando han sustituído su interés a todas ellas. Las convulsiones incesantes y sangrientas, lote fatal de las épocas de formación, la carencia de educación política, la descomposición de los partidos, todas las formas de la anarquía hacen surgir el ciclo neroniano de Rosas, el extraño despotismo del doctor Francia, los desconcertantes arranques de Melgarejo, las audacias de Carrera y las aviesas artes con que Santa Ana logró convertir la historia de Méjico durante varios lustros en el relato lamentable y exclusivo de su ambición y de sus atentados (1). Esos hombres son la encarnación de la guerra

---

(1) Véase Lucas Alamán, *Historia de Méjico*.

civil, su fruto y su lógica: sustitúyase la violencia a la firme reclamación del derecho, y se tendrá un Rosas; eríjase el pronunciamiento en única fórmula política, y surgirá un Santa Ana. Cuando, según la expresión de Shakespeare en Timón de Atenas, *Policy sits above conscience*, cuando se sustituye la voluntad de uno a la majestad de la ley, los pueblos han retrocedido a las formas más pavorosas de la barbarie: tal es el cuadro de aquellas épocas luctuosas. La representación nacional, amenazada por el puñal o humillada y enmudecida por el terror, se desvanecía o se convertía, lo que era peor aún, en el mísero instrumento de los caprichos del lancero omnipotente, sin freno y sin ley: atropelladas las formas más elementales de república, de libertad y de civilización, aquello fue la invasión de los bárbaros en nuestra historia, la regresión siniestra, el eclipse y la noche. El momento de ideas y de instituciones que concibiera el genio de los fundadores de la nacionalidad y que su virtud procera erigió, ennoblecido por la austeridad de los magistrados y vibrante aún con el verbo arrebatado de los tribunos, vio ultrajada su majestad por las montoneras semisalvajes. En lugar de la legión del intelectualismo militante que soñó para la América las más hermosas conquistas del derecho, campea el cuadrillero brutal; Rosas reemplaza a Rivadavia, y los sacrosantos pórticos de la nueva Atenas se ven profanados por el casco de los potros de la nueva Numidia. En la indecisión de esa hora siniestra, onda de intenso descenso en el ritmo de nuestra historia, la América agoniza en pleno nadir. Mas si hay una ley de las tempestades en la historia como en las de la naturaleza, acaso esos hombres hayan cumplido entre nosctros la misión del huracán o el ministerio devastador del terremoto; talvez la prueba a que han sometido a sus patrias tenga una finalidad y valga como episodio augural que prepara en los designios del destino las armonías luminosas del porvenir.

Sobre las pavuras de este fondo estigiano ha de destacarse, para que aparezca más fúlgido el toque de luz de su visión política, la segunda generación republicana de Hispano América. Si Nariño, Miranda y Rivadavia, fueron hijos directos de la primera revolución francesa, los oradores de palabra inspirada y de espíritu ardiente que dieron modelación al ensueño generoso de sus principios en las constituciones granadina de 1853 y mejicana de 1856, en las reformas chilenas de 1871 y afirmaron en la Argentina el predominio del poder civil con la destrucción de López Jordán, el *último caudillo*, representan la proyección en nuestro hemisferio de las más encendidas ráfagas del ideal humanitario de 1848. Nada es más hermoso que este universal *risorgimiento* del espíritu liberal en la segunda mitad del siglo XIX. En el capítulo VII vimos cómo en concepto de un pensador francés fue en Nueva Granada donde esa explosión de ideas tuvo un eco más intenso y más prolongado. El noble partido *gólgota*, esos nuevos girondinos inmaculados de todo estigma de sangre, que no vacilaron, cuando llegó el caso, en colaborar con el conservatismo republicano para evitar a su patria la deshonra del caudillaje draconiano de Melo, implantó, durante la administración del general López, traducidas en instituciones, las más atrevidas soñaciones del anhelo político. La esclavitud y la pena de muerte por delitos políticos quedan abolidas; ampliada hasta los últimos límites de la aspiración filosófica la garantía de los derechos individuales; establecido el juicio por jurados; descentralizadas las rentas y buscadas para el impuesto las formas más generosas que, dentro de los límites de la practicabilidad, realizaran el ideal social de la segunda revolución francesa; declarada libre la imprenta y abierta a todos los pabellones la navegación de nuestros ríos. Estableciόse igualmente la tolerancia religiosa, y cometiendo un generoso error, separó la Iglesia del Estado, deshaciendo así de una plumada la ingente conquista que los monarcas españoles habían procurado

al poder secular con el establecimiento del patronato y enfrentando con inconcebible imprevisión una entidad a otra, *imperium in imperio*. En otra parte lo hemos dicho: Murillo aparece como el genial exponente de esta germinación y florescencia americanas de lo que la historia ha consagrado con el nombre de «espíritu de 1848», y que dictó, según las propias palabras del Secretario de Estado de López, «el código más liberal y democrático del mundo americano, y quizás del mundo entero». Con ese gran movimiento de ideas quedó consumada verdaderamente la independencia nacional.

La constitución mejicana de septiembre de 1856, inspirada por los mismos ideales, consignaba principios semejantes, solamente que en este último país no tenían suficiente arraigo ni la tradiciones ni el espíritu democrático predominantes , prestigiosos entre los granadinos. Juárez, que rescata para su raza las excelsitudes de la mentalidad y del carácter que hoy les niega el aristocratismo de Gobineau; Murillo, que en la prensa y en la magistratura, como propagandista y como gobernante hace de su obra y de su vida un apostolado político, y Sarmiento, «el presidente institutor», cuyos lemas de administración: «Sin instrucción no hay libertad», «Tened escuelas y no tendréis revoluciones», deberían esculpirse en la eternidad del mármol pentélico sobre todos los santuarios de la república, simbolizan en América la culminación y el más eficiente ministerio del espíritu civil, en contraste con la hosca barbarie de los caudillos militares de la época anterior. Es el Renacimiento después de la Edad Media: es el fuego del culto apolíneo reencendido en el ara délfica después de la profanación de Breno.

El draconianismo o partido de la violencia en los hechos, ha tenido en nuestro continente su natural correlación en el campo de las ideas; ese el jacobinismo, cuya psicología, entre nosotros, corresponde exactamente a la que

Taine estudió y fijó con energía no exenta de pasión (1). Frente a él se han erguido como un absoluto opuesto a otro absoluto los que, por una evidente similitud, de psicología y de fanatismos, podrían llamarse «los carlistas hispano-americanos». A las exageraciones de esas dos escuelas y a la ciega obsesión de sus intolerancias—que han ensangrentado más de una vez la patria heredad—deben atribuírse mayormente las violentas oscilaciones de reacción y de revolución que han detenido y aun hecho retroceder tantas veces el progreso político en nuestro continente. La lucha entre esas dos formas retardatarias de la política con la intolerancia y las persecuciones religiosas y antirreligiosas que necesariamente implica, pertenece ya al pasado.

Si la severa observación que Flora Tristán hizo en 1834, «no es actualmente por principios por lo que combaten los hispanoamericanos, sino por jefes que les recompensen con el despojo de sus hermanos», pudo ser dolorosamente cierta en esa época y en algunos países durante los días negros del caudillaje, resulta injusta tratándose de países como Colombia, en los cuales en toda época, y sean cuales fueren los extravíos y los excesos, siempre se ha combatido por principios; hánlos

---

(1) Rodó, en su opúsculo *Liberalismo y Jacobinismo*, tan noble y alto en las ideas como gallardo en la forma, estudia con admirable lucidez la diferencia que existe entre la escuela liberal, propiamente dicha, y el jacobinismo. Antes que el ilustre pensador de Montevideo, aunque a infinita distancia de él en el mérito literario de su esfuerzo, el autor de este ensayo había tratado el mismo asunto y con el mismo criterio en los diarios de Bogotá *La Crónica* y *El Nuevo Tiempo*, y en un libro, *Estudios ingleses.—Estudios varios* (ensayos sobre Spencer, Morley, Desmoulins, Quinet, Murillo, etc., etc.) El autor del prólogo de la edición mejicana de *Ariel*, que honra al que esto escribe incluyendo su nombre entre los que en Hispano América han seguido la propaganda de Rodó, no tuvo en cuenta, sin duda por serle desconocida, esta circunstancia. Nuestros obscuros trabajos no pasaron las fronteras de Colombia ni lo pretendían.

invocado a lo menos los caudillos para conseguir prosélitos entre la juventud, que en ningún caso hubiera combatido por el interés bastardo de un jefe, como ha sucedido en otras partes. La explicación que Seignobs da de las guerras civiles hispanoamericanas, si encierra grandes verdades, adolece de las falacias de toda generalización (1). Por regla general, puede decirse que en Colombia se ha luchado por política y no por personas, por los ídolos del Foro más que por los intereses egoístas de una personalidad dirigente.

Mas aunque los móviles de las guerras sean diferentes—la causa de un hombre o la de un partido—ios resultados son siempre los mismos: la inmolación de la masa anónima—tan extraña al partido como al personaje en cuyo nombre se la recluta en uno u otro caso, se la expolía y se la asesina—la destrucción de las vidas y de la riqueza, del crédito y de la libertad; la aniquilación del derecho, que se sustituye por la violencia y el allanamiento del camino a las peores formas de la dictadura; el retroceso indefinido de la civilización y la siniestra regresión de las ideas. Marco Bruto, que había adquirido en los campamentos el invencible horror a las guerras ci-

---

(1) La población (hispanoamericana) apartada de la vida pública, no ha tenido ninguna experiencia política; los indígenas están habituados a obedecer al clero y a los propietarios: los criollcs mismos no tienen otras ideas políticas que las que han aprendido en los libros o en Europa (a); todo su bagaje se reduce a frases o a formas. La guerra interior es hecha por una multitud de jefes que la paz deja sin ocupación, muy orgullosos de su papel y muy ambiciosos. Las dos condiciones, población ignorante y jefes de guerra desocupados y ambiciosos, han dominado toda la vida política (b) de los nuevos Estados hasta 1860.—*Revue de Course et de Conférences.*

(a) ¿En cuáles orras fuentes—fuéra de esas dos—habrán tomado las suyas los europeos?

(b) Ei docto historiador francés olvida o desdeña la gran labor de los hombres civiles hispanoamericanos—de uno y de otro partido—de la cual se hace el deficiente e imperfecto trazo en este capítulo

viles, decía a su amigo Favonio, el filósofo: «Vale más sufrir un poder arbitrario que encender guerras civiles», y es bien sabido que las que en Hispanoamérica se han hecho para acabar con los gobiernos malos, los engendran pésimos. La paz y el desarrollo de la riqueza pública, su fecunda consecuencia, han hecho más por la libertad de América que todos los caudillos de todas las revueltas, y puede decirse que el progreso y la cultura de un pueblo están en razón inversa del número de sus generales. Si en América gobernar es poblar, según la fórmula de un estadista argentino, ¡cómo hemos de juzgar esas matanzas estériles que destruyen en un año por selección invertida—esto es, eliminando los más vigorosos—cantidad mayor de vidas humanas que la que representa el crecimiento normal de la población en una década! Cuenta Teophilacto, historiador de las guerras de Mauricio contra los ávaros del Danubio, que uno de los generales de aquel emperador lloraba la víspera de una gran batalla por el número de séres humanos que iban seguramente a perecer. No estremeció jamás pensamiento igual la mente de los jefes que desatan las guerras, de las masas que las fomentan y las secundan, de los hombres de pensamiento que las glorifican y de todos los que no saben cumplir con el deber de condenar a tiempo, a nombre de la civilización y de la humanidad, eso que para emplear una síntesis de Carlyle podría llamarse *el producto combinado del odio y de las tinieblas*.

El debate entre partidos que inscriben en sus banderas como término de un conflicto eterno y negras paralelas de un odio siempre encendido, aquí tradición, allá *porvenir*, aquí *autoridad*, *libertad* acullá, sin tener en cuenta todo lo que hay de conciliable y relativo entre los dos extremos; ese compasionado debate, decimos, remitido con frecuencia aciaga de la prensa, de los parlamentos y de los comicios al duelo judiciario de las batallas, colma nuestra historia hasta los albores de la presente centuria, arista de un plano superior que abre un nuevo ciclo y dibu-

ja una *tournant* en nuestra inquieta vida nacional. Refiérese, (lo recuerda Piñeyro) que un día un viajero cubierto con el polvo de los caminos del destierro y la penserosa frente arada por las zozobras de la persecución, tocó a las puertas del monasterio de Corvo, en Italia: preguntado qué buscaba, contestó misteriosamente: «La Paz». Era Dante. Rendido ya a la esterilidad de una lucha sin tregua, fustigados sin vagar por la discordia, y sin piedad despedazados por las facciones los pueblos de Hispanoamérica, como el gibelino, víctima inmortal de la inclemencia de los partidos, reclaman también aquel dón supremo y su grito clamoroso llena los ámbitos de un hemisferio y despierta un siglo a la vida:

Io vo gridando pace, pace, pace...

La reacción contra las antiguas formas del debate político asume en general dos caracteres: el de la rectificación teórica de los principios y las consiguientes regeneraciones administrativas e institucionales, y el de la renegación transitoria de los ideales, como una tregua en el combate o un alto en la marcha y la sustitución del debate doctrinario por la escuela de las prosperidades materiales y de la vigorosa iniciativa gubernamental. Puede discernirse el primero de estos caracteres a personalidades como Núñez en Colombia y Balmaceda en Chile; clasifícanse en el segundo los que realizan el tipo del «civilizador formidable», según un escritor venezolano llama a uno de ellos, Guzmán Blanco. Este, acaso Mosquera en algunas de las faces de su complejo carácter, y Porfirio Díaz—a quien la circunstancia de haber colmado ya la integridad de su cometido histórico y llegado casi al punto terminal de la hipérbole que ha descrito su extraordinaria carrera, autorizan a incluír en una apreciación que no puede ni debe alcanzar a los que aun viven y militan—pueden comprenderse dentro de esta categoría por el tipo de civilización que los seduce y por la modalidad predominante de

su actuación. Tanto Núñez como Balmaceda encabezan, desde el alto asiento a donde les exaltara el voto copartidario, una reacción a lo Marino Falier o contra los principios o las prácticas políticas de los suyos. Coronó su obra el colombiano; sucumbió trágicamente el chileno ante el inmisericorde asedio de los adversos destinos. El primero verificó la regresión hacia formas constitucionales más rígidas, pasó de la federación al centralismo, de la supremacía de la representación nacional a la del ejecutivo, de la ilimitada libertad a la no siempre limitada restricción, de la fórmula de Cavour «la Iglesia libre en el Estado libre» al concordato, como se había pasado antes del patronato a la separación. Balmaceda, semejante al Dux decapitado, cuyo retrato interrumpe con la lobreguez de un paño fúnebre la galería de efigies purpuradas del palacio ducal de Venecia, tuvo el propósito de ponerse a la cabeza del movimiento de reivindicación democrática contra las leyes y los hábitos que en las repúblicas aristocráticas, mucho más que en las monarquías, acentúan soberbiamente su fuerza y su orgullo: la obra del colombiano, si aparentemente coronada por el éxito, no dio los resultados que él soñó; la del chileno, vencido y muerto, ha continuado su incontenible elaboración en la conciencia pública, y realiza, para el suicida insubyugado, aquél magnífico apóstrofe de Hugo: «Grandes hombres, moríos hoy si queréis tener razón mañana». El espíritu de independencia que implica la actitud de los dos estadistas, encaminado en opuestas direcciones, suscitó contra ellos la pasión contemporánea en toda su ardentía, y en vano será aun buscar serenas fuentes de información para fundar el criterio definitivo que ha de juzgarles.

Después de un largo período de barbarie o de anarquía, o cuando los pueblos se han embriagado, según la expresión del *Apocalipsis*, con el vino de la ira y del rencor, viene el dominador genial y enérgico que encamina a un estado por la vía del desarrollo material, y es Pedro el

Grande; o funda el orden y la paz a expensas de la libertad, y es Augusto; o impulsa la prosperidad material y el prestigio exterior sobre las ruinas de las instituciones de su patria, y es el tercer Napoleón. No es un ideal político lo que persiguen estas voluntades dominadoras y eficientes (mezquino sería a su alta ambición el papel del usurpador vulgar) ni las satisfacciones del poder por sí sólo son parte a colmar su afán de gloria; quieren tallar con firme mano su propio engrandecimiento en el de su patria, con quien lo identifican; concentran en sí una enorme suma de poder público, pero el tácito consentimiento de los pueblos sanciona este poderío y le da el vigor que la sola fuerza material jamás sería poderosa a asegurar; aspiran, en fin, a que se mida su carrera y su gobierno por el número de progresos materiales que traza su iniciativa y corona su actividad. Los pueblos, bajo su dominación, que tiene algo de yugo y algo de égida, rescatan en estabilidad lo que pierden en libertad; en crédito y respetabilidad exterior lo que sacrifican en interiores prerrogativas; en avance material lo que renuncian en ideales y en doctrinas. Pero la aparición sola de esos dominadores implica un período de retroceso y de inferioridad y una honda perturbación pública: en los países bien constituídos, y en los períodos normales, la libertad es una de las fuerzas impulsoras del progreso, y la ley la única égida y la norma única; nada hay más funesto para los pueblos que el perder el hábito del *self government* por inveterada abdicación, y contraer el de deferir el estudio y solución de los problemas públicos a una sola inteligencia y a una sola voluntad, así sean ellas verdaderamente superiores. A ese patrón soberano pertenecen con su faz sombría y con su faz luminosa, con todas las variaciones de proporción que el medio, el tiempo y las perspectivas implican, los hombres del tipo de Guzmán y de Díaz.

La razón de ser de la iniciativa de todos estos poderosos rectificadores de corrientes y de orientaciones políticas, así de los hombres de pensamiento, Balmaceda y

Núñez, como de los de acción y *strenous life* del tipo de Díaz y de Guzmán, responde al acervo de error acumulado por los partidos antes de que ellos emerjan a los vértices del valimiento y de la influencia: la fecundidad de su labor puede medirse, más que por las dotes personales que allegan a sus empeños, por la suma de verdad política que les fuera dado interpretar, y ésta por el exponente de la situación que en pos de ellos queda como resultado último de su labor. Si por ellos se aumentó la suma de bién público en los países que intentaron remodelar, si se acentuó allí una noción más depurada de la libertad y mayor respeto a la dignidad humana, si se conciliaron todos los derechos, si se fundó, en fin, el progreso político y el verdadero engrandecimiento nacional, quiere decir que su actuación se imponía y que ellos fueron heraldos de una necesidad; si no fue así, su papel histórico fue falso e insana la marea de ideas que levantaron, las renunciaciones que impusieron y los rumbos que señalaron. La pasión política del día, o el reproche de los intereses vulnerados, o el señuelo del favor cortesano, no serán nunca elementos propicios a ilustrar la conciencia pública; y si para juzgar al hombre puede tenerse en cuenta el mérito de las intenciones, no así para juzgar la obra: tan sólo los frutos nos pueden enseñar si la siembra fue de granos de bendición o de plantas malditas.

Los ideales que han agitado a la América española durante una centuria, alcanzan algunos su realización, otros se han modificado, otros han sido totalmente rectificados o abandonados: casi todos pertenecen al pasado. Las luchas que susciten aún o los entusiasmos que aun enciendan, si algunos, pueden considerarse como el culto tardío de la costumbre a los ídolos derrocados de la plaza pública. Otros horizontes se descorren, otras esperanzas sonríen, otros problemas surgen, otras necesidades apremian-otros peligros amenazan, otro espíritu nace: nuestras costumbres se impregnan cada día más de cosmopolitismo,

nuestra mentalidad se amplía y nuestra polític tiende a universalizarse. Nunca como en este primer cuarto de siglo se había patentizado mejor la unidad mental del mundoi; en la América española tal fenómeno como ese ha ten do su manifestación inicial en corrientes unánimes de filo[s]ofía y literatura; luégo vendrá el paralelismo y similitud de las corrientes políticas. Revolución de independencia, oscilaciones turbulentas de centralismo y descentralización, simas de la anarquía, vórtice del despotismo neroniano, generosos ensueños del radicalismo, implacables reacciones de la autoridad, barbarie de la guerra civil, alto apostolado de las ideas, he ahí los comunes lineamientos de la evolución histórica de un continente. La edad que adviene, para emplear las fórmulas de Bagehot, no será ya la de la lucha, ni acaso la de la discusión, será otra sin duda menos brillante, pero en la cual predominen más el sentido de la realidad y los intereses de la nacionalidad. Los problemas religiosos tienden a encontrar las amplias soluciones de la tolerancia ilustrada y del mutuo respeto por el íntimo fuero de las conciencias. No ha surgido, por dicha, todavía entre nosotros el gran conflicto entre el capital y el trabajo, que condensa tan pavorosas nubes sobre el horizonte europeo (1) ni rasga todavía el nuéstro la silueta de Anarkos, inquietante y lívida.

En el empeño de conjurar desde ahora por la justicia preventiva—que implica la paralela labor de extender y cimentar abajo el respeto del derecho individual y el trabajo acumulado, y en establecer arriba el conveniente contrapeso a los desbordes de la plutocracia—el advenimiento de esas formas implacables de la lucha vital, parece que hay campo a muchas actividades políticas y ho-

---

(1) Escrito esto, vemos que el *Socialist Annual* para 1909 incluye, entre los miembros socialistas que concurren actualmente a los Parlamentos del mundo, tres en Chile (correspondientes a 18.000 votantes) y uno en el de la Argentina (correspondiente a 3.500).

rizonte donde desplieguen su vuelo los más desligados idealismos. Nuestros padres hicieron a la libertad todos los sacrificios: a nuevas generaciones tocó hacer a otras deidades —al orden y la estabilidad—sacrificios, si muy menos gloriosos, no menos crueles: ofrendaron los unos su sangre y su vida; hicieron los otros la renunciación de sus más caros ideales, sangre y vida de su sér moral. La tarea pública que aparece ahora, reclama imperiosamente con la más generosa amplitud de las ideas y la política la armonización de la escuela de la prosperidad material con la escuela de los nobles y eternos principios: el exclusivo predominio de la primera, cuya figuración arquetípica es el imperio del tercero de los Bonapartes, si desarrolla las potencialidades materiales de una nación, enerva en cambio los más preciosos resortes de la vida moral, y la vida moral de un pueblo es el culto del derecho y el respeto a la justicia: el exclusivo predominio de la segunda desdeña el desarrollo de la riqueza pública, que entre nosotros reclama el estímulo del estado y empobrece a la larga a los pueblos: bien comprobado está, por desgracia, que pueblo miserable es materia propicia del despotismo de los propios y a la expoliación de los extraños. Debemos aspirar a ser ricos sin dejar de ser libres y no olvidar que para merecer el respeto del mundo es preciso exhibir cifra igual de poder material y de civilización política. La verdadera medida de todas las cosas—dijo Pascal— está en el pensamiento, y es preciso mantener despierta y vívida, hora por hora, la fidelidad a las cosas del espíritu, sin menoscabo del trabajo, del enriquecimiento y del progreso.

El grande orador latino que comparte con César la gloria de su siglo, intentó conciliar, en una de las épocas más inciertas de la república, las austeras virtudes latinas con la filosofía y la estética de los helenos, e infiltrar en las ásperas e implacables costumbres de su tiempo, cuando el derecho de los fuertes era incontrastado y brutal, un sentido de equidad, de amplitud y de dulcificación política que conciliase la libertad de la república con su

estabilidad y con su fuerza: tan hermoso ensueño alcanzó su realización fugitiva en el gobierno de Marco Aurelio. Tal parece ser en toda su nitidez y en toda su altura el combinado propósito de quienes aspiren a colmar los anhelos de un nuevo tiempo.

Nuestras repúblicas han condensado en un siglo de vida varios siglos de historia: vinieron, como dice el poeta, demasiado tarde a un mundo viejo ya, y nacidas ayer, puede decirse que son tan antiguas como Bizancio. Las generaciones precedentes, guiadas casi siempre por el miraje de un *millenium* imposible, determinaron bruscas oscilaciones en que se ha pasado sin transición del polo al ecuador, para volver luégo con igual violencia del ecuador al polo: su error principal fue un error ideológico, el de su concepto de lo absoluto: laboraron, empero, intensamente, admirablemente en ocasiones, y su obra tiene todos los caracteres de la sinceridad. Nosotros no la podemos repudiar; la recogemos con respeto para adaptarla a los cauces nuevos que abre una nueva edad, y como los exploradores de las riberas nocturnas del Fingal, cuando un guía se rinde a la fatiga de la marcha en tinieblas, ponemos la antorcha en manos del más vigoroso para que aparezca siempre en la primera fila, flámula de luz vigilante sobre los vórtices, más allá del desfallecimiento y de la vacilación.

CAPITULO X

HACIA EL FUTURO

El dilema que se planteó a sí mismo el gran poeta italiano de nuestros días, «renovarse o morir», confróntanlo las sociedades, los partidos y los hombres, no en esta época, sino en todas ellas. El pasado, con su cortejo de experiencias y de memorias, principia a cada instante, y la elaboración del porvenir por el presente se cumple hora por hora, como la proyección, en el tiempo, de la eficien-

cia actual. La lenta gestación reparadora no tiene vagar, porque el hilo de la vida, de que es última síntesis, es infrangible en la naturaleza. Muchas veces se ha repetido, refiriéndose a un período determinado: «Estamos en una época de transición», como si pudiera concebirse alguna que no lo fuese. No ha dado aún todo su fruto el pensamiento de una generación, cuando el de la subsiguiente, ávido de espacio y de luz, principia por reclamar un puesto y acaba por tomarlos todos, no sin que, en esa que imagina incontrastada conquista, haya dejado al fin de aceptar buena parte de cuanto al principio aspiró a reemplazar completamente. Incalculable sería, así en extensión como en intensidad, la trayectoria humana, sin ese incesante trabajo de demoliciones, de rectificaciones y de rehabilitaciones, pero ellas acrisolan la obra común, haciéndola cualitativamente superior y como expresión del esfuerzo y del carácter de una generación, como el sello auténtico de su mentalidad y la huella de su paso en la historia, son legítimas, necesarias e inevitables; por eso la cifra del progreso no es una recta continua, sino un zigzag cuyos ángulos, de grados diversos, dan la exacta medida del desarrollo definitivo de la civilización. El no interrumpido renovarse, el esfuerzo de permanente adaptación se impone, pues, como ley que no es dable trasgredir a quienes aspiren a la vida y al triunfo, o a lo menos no quieran verse relegados, como fuerzas perdidas y elementos inertes, a la vera de todos los caminos del avance humano.

Mas la rectificadora labor no puede ser, repetimos, exclusivo impulso de regeneración, fatiga de Sísifo, eternamente estéril. Otro es su mensaje: acabamos de observar cómo en la obra de una generación existen dos grados: el primero de rectificaciones al pasado, el segundo de rectificaciones a sí misma; su primera impulsión de acometividad revolucionaria la lleva demasiado lejos, más allá de las lindes de la equidad, que no es lícito franquear, y luégo tiene necesariamente que deshacer buena parte del

camino; la diferencia entre lo andado y lo desandado constituye la realidad de su aporte al progreso estable. El emblema del espíritu de rectificación es un cincel, no una piqueta; su mensaje es de perfeccionamiento, no de aniquilación. Cuando denuncia las supersticiones o elimina los prejuicios, no le mueve aliento de rebeldía, sino ese propósito constructivo que lleva a desmontar el andamiaje cuando el edificio puede desplegar ya en la libertad del aire y de la luz la armonía de sus líneas y la riqueza de sus frisos; le guía esa clarividencia salvadora que aligera la nave alada, en el preciso momento, de la rémora y del peligro de un lastre inútil; su sentido íntimo es, pues, en definitiva una afirmación. Ideal de sereno y discreto optimismo el suyo y de movimiento de aceleración uniforme y ponderada, igualmente distante de dos términos de exageración. Primero, del nihilismo rencoroso de los demoledores, inepto para comprender la significación suprema del pasado, inhábil para valorar el tesoro que aportan al presente los acopios fisiológicos de la herencia y los acopios morales de la tradición; imposibilitado, entre el fracaso ensordecedor de sus asaltos, para un instante de reflexión en lo que representan la actividad acumulada de los siglos y la virtualidad constructiva de las razas; incapaz de un minuto de ese silencio augusto, de ese recogimiento de todo el sér para escuchar mejor a los muertos que hablan, según la hermosa expresión de M. de Vogüe. Segundo, de aquella actitud hermética y solemne de quietismo y petrificación, de aquel aferramiento a lo inmutable que por su misma intrínseca estrechez llega a contaminar con la ingrata apariencia de un prejuicio hasta el más generoso principio, y hacer de un liberal, por ejemplo, el más intransigente y dogmático y sumo de los sacerdotes; hosca rebeldía a lo nuevo, que desconociendo la virtud progresiva de las ideas, aspira para la humanidad a la actitud de una estatua de piedra, inmóvil orillas del río del tiempo.

El que se revalúe aquí ese linaje de inmovilidad, íba-

mos a decir, anquilosis mental, tan venerada como poco venerable, esa forma de soberbia intelectual que rechaza toda modificación, toda rectificación, todo análisis y todo progreso, esa aparente firmeza, que es real impotencia, no implica el que se justifiquen, absuelvan y legitimen las vacilaciones y claudicaciones, la versatilidad ligera, el escepticismo disolvente y enervador. No; interpretarlo así, sería la total incomprensión, no sólo del propósito de este ensayo, sino del sentido definitivo del pensamiento contemporáneo. Si se ha roto el prisma azul del optimismo, si la mente flota aún en las brumas de lo impreciso, reafírmase en cambio la libertad y la amplitud del sentido crítico, la serenidad del juicio, el anhelo intenso de verdad y la no desmayada y desinteresada labor de perseguirla, siquiera sea en la forma relativa y fragmentaria que está a nuestro alcance. Compréndese bien que para ese alto propósito es preparación inicial indispensable el liberar, hasta donde sea posible, la mente humana de los férreos moldes del prejuicio y la consiguiente exaltación de su aptitud receptiva para todo aquello que, aun en las más atrevidas y desconcertantes concepciones, descubra sendas inexploradas, átomomos de verdad, y revele una interpretación genial o plausible de los problemas del mundo y de la vida. El valor que consiste en desafiar la impopularidad y en atacar de frente los prejuicios poderosos es raro en la raza latina; Goethe dijo una vez: «Todo francés que se atreve a pensar por sí mismo es un héroe», mas no es esa una razón que nos vede el anhelo de levantar nuestras personalidades a la altura de ese heroísmo, sustituyendo, si vale la síntesis, al criterio de lo inmutable, el criterio de lo progresivo, y a las convicciones tradicionales e inquebrantables, las condiciones racionales y perfectibles. Ese es el mensaje supremo de estas páginas.

Toda convicción es una fuerza, pero es preciso que no sea una fuerza ciega y estática, un instrumento de opresión y de parálisis, sino un impulso generoso y fecundo; que

sea el resultado de la crítica libre e ilimitada, no de la modelación de la mente por las ideas preconcebidas, por las escuelas y las tradiciones, ni de la imposición de actitudes—que muchas veces son *pose*—predeterminadas por las exigencias gregarias o de bandería, por los intereses particulares y colectivos. Que sea una fuerza viva, propia, original, susceptible de enriquecerse día por día con los tesoros que el esfuerzo intelectual de la humanidad descubre constantemente; apta para comprenderlos, asimilarlos y aplicarlos, y si así lo ordenan, el imperativo categórico de la conciencia y los fueros de la verdad, capaz, por su generosidad, de recoger las más acendradas y caras creencias, de deponer, por su honradez, los más arraigados errores, y por su elevación, de comprender las más opuestas y lejanas perspectivas; fuerza en que la amplitud no excluye la precisión, en que la libertad no daña a la firmeza y en que la rectificación es perfeccionamiento y no versatilidad. Lo que más contribuyó a hacer a los romanos dueños del mundo—observa Montesquieu—fue el que habiendo combatido sucesivamente a todos los pueblos, renunciaron a sus propios usos siempre que encontraban otros mejores que imitar. Es porque una de las energías virtuales de la vida es justamente la aptitud humana de la modificación para la perfectibilidad. Todo triunfo perdurable es el resultado de una transacción; Tarde ha formulado así una de las más constantes leyes sociales: «Todo comienza por lo infinitesimal, y paso a paso se extiende, se desarrolla más y más, evolucionando como un círculo concéntrico cada vez mayor, y esto en todos los terrenos, físico, moral, social, hasta el momento en que las fuerzas opuestas, incapaces ya de ensancharse más, tienen que conciliarse, siguiendo las leyes de la adaptación» (1).

La síntesis del sentido histórico del siglo XIX es la crítica intensa y la lucha por la independencia de los pue-

---

(1) G. Tarde, *Les lois sociales*. F. Alcan, París.

blos y de los espíritus, emancipación de credos y de comercio, de industria y de pensamiento, de individuos, de clases y de nacionalidades; ilimitada amplitud de discusión y de análisis, liberación de todas las formas y condiciones de la humana actividad. He ahí el principio que repercute en la literatura de ideas de la pasada centuria como un *pean* resonante y sostenido, y cuya consecuencia es la disociación, aun en progreso, de todas las formas del absolutismo en opiniones, en ética, en religión, en ciencia, en filosofía, en literatura y en política. El sentido de la éra que empieza, es el de conciliación y concordancia. Si examinamos el proceso de ideas en un ramo de la actividad humana, el fenómeno económico, por ejemplo, podremos en la concreción de un caso relevante patentizar el postulado sociológico de que se trata. Ricardo y la escuela de Manchester afirmaron la irreductible virtualidad del no regido juego del interés individual y la función incondicionada de la oferta y la demanda, para regularizar y estimular el doble fenómeno de la producción y del consumo. Amplitud ilimitada para la iniciativa particular, proscripción de toda presencia interventora del estado; libre cambio, libre trabajo, mercados libres; tal la revelación evangélica, el principio supremo y salvador de la ciencia que descubrió Adam Smith al mundo occidental. En ningún otro aspecto de la vida de relación se había proclamado tan vigorosamente el concepto de independencia y de individualismo. En la embriaguez de ese culto de la libertad y de la autonomía humana, que tanto impulso dio a la industria y tan enérgicamente acentúa la hegemonía comercial de la Gran Bretaña durante los días alciónicos que siguieron a la predicación del Evangelio de Cobden, se llegó a pensar en la absoluta disgregación del trabajo. Cuando la aplicación de la electricidad, que la hulla blanca generaba a bajo precio, puso pequeñas máquinas al alcance de todos, llegó a concebirse la ciudad futura como una diseminación de pequeñas fábricas autónomas, manejadas por un individuo que debía ser, al

mismo tiempo, el propietario, el empresario de industria y el obrero; era la última Thule del anhelo liberal, la fabulosa utopía del individualismo y la descentralización. La concepción emancipadora de la escuela inglesa encierra, sin que esto pueda revocarse a duda, grandes verdades, pero no toda la verdad; fue una impulsión vívida de ideas y de actividades, una exaltación de la dignidad y un estímulo poderoso de la voluntad; su exageración, empero, suscitó un movimiento correlativo de ideas, encaminadas, primero, a atemperarla, y últimamente, a rectificarla. Ya la construcción filosófica de Augusto Comte establecía en favor del concepto social una limitación a las iniciativas individuales; la escuela socialista combatió en seguida la esencia misma del credo de la ilimitación individual; el principio científico con que Wéissmann complementó la ley darwiniana, y según el cual «la duración de la vida está gobernada por las necesidades de la especie, no por las del individuo», dio una base positiva, cierta, a la tendencia social, que parece determinar el movimiento reentrante de una parábola, cuyos puntos pudieran fijarse así: el individuo, confundido en la masa, democracia; el individuo, diferenciado de la masa y superior a ella, aristocracia; el individuo, reintegrado a la masa, socialismo de estado. Todas las leyes inglesas a que se hizo referencia en el capítulo V, revelan una ingerencia siempre creciente del estado en la esfera que el liberalismo reserva exclusivamente a las iniciativas de la industria y el comercio particulares.

Las organizaciones colectivas, las *trade-unions*, las bolsas del trabajo, todas las formas de la solidaridad obrera enfrente de los *truts*, del *lock-out*, de todas las formas de la solidaridad capitalista, en aquella lucha que denunció Karl Marx (combatido hoy por Bernstein y los nuevos socialistas alemanes), corresponden a un estado de espíritu en que el concepto de gremio o de sociedad tiende a prevalecer sobre el exclusivamente individual. La organización de las huelgas principió por pequeños grupos esporádicos,

desvinculados entre sí, y luégo, integrados en un propósito común, y un interés colectivo solidario, ha llegado a convertirse en esos movimientos formidables y unánimes que se decretan por la iniciativa sindicalista y que, en un momento dado, paralizan toda la actividad industrial de una comarca, y hasta llegarán a detener un punto las pulsaciones de la vida nacional. Frente a ellas, la ambición capitalista sustituye día a día a la disgregación antigua de pequeñas fábricas, la fábrica colosal, verdadera ciudad de la esclavitud, en que el hombre, convertido en máquina, obedece automáticamente a una disciplina cuartelaria; a los almacenes de especialidades van sustituyéndose esos opulentos emporios de organización admirable, en donde el consumidor lo encuentra todo y a todos los precios; inmensas industrias se integran en algunas manos con una suerte de monopolio contra el cual la ley y la sanción nada pueden, fenómeno el más inquietante de las civilizaciones pletóricas del día. La huelga y el *lock-out*, el colectivismo y los trusts, los caballeros del trabajo (*Knights of Labour*) y las dinastías del oro son todas formas de solidaridad, resultantes de un mismo espíritu de asociación, bien lejano por cierto de la actitud del individualismo integral de la escuela de Manchester; son organismos contrapuestos, pero que correlativamente se implican, y que cuando hayan alcanzado sus extremos límites, verán cumplirse en ellos la ley de Tarde, arriba transcrita: «Las fuerzas opuestas, incapaces ya de ensancharse más, tienen que conciliarse, siguiendo las leyes de la adaptación.»

El estudio de esas leyes, como el de las leyes de la historia, ha de probar a la larga a los revolucionarios que no se transforma la sociedad en un día, y que ellos mismos, por la violencia, retardan la realización de sus ideales. Probará igualmente a los reaccionarios que es en vano que traten de impedir la transformación necesaria de las instituciones del pasado, transformación que, por el contrario, ellos provocan y aceleran por la ciega tenacidad de sus resistencias, como provocan, por su eternal

denegación de justicia, revoluciones funestas de que ellos son las primeras víctimas. La evolución gradual de las relaciones del capital y el trabajo ha seguido una trayectoria bien definida: del régimen patriarcal se ha pasado al régimen servil; del régimen servil al trabajo asalariado; de éste tiende a pasarse al trabajo asociado, ensueño del colectivismo. Tanta locura habría—observa Gabriel Monod—en querer imponer por la fuerza la utopía colectivista, como en pretender eternizar las formas actuales del salariado; un concepto de la realidad íntima del fenómeno, podría dar por resultado el convencer a unos y otros de la ciega inutilidad, ora de entrabar, ora de precipitar una evolución inevitable, sí, pero que no es una revolución ni una concesión.

Las fórmulas absolutas del clasicismo económico se han visto sujetas a algunas derogaciones perentorias: ejemplo muy interesante de esta infirmación de principios universalmente reconocidos, nos ofrecen las leyes prohibitivas del estado brasilero de San Paulo. Cuando la superproducción del café llegó a asumir en esa región proporciones que amenazaban abatir para muchos años y casi al rasero de la total desvalorización el grano a cuyo precio están vinculados ingentes intereses y que constituye, por decirlo así, la vida misma de la región, los legisladores paulistas, desdeñando los axiomas de la escuela científica, dictaron leyes que hacían imposible el establecimiento de nuevas plantaciones, y asumieron la iniciativa de la valorización oficial, y por tanto artificial, del artículo. Aquel atentado contra el ejercicio de una industria libre, aquella intromisión del estado en la regularización de fenómenos económicos, dominó, al decir de sagaces observadores, una crisis que se presentaba con las más alarmantes proporciones; este ejemplo tiene los caracteres de un caso típico y es toda una revelación. En el campo de la actividad económica se presenta, pues, de una manera espontánea, y con esa suerte de inconsciencia que caracteriza el cumplimiento de los fenómenos naturales, un compro-

miso tácito, una conciliación evidente entre el concepto de la ilimitada iniciativa personal y el patronato e intervención del estado. De esa conciliación surge el verdadero carácter de la entidad social, que es, no solamente una suma o agregado de los intereses individuales, sino algo superior a eso y algo diferente de eso: la nacionalidad. El proceso sociológico ascencional de la familia al clan, de éste a la comuna, de la comuna a la provincia y a la nacionalidad, impone hoy esta última noción con inusitado vigor; mañana acaso tal concepto, rebasando sus límites actuales, asuma las proporciones de una ampliación mundial, en que todas las nacionalidades vengan a confundirse en un concepto generoso de humanidad; proceso de ampliación que ha de cumplirse, salvo siniestras regresiones, no conforme al ideal napoleónico de sujeción y de conquista, sino al ideal kantiano de justicia y de fraternidad.

La concepción que hace de un estado no solamente una entidad política y un término geográfico, sino ante todo y sobre todo una entidad moral y una persona internacional, constituye el campo de conciliación de los sistemas económicos y una de las grandes preocupaciones de la éra contemporánea. El afán del día es el vigorizar del concepto social y de la potencialidad colectiva, y como consecuencia de todo ello, el enérgico estimular de la solidaridad nacional y de la noción de patria. Cada país quiere crecer en significación internacional, en riqueza, en cultura, en poderío y en población. La ley de Malthus, suicida desde el punto de vista sociológico, falsa desde el punto de vista biológico, falsa y suicida desde el punto de vista económico, perdió para los oídos modernos aquel prestigio profético de airada e implacable condenación de «la especie degradada», que le discerníàn años há los apóstoles de la violencia. Empéñese cada raza, cada estado, no solamente en desarrollar sus posibilidades, sino en acentuar el sello de su carácter, en esculpir con labor te-

sonera su propia fisonomía y su propia originalidad en el arte, en la literatura, en la filosofía y en la ciencia.

Los fenómenos económicos que se cumplieron en Colombia con el exceso de emisiones de papel moneda demostraron la deficiencia de los principios generales de la economía política para prever resultados y estudiar soluciones. Lo que ha acontecido en aquel país hubo de despistar por completo a los economistas europeos y traspasar los límites de toda concepción suya en tales materias. Del propio modo como se ha creado una medicina tropical, está en vías de formarse una economía política que adapte a sus principios y fórmulas las condiciones especialísimas de un país que podría con el esfuerzo de una generación bastarse a sí mismo. Reclama, en efecto, observación directa y principios originales un país en donde el escalonamiento de los climas, que dice Reclús, recorre la integridad de sus graderías y superpone en abundosas unidades territoriales las condiciones étnicas y topográficas de dos zonas, de tal suerte que a poca distancia de una sabana fría que recuerda las planicies de Flandes o del Lancashire, despliega la riqueza de su luz y la brillantez de su verdura un valle ardiente como el del Congo o el Indus; en donde el trigo crece en un peldaño de la cordillera, el café en el inferior y el cacao más abajo, y en donde los tejedores de Boyacá podrían (con un mediano desarrollo ferroviario) cambiar en un día sus productos con los plantadores del valle del Magdalena. Un país, en fin, que por la intensidad y reclusión de su vida íntima, insospechada por el comercio externo, y por la calidad de sus propiedades territoriales del interior, que le dan un coeficiente de riqueza propia muy superior al que aparece en las estadísticas del intercambio mundial, ha podido dominar tipos de cotización monetaria incomprensibles en otras partes, y que sin duda habrían traído el desastre definitivo a estados más ricos, pero diferentemente dotados

Así como ha habido una filosofía inglesa y una filoso-

fía alemana, una escuela pictórica española y otra flamenca, una literatura francesa y otra italiana, hay hoy la aspiración de fundar una ciencia de cada nación, esto es, una originalidad nacional en las investigaciones científicas. Los rasgos distintivos de cada país, sean cuales fueren, caracterizan el relieve de su personalidad propia, y el encauzarlos y exaltarlos a sus más altas potencias de fecundidad para el bien, es empeño mucho más eficiente que el que se abate a una imitación más o menos servil o más o menos desatentada de caracteres extraños y extranjeras culturas. Por eso en los países bien constituídos, el concepto de patria priva en todo caso sobre cualquiera otros, el de partido, por ejemplo. En Inglaterra, conservadores y liberales apoyaron la política exterior de lord Landsdownw, conservador y apoyan la de sir Edward Grey, liberal. Las declaraciones de los socialistas alemanes del congreso internacional de Stuttgart, severa lección a los insanos delirios de un Hervé, fueron a este respecto absolutamente concluyentes. A ese fin se encamina todo esfuerzo que, como el del presente ensayo, tiende a atemperar la influencia y el prestigio de entidades banderizas que se han sustituído más de una vez, en horas negras de la historia, al sagrado pendón de la patria Pasaron ya los tiempos en que el interés de un partido llevaba a los caudillos a solicitar auxilios extranjeros o a aceptar alianzas más o menos sospechosas. Ya no veremos más a los mercenarios imponiendo la paz o la guerra como en Cartago, ni a un Ricardo el Caballero aceptando a los arqueros de Robín Hood, ni a los príncipes solicitando para las contiendas civiles la espada de los lansquenetes de Alemania, de los verederes de Francia, de los condottieri de Italia; ya los reyes no recibirían, para ganar o sostener un trono, el socorro extranjero, como Enrique IV el de Isabel de Inglaterra, ni los partidos apelarían a él, como los ligueros al del papa y al de la monarquía española. La historia ha dictado su fallo sobre los emigrados, y nada hay más lastimoso que la actitud

de un Dumouriez, de glorioso pasado, concertando planes militares contra su patria e importunando a lord Wellington con lo rendido de sus parabienes y lo excesivo de su adhesión.

Al pedir al gobierno y a los ciudadanos de Colombia un monumento para uno de esos férvidos apóstoles del ideal, que fundaron nuestra nacionalidad, el general Nariño, se dijeron las siguientes palabras, que es oportuno repetir aquí:

En la sociedad mundial de los pueblos, una nación puede medir el derecho que tiene al respeto y a la consideración de las demás, tal vez no tanto por la imposición abrumadora de su entidad o el exponente de su potencia material, cuanto por los grados de capacidad, de amor a ella que se acendran en el corazón de sus propios hijos. Ante el criterio superior de la razón, un ciudadano de Ginebra tiene mayor derecho a enorgullecerse de su patria que no un súbdito del zar de todas las Rusias, y Grecia afirma en la historia una virtualidad civilizadora que el mayor de los imperios no ha poseído jamás. El sentimiento del amor patrio debe, pues, cultivarse con tenaz y nimio esmero, como un elemento moral de eficiencia irrecusable, como un factor de fértil realidad en todo empeño encaminado al desarrollo de las fuerzas vivas de un país. Ni puede transitorio desmedro alegarse como razón para que ese amor decaiga y amengüe, puesto que es precisamente el cultivo de tal sentimiento, el reencender de tal amor, uno de los agentes más poderosos a levantar de postraciones, y a restaurar fuerzas abatidas. Es, pues, necesario regresar al optimismo, es necesario creer en la patria, en su potencialidad, en su porvenir y en la alteza de sus destinos.

El concepto de patria no es, como se atreven a sostenerlo hoy algunos, ni un prejuicio desdeñable, ni una vacua abstracción, ni señuelo de cándidos, ni urdimbre de patrioteros; es, por el contrario, algo muy real: una comunidad de muy tangibles y positivos intereses humanos

y al propio tiempo una vinculación ideal de tradición, de sentimientos y de aspiraciones. Es cuanto amamos y cuanto nos ama; lo menos fugaz y lo mejor de nosotros mismos; la piedra ennegrecida de nuestro hogar, la cuna de nuestros hijos y la tumba de nuestros padres; el valle de nuestro pasado y la ciudad de nuestro porvenir. ¡Desconfiad de los hombres sin patria! La exaltación de esa *religión de la patria*—y fiestas como la del centenario son una manera muy eficaz de esa exaltación—comporta también la más pura enseñanza ética, como que es la natural ampliación, la proyección luminosa en el tiempo y en el espacio, de aquel precepto de elemental equidad y de sacrosanta y eterna sabiduría que nos previene ante todo, sobre todo y a pesar de todo. «Honra a tu padre y a tu madre».

Se ha observado ya que todos los pueblos comprenden la necesidad y la importancia de una gloriosa tradición nacional, y cuando la tienen escasa la magnifican y cuando no la tienen la inventan; de ahí el endiosar a un Washington y el crear a un Guillermo Tell; el héroe engrandecido por la veneración nacional y el héroe forjado por la tradición popular. El general de milicianos, probo y patriota, pero desprovisto de la llamarada interior del genio, se transfigura por la alquimia milagrosa del amor y de la gratitud en el héroe epónimo de un continente, «el primero en la paz y el primero en la guerra»; el cazador legendario, el arquero fantástico, perdura con acción de presencia que la crítica corrosiva que le niega no ha podido destruír, como el símbolo sacramental de una idea. La adoración colectiva, auténtica manifestación de una colectiva necesidad, erige así en el vértice de las tradiciones de cada pueblo el superhombre representativo en quien se encarnan las condiciones superiores de la raza; la surgente milagrosa y única de donde las naciones, con generosa superstición, hacen brotar su origen, su carácter, su historia y su gloria, como de un inviolado Horeb.

Nosotros, por dicha, no hemos menester de la lámpara

de Aladino de la fantasía y de la leyenda para hacer surgir nuestros héroes a la existencia y a la glorificación; les tenemos reales y de una excelsitud que se antojaría legendaria si no estuviera ahí la historia para afirmarla con sus comprobaciones irrevocables. A esas efigies egregias sólo falta un pedestal digno de ellas para que sean visibles desde todos los puntos del horizonte mundial. Levantémoselo.

El evangelio de la patria, integración excelsa del evangelio de la paz y del amor, impone hora por hora el deber de preservar para la creación de nuestros padres el sentido íntimo que tuvo en la mente de quienes la concibieron: entidad de fortaleza, de dignidad y de justicia, solar hospitalario y heredad fecunda a todas las labores del bien, repuesto albergue de nuestra vida moral y ara de nuestras adoraciones inmutables. El apostolado de la república, que viene a identificarse por modo superior con el apostolado del ideal, es hoguera encendida en una cumbre muy alta; para ascender hasta la irradiación vivificadora de sus llamas, cumple llenar la tarea tres veces santa de fortalecer los músculos nacionales por el trabajo, de serenar el corazón por la tolerancia y de levantar el espíritu por la justicia. Si la libertad, dón precioso, se compra al precio de la sangre, la paz, el orden y el engrandecimiento material—forma prístina y necesaria del engrandecimiento definitivo—es decir, el poderío nacional y la nacional respetabilidad, sin las cuales la independencia es precaria y la libertad imposible, piden también y merecen sacrificios dolorosos y renunciaciones supremas.. Para fecundar los campos de la patria, necesario es arrancar primero de ellos toda semilla de odio, porque el odio es consubstancialmente infecundo y devastador; después precisa sembrar, sembrar mucho, sembrar ideas, sembrar virtudes, sembrar esfuerzos y sembrar granos, sembrar en la tierra y sembrar en el espíritu, sembrar para el presente y sembrar para el porvenir; cuando venga la cosecha que ganó nuestra buena voluntad, que vendrá por la óp-

tima y necesaria causalidad de toda expansión de vida, será una cosecha de bendición, como la del sembrador de a parábola; entonces tendrán nuestros héroes un pedestal digno de su estatura. Tal es el examen de conciencia que determina y el pensamiento que evoca la fecha del centenario, pregonera de que la república ha llegado ya a su mayor edad. Mas del propio modo como en las religiones positivas se discierne un elemento esencial y otro formal, el dogma y las prácticas, en el amor patrio que, como se dijo antes, es también una religión, hay una doctrina y hay un culto, y el culto es plausible y necesario como manera de exteriorización de sentimientos sociales; es la dedicación de los emblemas visibles y objetivos con que el respeto público honra nuestro mejor blasón y la más pura de nuestras tradiciones: tal es el sentido serio de las festividades cívicas, de las apoteosis y de las estatuas.

La concepción de patria, tomada por lo alto, no infirma el ideal de solidaridad humana, ni siquiera su primero y áspero peldaño, el internacionalismo, en lo que éste puede tener, y mucho tiene, de aspiración legítima. La consagración de la humanidad como supremo agregado sociológico, implica, por el contrario, la plenitud vital de las unidades internacionales que han de integrarlo, del propio modo como una sociedad de superhombres sería la más perfecta de todas ellas. Para hacer parte de la universal asociación se requiere, consiguientemente, aquel desarrollo a los más altos grados de potencialidad nacional que constituye el derecho y el deber primordial de todos los pueblos. A las primeras conferencias internacionales de la paz, no fueron invitadas las repúblicas latinoamericanas; preciso fue que éstas, por su crecimiento en importancia y por el robustecimiento de la solidaridad panamericana, impusieran aquella invitación, reservada sólo a los países que han surgido a la categoría de cantidades apreciables en el concierto del mundo. Mas si nada es más hermoso que el amor de una patria grande y justa, surgente

de la ascención de todas las savias de la raza y del suelo, no hay tampoco posición menos simpática ni más estrecha que la de una exagerada vanidad nacional, lote de *jingoes y chauvins*, que principia por alarde pueril de pretendidas superioridades y acaba por la impulsión que lleva al imperialismo y a la conquista. El internacionalismo, su antítesis, es, en alguna forma, la desatentada reclamación contra una injusticia clamorosa, justa sed de reivindicaciones sociales, que apela a medios vedados y a sanciones aberrantes. Ceguedad sería, empero, imprimir el estigma de una reprobación *en bloc* sobre aquel tumultuoso movimiento de ideas, sobre aquella marea formidable que hizo vibrar dolorosamente el alma de Alfredo de Vigny cuando llegó hasta el recinto de su torre de marfil,

> ....el gran gemido
> con que mundos y edades la humanidad asorda,
> de afrentas y amarguras su corazón henchido
> que al fin, de la injusticia cansado, se desborda
> en túrbidos torrentes de ciega indignación:
> palabras sofocadas en vano, porque ascienden
> y uniéndose en los cielos, espacio y tiempo hienden
> y el mismo dolor lloran y un solo grito son (1).

La obra de reparación de las grandes iniquidades, cumplida por el amor y por la justicia, no por el odio y por la vindicta, constituye la labor capital de la ascención humana; parécenos que las tendencias de las escuelas del moderno pacifismo en todos sus matices, desde el de Jaurés hasta el de Richet, desde el de Bebel hasta el de Morley, y que ayer inspiraron a Shelley, a Hugo, a Lamartine, a Mazzini, a Quinet, a Castelar, a Pi y Margall y a espíritus generosos, realiza la conciliación por lo alto de las construcciones del pasado y de las aspiracio-

---

(1) *La Maison du Berger.*

nes del porvenir, del ideal de patria y del ideal de humanidad.

En la exposición de escultura del Gran Palais, en París, podía verse en 1905 un bajorrelieve admirable como ejecución y más admirable aún como concepción. Una barca boga en un mar misterioso que hálitos ignotos hacen tremer; en la barca van tres mujeres jóvenes y bellas, pero de una diferente y peculiar belleza. La que ocupa el centro del esquife rema con vigor y en sus facciones esculpida está la energía del esfuerzo actual, la labor inmediata y apremiante, la obra del día, el afán de la hora: la que va en la popa, lánguida y penserosa, hunde la mirada plena de las melancolías y las soñaciones del recuerdo en la playa que se va alejando, en todo lo que la ausencia irremediable arrebata para siempre, en todo lo que se ama y se deja para no volverlo a ver jamás; la que va en la proa, radiante de fe y de juventud leda, explora férvida las azules lejanías en donde ha de surgir la isla encantada que forja el ensueño y promete la esperanza. Al pie hay grabadas estas palabras: *Pasado, presente y porvenir*. Ese símbolo de la vida, tan poético y tan verdadero, es también el símbolo de la mentalidad de nuestros días, en la doble correlación de su sentido actual con sus tradiciones, por una parte, y con sus aspiraciones, por otra. Legataria del ayer, obrera de hoy, peregrina del mañana, integra, en la triple significación de su actitud, la superior unidad de su carácter y el impulso creador de su iniciativa y de su esfuerzo; vincula, en la irradiación de un solo foco, la potencialidad de tres corrientes y erige con las energías del presente, sobre las formaciones del pasado, los sistemas del porvenir. La historia—observa Mæterlink—está todavía lejos de haber salido del período de las generaciones sacrificadas, y ascender el escalón superior inmediato a ese período es no sólo el supremo anhelo, sino el deber más alto que, en la solidaridad ineluctable de las generaciones humanas, tienen las del pre-

sente con las que han de sucederles en el decurso de los tiempos; es una suerte de paternal obligación que no es lícito pretermitir. No vemos para alcanzar este propósito un medio más directo ni una necesidad más apremiante que la de afirmar, esclarecer y propagar el concepto de la justicia, de esa raigada virtud, de la insuperable fórmula de don Alfonso de Castilla, y que no sólo debe alcanzar a los hombres, sino a las ideas. El pensamiento contemporáneo, o mejor dicho, las corrientes espirituales que predominan en el momento presente, quintaesencia de tantas rectificaciones, de tantas demoliciones y de tantas rehabilitaciones, es ante todo una entidad de justicia, tomada por lo más alto y por lo más comprensivo, justicia que señala la posibilidad de orientaciones generosas para el espíritu, que armoniza como en un haz de luz los destellos de verdad surgentes al choque de las más opuestas concepciones humanas y traza una senda de salud, aun en medio del caos de escombros del más pavoroso cataclismo. Por eso no repudia con la incomprensión del iconoclastismo revolucionario la totalidad de la obra del pasado, porque eso sería obra de estéril y suicida demolición; no intenta paralizar la acción actual, encadenando el presente a la inmutabilidad de las tradiciones, porque eso sería voto de impotencia y mensaje de muerte; no pretende desvincular el porvenir de la ley necesaria de causalidad, porque eso sería la mórbida obsesión de un delirio. Discierne con inspiración de equidad, lo que puede haber de falso y deleznable en los ideales más caros para abandonarlo sin recriminaciones y sin pesar, recoge el átomo de verdad que puede existir aun en la más absurda de las creencias y el rayo de luz que puede sorprenderse aun en pleno nadir, para adaptarle sin reticencia y sin vacilación, y enciende el fuego de los hogares de la ciudad futura con llama que comunica a los corazones por su milagrosa virtud de sinceridad. De esta suerte, aunando el esfuerzo que estimula, las legítimas veneraciones que preserva y los fervientes anhelos que despierta, con tres

factores adventicios, pero convergentes, como en el del bajorrelieve de Frémieux, equipa la nave humana para las exploraciones del porvenir.

A pesar de la teoría restaurada hoy por la elocuente propaganda de William James y de los otros seguidores de Carlyle y de Emerson, y que atribuye exclusivamente a los hombres de genio—héroes del pensamiento o de la acción—la iniciativa en los grandes movimientos de los pueblos o de las ideas, creemos que una concepción perdurable y fecunda solamente surge y triunfa cuando las ideas generales de que es exponente existen de modo virtual en el tiempo y en el medio y flotan como impalpables átomos de luz en la atmósfera en que se ha formado el cerebro genial que ha de encontrar la fórmula definitiva del sistema. Si en estos momentos hay—como no puede revocarle a duda quien siga el movimiento de las ideas contemporáneas—una orientación de los espíritus más acentuada que nunca hacia los conceptos de equidad social, de justicia y de generosidad intelectuales, de renacimiento idealista y de formación de una superior conciencia de la humanidad; si todo ello es resultado de la múltiple corriente de revaluación de valores científicos, filosóficos y políticos y de una cultura más extensa, de un criterio más generoso y más amplio, de una crítica al propio tiempo más libre, más general, más audaz y más comprensiva; si presenciamos la restauración de muchos ideales proscritos y el crepúsculo de muchos *Idolos del Foro*; si advertimos finalmente la exaltación de una filosofía elevada, de expansión armónica, de esfuerzo y de esperanza, debemos creer que toda afirmación de esa actitud y de esa mentalidad de las presentes generaciones es un paso en el propósito, si no de realizar tan alto ideal, remoto pero no quimérico, a lo menos de buscar el camino que conduce a él. La preponderancia de la mente humana como fuerza motriz directiva de las sociedades, es obra de una lenta modificación de las energías morales de la masa, que se efectúa por medio de la

propaganda de todos los momentos; a ese resultado conduce una labor tenaz de vulgarización de aquellos principios, que han de ser más tarde hechos, credos e instituciones, porque, como lo dice Alberto Laforgue, el hecho sale de la idea como la vida del germen. Es preciso que las ideas que hoy flotan en cierto ambiente de elección, y que han de ser, de ello estamos ciertos, elementos de vida por su óptima y necesaria finalidad, se conviertan en el patrimonio intelectual del mayor número, se transformen en palpables y vivientes realidades, y que de ellas se impregnen las multitudes para que éstas sean soporte y vehículo de esas ideas y no valladar que las detenga ni el desierto de gélida indiferencia que las mate. En este empeño toda iniciativa de actuación o de palabra tiene inenarrable virtud de fertilidad, porque para que aparezca y se imponga una concepción como principio verdaderamente colectivo, humano, universal, cada mente ha de aportar a ella la contribución de su esfuerzo, como para formar la gran voz del océano levanta cada ola su rumor.

FIN

INDICE

		Págs.
Carlos Arturo Torres, por don Manuel Antonio Bonilla.		5
Prólogo, por José Enrique Rodó.		11

IDOLA FORI

Capitulo	I—Los Idolos del Foro.	31
»	II—Evolución y unidad mental.	40
»	III—Rotación de las ideas.—El concepto científico	56
»	IV—Rotación de las ideas.—El concepto histórico.	68
»	V—Rotación de las ideas.—El concepto político	86
»	VI—Las supersticiones democráticas.	100
»	VII—Las supersticiones aristocráticas.	122
»	VIII—Corrientes filosóficas en la América Latina.	147
»	IX—Corrientes políticas en la América española.	162
»	X—Hacia el futuro.	187